

GIL GARCÉS DE HERMOSO, VIRGINIA (1865-1913).

INCURABLES

ÍNDICE

I – XXXVII

A la memoria pura y querida de mi hijo «Luis Manuel.»

¡Cuántas veces en mis rodillas me oías leer las páginas de esta triste y breve historia de amor!

¡Cuántas veces me hiciste repetir los verdaderos nombres de Reinaldo, y Margarita, siguiendo con afanoso enternecimiento el hilo de un infortunio, que mi fantasía recogió para colocar como antítesis ante ese mundo positivista, cuyos vértigos alejan el alma de los castos ideales del amor!

Tú la sabías: Reinaldo y Margarita, existieron y me dejaron el tema tierno, que parecerá a los gigantes ingenios del siglo XX, algo así como una escena de palomas entre las nubes, o una canción de amor olvidada en un balcón de Verona, o una rítmica elegía recogida en la catedral de Teruel.

Conociste también, desventurado hijo mío, la publicidad de este librito ¡ay! entonces pensada para tantas vanidades de madre, que sobre tu blonda cabeza de adolescente surgían. Hoy que el triste azar, la fatalidad sombría, vienen a dar otro tinte y otro giro a mis ideas, salen mis «Incurables» a la luz del mundo que ha de juzgarlos, como un pálido reflejo de otro *incurable* dolor.

Quiera Dios que el trabajo de tu madre, hijo del alma, sirva para alcanzar lo que ella aspira, no una gloria literaria ni mundana, sino realizar la última de sus vanidades sobre el sepulcro donde descansará también mañana su cuerpo fatigado.

Mientras suena esa hora en la eternidad, ¡sombra adorada! que tal vez vagas en el límpido azul del firmamento, espera *allá* en la mansión de paz el alma de tu madre, que como la de Reinaldo, vivirá eternamente de rodillas sobre el césped de la tumba que guarda tus despojos.

Huérfana Margarita desde la cuna, fue acogida y educada por una hermana de su madre. Angela Lara de Cisneros colocó a la desgraciada niña en la misma cuna de su hija y con un mismo canto arrullaba el sueño igual y tranquilo de aquellos dos ángeles, que compartían en su regazo, el amor, las caricias y las bendiciones: estrechándolas en su regazo, nadie podía distinguir cuál era la hija de sus entrañas, pues las dos lo eran de su alma.

Doña Angela era viuda de un general desgraciado, notable por haber dado con su arrojo, triunfos a la causa que defendía, y con una vida de abnegaciones y lealtad, molde para formar héroes. El general G..., amigo íntimo de Cisneros, recogió su cuerpo ensangrentado para traerlo a un cementerio cercano. Sobre la cruz que colocó en aquella abandonada sepultura, donde iba a dejar al noble amigo durmiendo entre muertos extraños, resumió la vida del hombre y del soldado en este epitafio:

«General Carlos M^a Cisneros. -Vivió en el campo del honor.-Murió en el de combate.»

La pobre señora, por la influencia de algunos amigos, pudo conseguir una modesta pensión con que atender a sus necesidades, estrechó un poco su economía, y nunca pensó que Margarita pudiese privar a su hija de muchas cosas.

En una de las calles principales de Caracas, tenía una casa de regular aspecto, herencia de familia de su esposo;-aquí -decía ella- en este mi único haber, entre mis cuatro paredes, bien puede tener mi pobreza el vestido de la decencia.-

La huérfana nada aportaba: su padre Mauricio Sandoval, comerciante que había caído arrastrado en la quiebra de sus socios y despojado por sus implacables acreedores, había muerto de pesar, siguiéndole su joven esposa, flor apenas entreabierto que se dobló al viento de la tempestad; los labios de la madre apenas tocaron la frente de su hija al dejarla en brazos de su hermana.

Muerta su hermana Luisa, le quedaba a doña Ángela por única familia, «los angeles de su guarda» como ella, las llamaba y su hermana Berta, distinguida y hermosa, que casada con un joven español, vivía en Madrid con su esposo, enriquecido con una agencia de negocios importante.

D^a Ángela, cuando la presentamos a nuestros lectores representaba muy bien sus cincuenta años: en sus cabellos castaños abundaban los hilos blancos; peinábalos sin presunción, en bandas, sin ocultar la frente, lisa y plana, que parecía como una losa sobre la inteligencia; sus ojos grandes y oscuros tenían esa mirada que nada dice, que sólo tienen luz para los que saben mirar; en sus delgados labios vagaba siempre una sonrisa; en ellos no había contracciones ni curvaturas; parecía que ni las penas ni las alegrías habían dejado allí sus huellas; aquella fisonomía plácida era la transparencia del alma sin pasiones, del cerebro sin luchas.

En la norma del deber formaba aquellas jóvenes almas que se abrían en la atmósfera sencilla del trabajo y la pobreza. Doña Angela soñaba para aquellas bonitas cabezas que veía siempre sobre una labor, dichas inmensas. «Las educaré, -pensaba,- como hacen los ricos con sus hijos, ¿por qué no? la pobreza no es un obstáculo hoy que Guzmán Blanco ha puesto la instrucción al alcance de todos: ellas son aplicadas y sus maestros dicen que

inteligentes, y como son tan buenas mozas, la fortuna llegará a buscarlas. Las casaré muy bien; este es mi sueño; ver a mi hija casada y feliz y que no me la dejen pasar trabajos: este es mi primer deber; sobre el mundo entero mi hija; porque esto hubiera hecho Carlos si viviera, ¡el pobre la adoraba! y yo sabré cumplir el deber por los dos. Tengo que velar también por Margarita; su madre me la confió y es un ángel; mi hija es encanto lo que tiene con ella, ¡ya se ve! si Margarita sólo vive para ella, no tiene otro gusto mayor que verla contenta; ¡con que paciencia le enseña sus lecciones y como la mimaba! No han tenido ni un disgusto entre ellas; parecen hermanas de verdad, y bien mirado, lo son en efecto, porque han mamado juntas la misma leche. ¡Dios me de vida para, verlas bien casadas!

Y en realidad, Elina y Margarita eran dos señoritas distinguidas; bellas, porque la naturaleza lo había querido así, éranlo aun mucho más por el contraste que formaban. Elina era rubia, elegantísima, con hermosos ojos azules. A encontrarla una ninfa del Rhin, la hubiera preguntado que genio había cambiado su morada de aquellas aguas azules a las margenes del Guaire. Margarita, tan gentil como su prima, era el tipo meridional en toda su pureza: todo en ella era harmónico; en su andar en sus grandes ojos negros, en su sonrisa, hasta en el dorso de sus lindas manos se veía que a toda belleza era superior el alma que la animaba.

Las dos habían estudiado la música; la vida estrecha de doña Angela no les permitía el lujo un piano; pero las lecciones del colegio y su *genio*, como decía la buena señora, las hicieron notables en el arte de Euterpe. Margarita, sobre todo, con su hermosa voz de soprano, era escuchada hasta por sus maestros con religioso arrobamiento; su timbre dulce y simpático llevaba las almas al sentimiento.

Un señor alemán, vecino de la casa hacía mucho tiempo, y que habla visto crecer a las niñas con cariñoso interés, había logrado, a fuerza de súplicas, vencer la delicadeza de doña Ángela para que aceptase trasladar a su casa el piano de su hijo Gustavo, que estudiaba por entonces en el Conservatorio de Milán.

-Me hacéis un servicio, -agregaba para vencer la susceptibilidad de la pobreza;- al piano puede entrarle polilla si no se toca, y además, con el piano aquí, cuando venga mi hijo, que es artista y maestro, ayudará con sus lecciones las dotes de las niñas.

Estas batieron palmas y acogieron la idea con entusiasmo, y doña Ángela cedió al fin: la pequeña sala de su modesta casa sufría grandes transformaciones para hacer sitio al armonioso huésped. El mismo Sr. Finkler dirigió la instalación y un magnífico piano de Möors fue colocado entre las dos ventanas de la calle y adornado con las violetas y heliotropos del pequeño jardín de aquellas hadas.

Elina, nerviosa, recorrió el teclado y las notas claras llenaron de armonías la salita: doña Angela, trenzando sus cabellos, contemplaba la alegría de su hija y Margarita le decía:

-¿No estáis contenta de verla satisfecha?

La casa de doña Ángela era modesta como su pobreza: por nada del mundo hubiera consentido deber en la tienda de Rodríguez o Santana una luz más de su casa.

-Se tiene lo que se puede, -decía;- por una vanidad no compro la vergüenza de un recibo devuelto.

Y así que aquella sala de sencillos muebles tuviera sólo el tinte de la poesía que la juventud esparce: una lámpara, brillante por la limpieza, colgaba en el centro; en dos pequeñas consolas de nogal como las butacas y el sofá, se veían otras dos lámparas de pie bronceado representando dos ninfas gemelas; tejidos de guipur, frivolitté, etc., labores primorosas de las manos de Elina y Margarita cubrían las mesas sin mármoles: jarrones de plantas naturales, en repisas de madera, llenaban los ángulos de la sala; cuadros dibujados por ellas representando las estaciones decoraban las paredes, donde estaban colocados también retratos de familia formando «pendant» con el arte y el amor. En aquella pequeña sala, cuyas ventanas solo decoraban cortinas de muselina blanca como las espumas del mar, sobre cuyo piso se extendía una simple estera de colores, había, cierto sello extraño sello que en balde hubiéramos buscado en esos grandes salones donde las alfombras de Persia apagan nuestras pisadas; ¿será que en las partes donde el lujo se ostenta y se afana por aglomerarse, el arte se apaga; o que nuestro espíritu, cansado de las vanidades, siente algo superior en esa atmósfera de modesta sencillez?

El Sr. Finkler vivía en la intimidad de aquella familia y sentía por Margarita una tierna predilección; era difícil desprenderse del ascendente de aquella niña.

De codos en su ventana, alumbrada por la brillante luna de una noche de estío, oyó la dulce voz de la joven y exclamó enternecido:

-¡Oh, así deben cantar los ángeles en el cielo!

De allí dató su afectuoso entusiasmo por la joven. Como buen alemán admirador de Haydn tenía por el arte un culto apasionado: a una instancia suya su hijo estudiaba la música; tenía el joven dotes artísticas y -«estos cauces cuando Dios los da hay que aprovecharlos»- decía él.

Esperábalo por momentos y oyendo a Margarita acariciaba como un niño el halago de oír aquella voz unida a la de su hijo, que según los informes de sus maestros, tenía timbre de tenor, impregnado de modulaciones sonoras.

Una balada de mi país cantada por esos gemelos del arte, pensaba, y su mente se cargaba de recuerdos.

El hilo eléctrico avisóle una mañana que a bordo del vapor italiano «Humberto» había tomado Gustavo; faltaba poco tiempo para recoger su corazón la compensación a tantos días sacrificados a su amor paternal.

Era rico y a su placer arregló el departamento de su hijo, consultando para todo a sus jóvenes vecinas, a quienes participó la alegría que le llenaba el alma.

-Las alegrías nos llegan a la par, buen amigo, -dijo doña Angela;- mi hermana me escribe de España que su hijo vendrá pronto a visitarnos.

II

Doña Ángela recibía con frecuencia cartas de su hermana en que le hablaba de Reinaldo, y en más de una ocasión le había manifestado sus temores, por la naturaleza de éste hijo tan tiernamente querido.

«Me asusta, -decía en una,- ver a Reinaldo tan soñador; es artista de genio y de carácter: nada hay en su naturaleza del positivismo del siglo; sufro temiendo para él escollos en la vida real, pues, es casi romántico. Como la fortuna se lo ha permitido, ha elegido su carrera por inclinación; compadezco a los padres que se ven precisados a dar carrera a sus hijos porque esta o aquella sea mas ventajosa, matando así en el alma del joven sometido, vocación, aspiración y tal vez genio.

»Yo soy feliz viendo a mi hijo extasiarse con su Jesús en el Getsemaní, o su Colón pensativo ante el mundo, que surge de sus sueños de inspirado.

»Cuando leí tu última carta, donde me dices que la huérfana de nuestra desdichada Luisa crece en gracias, que es precoz en inteligencia y suave como una paloma, me dije: «no la hubiera dotado mejor la fortuna; ¡pobre niña! hay que pensar en su porvenir.» Algunos días después fin a su estudio a ver un retrato de su padre y me llamó la atención un cuadro conmovedor: una niña en el albor de la vida, de grandes ojos negros soñadores, bella y triste, con las manos unidas, parece meditar sobre una humilde tumba que hay a sus pequeños pies; me acerqué conmovida y leí. «Huérfana»; me siguió enternecido y me dijo: -ya lo ves, no olvido a esa criatura, y si adquiero glorias, ella tendrá su parte; me ha inspirado su suerte y ese será mi cuadro de «exposición»; si fuese premiado, el producto será para la noble tía Ángela que ha guardado el modelo; ¿te agrada? -me arrojé a sus brazos y bendije a Dios en este hijo.»

Doña Ángela a su vez contestaba a su hermana y en su última correspondencia habíale enviado las fotografías de Elina y Margarita.

Seis meses después Berta escribía a su hermana en estos términos:

«Hermana mía: mi hijo sueña con el hermoso cielo de América; dice que el país de las eternas primaveras completará sus gustos y estudios de artista; él es inmensamente rico y su padre y yo de común acuerdo queremos que su suerte sea completa dejándole realizar los sueños de su imaginación, que tal vez sean los del corazón.

»Si mi instinto de madre no me engaña, hay algo más de sueños de artista en estos deseos. ¡Quiera el cielo que las realidades de la vida no sean nunca un contrapeso para la dicha de este hijo! Te lo confío, Angela, hermana mía; si por allá encuentra su felicidad, iré a compartirla: como tiene una naturaleza, excepcional, apenas comprensible en su condición de hombre, me preocupa mucho el amor que pueda sentir: en su corazón inmenso, como el cariño de su madre, viven todas las delicadezas de la ternura: su alma es capaz de la abnegación hasta el sacrificio. Pido a Dios que ese hijo sea afortunado en su primer amor, porque tengo la convicción que será el último de su vida; una decepción me lo mataría.

»Su viaje ha sido, pensado y hecho; después de leer tu carta y contemplar los retratos de Elina y Margarita, me dijo, sonriendo, como para prepararme a su pensamiento: «desearía ver si sus almas son tan bellas como sus rostros, y si no temiera afligirte con mi ausencia, principiaría mi excursión artística por esos mundos en la próxima primavera; ¿quieres?»

»Después que obtuvo mi consentimiento, habló con su padre y partirá dentro de breves días: ¡vela por él como por tus hijas!...»

Doña Ángela leyó esta carta sosteniendo sobre sus hombros las hermosas cabezas de Elina y Margarita, que seguían con ansiosos ojos los caracteres que venían a levantar en sus jóvenes almas sensaciones inexplicables: ellas, acostumbradas a comunicarse sus impresiones más ligeras, se alzaron estremecidas de los hombros de doña Ángela que entregada a sus propios pensamientos no podía ver que el fuego del corazón subía a la frente de sus hijas. En cambio éstas, sin hablarse una palabra, sin buscarse la mirada, volvieron a sus ocupaciones favoritas y la imagen de aquel joven artista embellecida por el amor de una madre, vagaba ante sus ojos, flotando fantásticamente, entre los sueños de juventud y los primeros aromas de la ilusión.

Mientras tanto doña Ángela levantaba en su imaginación el castillo de las dichas.

-¡Qué pareja -pensaba- hará ese soñador de veinte y tres años con mi hija! Berta y yo hemos pensado en la unión de nuestros hijos y el destino viene a ser nuestro colaborador.

Como era creyente, se fue a la iglesia a dar gracias a Dios que tan pronto parecía atender a sus ruegos; el Sr. Finkler se le acercó y le dijo con su lengua más enredada que nunca por la alegría:

-¡Soy muy feliz! voy a la estación a recibir a mi hijo.

Las jóvenes desde la ventana lo vieron, al regreso bajar de su coche acompañado; saludólas con expresivo ademán y penetró en su lujosa morada seguido por el joven extranjero.

El Sr. Finkler vio a su hijo pasar indiferente frente a las dos jóvenes y pensó en las dulces emociones que la voz de la huérfana iba a despertar en aquel corazón que latía junto al suyo. Cruzó acaso por su mente, al abrazar a su hijo, el recuerdo de los amores de su juventud. ¡Oh, sí! la sombra casta y blanca de su esposa Hilda, muerta al entrar en la vida, la memoria de aquellas ternuras extinguidas de aquella felicidad interrumpida por la muerte, al cortar con su filo de hielo las fibras de un cuerpo adorable: el pasado levantó la idea melancólica sobre la fragilidad de las dichas humanas y por eso sus ojos se llenaron de lágrimas, que con temor supersticioso se apresuró a enjugar para no bautizar con ellas la entrada de su hijo en el mundo.

El Sr. Finkler hacía gala de la fortuna para dar a su hijo la comodidad del buen gusto, mil minuciosidades acudían a interpretar los deseos del joven, que con ojos cariñosos seguía los movimientos nerviosos de su padre, que atropellaba los criados para atenderle.

-Como para recibir un príncipe has preparado mi alojamiento; el amor que me tienes te ha hecho encontrar el gusto de lo bello, ¡oh, padre mío! holgada se encontraría aquí la mujer más caprichosa; no has olvidado un detalle y a tantas satisfacciones la de verte dichoso resume todo para mí.

El joven rodeó con su brazo derecho el cuello de su padre, que lo guió a su gabinete de estudio. Tapiz color de aurora, muebles de palo santo, lámparas doradas con pantallas de seda, que hacían aparecer como fantásticos los cuadros de la galería artística alemana, «que me traen al corazón con las melodías de sus fecundos genios los ecos del Danubio», decía el Sr. Finkler.

Gustavo descubrió el piano por uno de sus ángulos y dirigió una mirada de satisfacción a su padre, pero observó que el obsequiante no estaba contento y adivinó lo que le inquietaba: acercóse con ligeros pasos al elegante mueble y con mano firme recorrió sus teclas de marfil, que dieron sonoras armonías.

-¡Magnífico, padre mío!

El noble anciano respiró; aunque amante, no era conoedor y temió ser engañado.

-El más tierno de sus obsequios habíalo colocado sobre el escritorio: un retrato de mujer; su celestial belleza asemejábala al ángel de la melancolía, su dulce y casto perfil se dibujaba en un lejano horizonte donde su mirada azul se perdía como un ensueño.

-¡Qué bella era mi madre! -dijo Gustavo enternecido.

-¡Y buena y dócil como un niño! ¡Mucho, mucho te le pareces, hijo, mío; tienes como ella el alma tierna; se diría que te la dejó al partir! -dijo el Sr. Finkler con la voz entrecortada por el llanto.

-Vamos, -dijo el joven besando los cabellos grises de su padre,- instálame en mi suntuosa morada.

Todo estaba lleno: el dormitorio Luis XV; la biblioteca, cuyas colgaduras color de bronce hacían resaltar los dorados armarios, era una enciclopedia de todos los ingenios del antiguo y nuevo mundo; la luz graduada penetraba por las ventanas que caían al jardín, cuyas acacias llegaban a besar los cristales.

El criado anunció la comida y como dos camaradas cogidos del brazo lo siguieron padre e hijo al comedor, adornado con sencillez del mejor gusto: nada faltaba, nada sobraba; decía el alemán -«el estómago no se distrae; nada da fantasía, esto es lo real.»

Ya de sobremesa, contábale a su hijo que tenía unas vecinas encantadoras, que una de ellas cantaba como un ángel y como quien promete una dicha agregaba:

-¡Ya la oirás!

Varios amigos llegaron a dar la bienvenida, las finas copas de baccarat circularon con espumoso champaña.

Gustavo narraba con facilidad.

-«La patria del arte», como la denominan los italianos; tiene grandes bellezas, -decía,- y confieso que, bajo aquel cielo siempre azul y en esa tierra, donde las flores tienen eternos aromas y matices encantadores, bien se puede completar la felicidad.

-Aquí no son menos bellas las flores, y el cielo es tan hermoso como el de Italia, -dijo un joven literato, modesto como su talento y cuyo nombre era ya conocido en el mundo de las letras, Silvio Montilla;- aquí la vida, si no fuera porque la interrumpe algunas veces el estruendo de las revoluciones, sería una eterna primavera.

Casi todos los tertulianos, jóvenes como Gustavo, no tardaron en prometer al joven placeres en su nuevo mundo: uno prometióle volver al día siguiente para llevarlo a los retiros y jardines de Caracas; otro reclamaba el derecho del teatro; aquel el Club, etc., etc.

Montilla, el más serio de los nuevos amigos, dijo sonriendo:

-Nada me dejan; sin embargo, quiero tener mi parte de introducción en el mundo que vamos a ofrecer; reclamo pues la noche del sábado para mí; recibe la señora Ibáñez, dama noble y distinguida, que da en sus reuniones cita a la distinción y la cultura, admira el talento, la entusiasmo el arte y es el genio que preside sus reuniones.

Gustavo aceptó, y después de llevar a los jóvenes al jardín ofreciéndoles tabaco y café acabó de conquistar las simpatías de todos con su carácter franco y natural.

Horas después se despedían como antiguos conocidos. Cada uno fue fiel a su palabra, y de los jardines y teatros pasó Gustavo a los Clubs y admiró todas las bellezas de la sultana del Ávila.

Llegó su turno a Montilla, que cumplido y elegantemente vestido, entro a la hora de la cita a reclamar su compromiso.

-Listo, -dijo Gustavo apresurándose a tomar sus guantes.

El salón de la señora Ibáñez, estilo moderno, lujoso y elegante, se abría para dar paso a un extenso círculo de notabilidades artísticas, literarias y políticas. Laura de Ibáñez, vestida color de rosa, como su fina tez, de pie junto a una columna de mármol, sonreía graciosamente prometiendo horas felices y aceptando los homenajes de la cultura.

Gustavo, presentado por su nuevo amigo, fue acogido por la bella dama con la complacencia del coleccionista que ve aumentar su tesoro artístico.

El exterior simpático de Gustavo agradaba; su cabeza vigorosamente modelada, sus cabellos y bigote rubios, su frente elevada, y a pesar de su juventud surcada por un pliegue, que acusaba la concentración del espíritu o la tenacidad del carácter, su tez germánica y la claridad de sus grandes ojos azules daban un aire de distinción al hombre

que al presentar la mano parecía llevar en su palma fina y sonrosada la sinceridad del corazón.

Gustavo se inclinó ante la dama y acompañada de Montilla compartía con el elegante joven el murmullo lisonjero que le seguía.

En el comedor circulaban los helados en cristales de Bohemia, mientras en el salón se hablaba del arte y de los artistas, que como hijos de la gloria son señores del Universo.

Laura exigió de Gustavo como introducción su concurso al gracioso festín.

-¿Queréis? -dijo ella.

-¡Oh! mi complacencia es de ley y vuestra exigencia orden.

Con esa ligereza propia de la cultura llegó al piano, que bajo la presión de sus dedos dio sonidos claros y límpidos; su voz de tenor alzó el eco de pasión que Donizetti hizo eterno; el Edgard de Walter Scott tenía en aquellas modulaciones el grito del amor; los ayes del dolor, tales como surgieron volcánicos de las brumas escocesas.

El Sr. Finkler llegó a tiempo para saborear la satisfacción de la acogida que aquella sociedad daba a su hijo.

Margarita Sandoval y Elina Cisneros eran de los escogidos de aquel salón que hacía recordar a los franceses que por allí llegaban el gusto de Madama de Recamur.

Laura amaba a las jóvenes por su bondad, distinguíalas por sus virtudes, por su genio y por su belleza.

Viéndolas cruzar, precedidas por Laura, parecían hadas de un jardín de amores; un murmullo de admiración las seguía y hubo quien dijo:

-¡Parecen las tres Gracias!

-¡Torpe, esto es mejor! -dijo otro,- aquellas son soñadas y estas son hermosas realidades.

Elina se colocó en el piano, extendió sus blancas manos volviendo sus hermosos ojos a Margarita y preguntóle:

-¿Qué vas a cantar?

-El aria de Margarita.

El silencio se impuso y la voz de niña se alzó magnífica. Gustavo que conversaba distraído con Montilla, volvió el rostro admirado para ver de qué labios salían aquellos acentos, y sus ojos abarcaron la gentil figura que de pie junto al piano dominaba tanto por su belleza como por su genio. Vestida con un traje de muselina de la India, completaba su sencillo atavío con grupos de margaritas, blancas también como ella y que se abrían en sus negríssimos cabellos y en su cintura de diosa. Por la elegancia de su estilo, y la pureza de la armonía, era la personificación completa de la Margarita de Gounod, reflexiva y adorable; ponía de relieve delicadezas y detalles admirables: ante los sonidos de su voz se

sentía ese estremecimiento deleitoso con que el alma del artista, conmueve las fibras más delicadas del corazón.

Gustavo se dejaba arrastrar por el triple encanto del arte, la belleza y la juventud -¿daría aquellas niñas color a su destino?

Viéndolos valsar más tarde el Sr. Finkler sonreía de placer y decía:

-¡Si como los ha formado Dios los uniera! -y no pensó nunca que el corazón de una mujer fuese obstáculo para la dicha de su hijo, física y moralmente bello.

IV

Después de aquella noche que tan dulces impresiones dejara en el alma de Gustavo, el Sr. Finkler rogó a doña Angela, que permitiese a su hijo ser maestro de las jóvenes: vencida ésta por la cariñosa insistencia del amigo, cedió, y un jueves por la noche, entraron Gustavo y su padre y con ellos Mozart, Gluck, Beethoven, etc.; como buenos alemanes rendían culto a las glorias de su país.

Gustavo midió las aptitudes de las dos jóvenes y comprendió que entre ellas había grandes distancias. Margarita tenía el genio; Elina el estudio: esta última tocaba mucho y bien, con maestría y limpieza pero no podía impregnar las notas que arrancaba, de sentimientos que no comprendía. El genio es necesario al genio; los artistas se comprenden y se complementan, ellos, como razas privilegiadas, como civilizadores, necesitan agentes para ofrecer sus glorias al mundo entero.

Así era Margarita; con el sello divino de los elegidos, su voz tenía en las suaves melodías, ecos de melancólica tristeza; en las notas graves parecía traer desgarradoras revelaciones, y en los acentos de pasión venían como envueltos misteriosos ensueños: ella en su peregrinación al ideal, mundo visible para su naturaleza de artista, encontraba algo para venir a revelar a la tierra las grandezas y dolores el corazón humano.

Gustavo en aquellas melódicas intimidades comenzó a sentir el ascendiente poderoso que la superioridad de la mujer ejerce en un noble corazón; su mirada se dilataba sobre aquella blanca y angélica frente y el amor con sus velos de rosa envolvía ya sus ilusiones.

Doña Ángela estaba en la gloria; para sus proyectos Gustavo venía a medida de sus deseos, y no había hora en que, con la mejor intención del mundo, no atizara el fuego de aquel corazón: no hablaba de otra cosa que de Margarita y concluía siempre la apología que de la joven hacía con estas palabras:

-¡Oh, es un ángel! ¡dichoso el hombre a quien le toque esa perla digna de la corona de un rey!

-¡Qué feliz sería yo!! -se decía acariciando sus proyectos;- ¡qué feliz! si lograba casar a Margarita con Gustavo, tan bueno, rico y de buena familia: ¡no se puede encontrar mejor partido! Él está muy enamorado y Margarita... ¡vamos! ¡no lo verá con malos ojos, porque el mozo vale la pena! ¡Qué contenta se pondrá Berta cuando le escriba que va a

ser dichosa la hija de la pobre Luisa! Y, si como lo sueño, Elina y Reinaldo se gustan... ¡pues no le ha de gustar mi hija, tan bella! Tengo para mí, que Berta ha trabajado allá para eso: yo me acuerdo, que el día que le anuncié el nacimiento de Elina, me contestó: «tienes una hija, Angela mía, y mi pequeño Reinaldo cuenta ya dos años; si algún día se amasen si pudiésemos unir sus destinos, completaríamos nuestra felicidad.» Un año después vino al mundo la pobre Margarita, y Berta llena de nobleza me dijo, entonces: «no solamente debemos pensar en la dicha de nuestros hijos; hay que buscar también la de la pobre huérfana.»

Así pues, llena de los mejores deseos, estableció su plan de campaña; no cesaba de hablarle, a Margarita de Gustavo. Para doña Ángela el matrimonio era el único norte de la mujer y por eso se atropellaba para que sus hijas llegaran al puerto, antes que principiaran para ellas las borrascas de la vida.

-Si me muero -decía- no quiero dejarlas abandonadas en esta época de liviandades... y ahora que la sociedad tolera tantos pecados... ¡no, no! tengo que ponerlas a salvo, y hay que apresurarse, no vaya a ser cosa que el Señor me saque del mundo a lo mejor del tiempo.

Su criterio era sano: como se ve, tenía el alma formada para el bien; la rectitud era su norma pero iba como todas las inteligencias estrechas a forzar el destino por el dominio de una sola idea.

Así las cosas, llegó el anuncio de la salida de Reinaldo.

Las listas de los periódicos, los avisos de las Agencias eran repasados con afán, hasta que al fin Elina leyó una noche en «El Tiempo» el nombre de su primo como pasajero en un vapor español.

-¡Hurra! -dijo el Sr. Finkler;- hay que preparar un buen recibimiento para el artista que viene a buscar impresiones y coloridos.

¿Durmieron esa noche aquellos seres? Las horas de la noche son lentas para el que espera.

La mañana anunció con su aurora sonrosada, sus puros aromas y sus aves cantoras un bello día de primavera. Doña Ángela y sus hijas desde el alba estaban de pie: era necesario arreglar muchas cosas; sólo tenían una criada llamada Julieta, que aunque lista, no bastaba al servicio.

Margarita estaba pensativa y por dos veces doña Ángela tocó sus sienes con maternal interés.

¿Te sientes mal, mi hijita? -le dijo.

-No siento nada, -contestó ella con dulzura; y agregó:-Elina, vamos a misa, ¿quieres?

Minutos después, vestidas sencillamente y cubiertas sus bonitas cabezas con blondas negras, llegaron a inclinarlas a los pies de la Virgen, la más dulce y discreta de las confidentes, que con sus bellísimas manos unidas parece retener las tiernas oblacones de

la tierra, y con su dulce y celestial mirada decir también a la mujer, casta o pecadora: «Venid a mí que si soy la «Inmaculada», soy a la vez vuestra más dulce intercesora.» Ante esa áncora santa de las más grandes esperanzas como refugio de tantas infinitas amarguras, llegaron con unos mismos castos anhelos aquellas almas y con el símbolo de la oración en los labios.

En nuestras alegrías como en nuestras tristezas hay algo misterioso que nos impulsa a la plegaria; y es que el alma tiende siempre a su esencia: ¡Dios!

Entre ansiedades y alegrías corrió el día, parecía increíble que un solo ser tuviera en suspenso tantos corazones.

Elina se mortificaba y decía:

-Nuestra pobreza quizá haga arrepentir al primo de su viaje: acostumbrado a la opulencia le parecerá nuestra casa una buhardilla.

-¡Oh, no! -decía Margarita con su armoniosa voz,- dicen que tiene un alma superior y para esas almas, la esencia es todo, y las formas de que se revisten las gentes, en marcos dorados u oscuros es para ellos igual: allí tenemos con que hacerle olvidar las privaciones del lujo; es artista y lo colocaremos en su centro: -y mostraba el único mueble lujoso que se ostentaba allí, el piano de Möörs.

Llegó la noche, hora en que debía presentarse Reinaldo: un coche se detuvo a la puerta y doña Ángela con los ojos llenos de lágrimas esperaba en el umbral al hijo de la hermana querida: abrazada a él penetró en la sala: sentía que ya lo amaba como a un hijo, al presentárselo a las dos jóvenes que lo aguardaban trémulas y conmovidas

V

Reinaldo se apartó de los brazos de doña Ángela para presentar la mano a Elina que graciosamente se adelantaba extendiendo la suya suave y perfumada: el joven se acercó a Margarita, cuya extremada timidez dejaba siempre como paralizada su acción, que de pie y apoyada, en una silla aguardaba su turno, no hubiera podido dar un paso, su emoción era visible y el joven al tocar su hermosa mano la encontró helada y sin fuerzas para la expresión del cariño.

Retúvola Reinaldo entre las suyas y volviendo el rostro pregunto a su tía:

-¿Margarita, no es verdad?

-Esa es mi Margarita y esta mi Elina, mis ángeles guardianes, las flores de mi vida.

Como hombre y como artista apreciaba Reinaldo aquellos dos modelos que la naturaleza ofrecía a sus miradas: mientras él examina los detalles y admira el conjunto, aprovechemos para dar el retrato del hombre que ha de turbar para siempre la paz de aquel hogar. Alto, con esa estatura que marca la elegancia, tez ligeramente morena, la cabeza y el perfil notables como las de los modelos de Rubens, su boca de labios un poco

gruesos tenía una ligera contracción melancólica al sonreír, su barba cortada a lo Boulanger, era como sus cabellos de un negro brillante, con su arrogancia y distinguidas maneras tenía él aire de un hombre superior. Fácil la palabra, su eco parecía traer la armonía de un gran corazón; tenía acentos extraños, al hablar del arte y sus bellezas, diríase que su alma se contagiaba en el templo que penetraba.

Decía él: -Yo siempre he vivido bajo este cielo hermoso, pues los ojos de mi madre no han dejado de verlo, y ella me ha enseñado a amar su país, que es tan bello como lo describen.

La entrada del Sr. Finkler y su hijo interrumpió la conversación. Reinaldo acogió cortésmente a los amigos que doña Angela le ofreciera: aquellos tres hombres, que representaban el molde de esas razas que tienen esculpido en la frente el sello de la verdadera nobleza, de esa que como escudo de lo alto se lleva en el alma, vendrán a probarnos en esta triste historia, que la dicha casi siempre es un mito para los grandes corazones.

Pocas horas bastaron para entenderse: la cultura y la simpatía acortaron el tiempo, que entre gentes desconocidas marca la discreción para establecer la amistad: ellos encontraron que el talento fácil y brillante del joven español se imponía y seducía, y a su vez él, con la mirada magnética de sus ojos pardos descubrió y alcanzó la elevación de aquellas almas.

El Sr. Finkler se impacientaba; no podía avenirse a que los placeres de la conversación le privaran de sus goces melódicos.

-Doña Angela, diga usted, ¿no es verdad que la recepción está incompleta y que hace falta quien repique la alegría de la bienvenida?

Buscaba el apoyo de doña Angela, porque sabía que ella se daba prisa por lucir las dotes de sus hijas.

-Sois puntual a la costumbre y es necesario complaceros.

-¡Oh, señora! -dijo él abriendo el piano.- Usted sabe muy bien que yo soy incansable en el «arte de oír», y que si Dios me da en música mi parte de gloria, créalo, moriré contento.

Tocó a Gustavo la introducción y eligió un *lied* de su país, melancólico y dulce, que retrata el genio reflexivo de esas razas que nacieron entre las selvas de la Germania.

Siguió Elina con una tarantela napolitana, alegre como el cielo transparente de esa patria de Masaniello, tierna y sentida como los cantos de pescadores que cruzan las ondas de sus lagos de plata.

La hermosa niña revelaba, al interpretar aquellas tiernas repeticiones, la plácida alegría que rebosaba en su alma diafanizada en sus bellos ojos azules.

El Sr. Finkler midió los últimos compases con la cabeza y dijo, dirigiéndose a Reinaldo:

-Para una bienvenida las armonías alemanas y las notas itálicas son expresiones que contentarían a un emperador; y si Margarita completa...

-No, no, -dijo ella interrumpiéndole;- hay que reservar algo, -pues sentía que la emoción la turbaba y temía revelarla.

Pero el Sr. Finkler era tenaz y no quería dejar la recepción incompleta, sobre todo -decía- cuando falta lo mejor a lo bueno.

Margarita alzó los ojos para mirar a su primo y leyó en su mirada el deseo que sus labios no expresaban y más que por la mano del Sr. Finkler por un impulso extraño a su voluntad se acercó al piano; sin indecisiones, sin preludios brillantes y como quien quiere llegar pronto donde ha de terminar, principió uno de esos aires españoles, de dulces sonatas que preludia el amor bajo las celosías alumbradas por la luz de la luna, aires que viven impregnados de perfumes arábigos y que aun conservan acentos de las quejas moriscas. Reinaldo recogió en su alma todo lo que para él encerraba aquella música; sintió palpitar fuertemente su corazón al eco de la patria y de su hogar: la imagen de la madre adorada venía como a bañar su alma de aromas y en ellos nadaba la imagen de aquella niña gentil y delicada que acababa, de evocarle su recuerdo. Emociones nunca sentidas principiaron a llenar su pecho; y sus ojos, como su pensamiento no se apartaban de la peregrina cabeza cuyas líneas purísimas marcaban su dulce perfil.

La oportunidad de Margarita, que fue un obsequio directo para su primo y el aprecio que este hizo de lo que el llamaba «galantería española», medio paralizó la alegría de Gustavo; el mismo Sr. Finkler no acogió como otras veces el éxito de su predilecta, y sintió que por primera vez la música no halagaba sus oídos. Doña Angela comprendió que algo pasaba a sus amigos y lo atribuyó a que las notas españolas no eran del agrado de los hijos del Rhin.

Margarita sintió pesar, y aunque sin pecado, trató con la dulzura de su carácter de volver la alegría eclipsada por sobras de susceptibilidades; acercó su silla al Sr. Finkler, que con sus grandes pies colocados sobre un taburete miraba distraídamente las luces que oscilaban en los candelabros del piano, le habló de su fiesta, de los días de su rey y agregó con dulce sonrisa:

-¿Queréis invitar a Gustavo para ensayar juntos un dúo de Gounod como obsequio también al rey de la armonía? ¿os agradaría?

Como se llevan los vientos las nubes que ocultan el cielo, las palabras de Margarita volvieron a la franca fisonomía del Sr. Finkler su natural animación y volvió a sonreír para hablar de la fiesta con entusiasmo.

-Quiero dar una cosa digna de mi rey: seréis de los nuestros, ayudaréis a organizar una fiesta que os servirá de introducción en esa culta sociedad de Caracas; aunque acostumbrado a lo bueno como estáis, lo nuevo tiene siempre mucho que ofrecer.

-Os lo prometo, -dijo Reinaldo inclinándose.

-Faltan pocos días, -dijo Gustavo levantándose,- hay que activar los preparativos para realizar lo que sueñas. Vamos hasta vuestro hotel, -agregó dirigiéndose a Reinaldo.

-Con mucho gusto, a vuestras órdenes, -dijo Reinaldo, que por delicadeza rehusaba la hospitalidad que su tía le ofrecía.

VII

Doña Ángela y sus hijas, quedaron comentando las impresiones que en cada una había dejado la tertulia; luego las besó y las dijo:

-Me ha pedido permiso para agregar a los obsequios de Berta un recuerdo suyo, que para cada una de nosotras ha traído de su patria.

Después de rezar su rosario y de hacer la señal de la cruz a sus hijas para bendecirlas, se durmió.

En sus ligeras camas gemelas y tan blancas como sus cuerpos virginales y como la virgencita que las custodiaba, desde su nicho de marfil, las dos jóvenes se abrigaron mientras sus almas viajeras del infinito, cruzaban el mundo azul de las ilusiones.

¡Oh juventud! ¡alborada fugaz! tus dulces y encantadores sueños prometen las dichas de la vida, tus primeras emociones, como perfumes de rosas nuevas, vienen a llenar el corazón que se abre estremecido; ¿por qué pasáis de la mañana a la tarde como las flores? Si como los astros alumbráis las jóvenes almas ¿por qué al ocultaros, como aquellos no tornáis? ¿por qué, si os marchitáis, como las rosas, ¡ay! no renacéis?...

Las dos jóvenes, como las alondras, se despertaron con la aurora, abrieron sus bellos ojos que como el sol tenían también luces nuevas: los aromas de las tempranas lilas penetraban por la ventana que daba al jardincito cuidado con tanto esmero por ellas mismas.

Entró doña Ángela cargada con cajas y pequeños bultos envueltos en hules y arpilleras; ellas saltaron de la cama y de prisa se vistieron.

-¡Perezosas! ¡venid a desatar!

Berta enviaba todos esos mil caprichos con que la moda, cómplice de la coquetería; embellece la mujer; abanicos, sombrillas, perfumes, telas y chales de escogidos colores para los rubios cabellos de Elina y para los negros de Margarita: una mantilla y un elegante traje de seda negra propio para los años de doña Ángela, que lo sacaba con gran cuidado de la caja. En un estuche de seda encarnada se leía: «Recuerdo de Reinaldo»; contenía dos pequeños relojes de señoritas; otro con alfileres de perlas y turquesas sosteniendo medallas de oro antiguo con la imagen de la Virgen: todo igual como para dos gemelas. En una caja de madera se leía: «Para mi tía»; doña Ángela la abrió: contenía un cuadro igual al que Berta había descrito de la huérfana: la semejanza con Margarita pasmó a doña Ángela; ¿cómo podía el joven adivinar que aquellas facciones eran las de la niña a esa edad?-Cosas del genio, -pensaba, sin recordar que ella misma se la describía

a su hermana en sus cartas; atada al cuadro con cordones de seda azul venía una cartera de piel de Rusia, conteniendo un crecido número de billetes de banco y una carta concebida en estos términos:

«Querida tía: con la aprobación de mi madre dedico a usted el producto de ese cuadro, que dará siempre a usted la satisfacción de una de las mejores acciones de mi vida, como me ha dado a mi un poco de gloria; esta, la pongo a sus pies para suplicarle acepte lo que le pertenece, pues la inspiración la recogí en esa tierna historia cuyo infortunio borró usted con un beso de amor: yo he cogido un laurel y una medalla, pero el mejor premio será para mi la aceptación que dé usted al ofrecimiento que le hago en nombre de mi madre, de esa noble mujer que tanto la ama.

»Acepte con el respetuoso homenaje el afecto de su sobrino

»Reinaldo Solís.»

Doña Ángela contó aquella fortuna y comprendió, ahogando las susceptibilidades, que ofrecida con tanta delicadeza no dejaba a la suya el derecho de rehusar. La carta de su hermana borró sus escrúpulos; acercó a sus labios la blanca frente de Margarita, diciéndole cariñosa:

-Si la acción que él elogia me la paga tu ternura todos los días, hija de mi alma, ¿qué mayor recompensa?

-¡Oh madre mía!-dijo la tierna niña echándote al cuello los brazos;- ni con mi vida entera pagaré esta deuda del corazón.

Pocas horas después entraron Gustavo y su padre y las jóvenes acudieron a las alegres voces del Sr. Finkler que las llamaba, entusiasmado; venía a organizar la parte artística de su programa.

-Es este el único goce que me reservo, todo lo demás es vuestro, no me andéis con rodeos porque... se acaba el baile...

-No, no, por Dios, -dijo Elina;- vamos con todos los Mozart que queráis.

Una noche, víspera de su baile, hablaba el con doña Ángela en voz baja. Los jóvenes hojeaban álbumes de vistas españolas traídas por Reinaldo, que con su acento armonioso explicaba los sitios que recorrían con la vista. La luz daba de lleno sobre aquellas cabezas inclinadas que hacía más notable el contraste que formaban.

Mirábalos el-Sr. Finkler complacido y dijo quedo a doña Ángela:

-Si el sol de la dicha hiciera eterna una primavera de amor para ellos, nuestro invierno sería menos crudo. Voy a haceros una confidencia: Gustavo ama a Margarita y si ella quisiera hacer la dicha de mi hijo, la mía sería completa; el baile más que nada tiene este objeto; él la hablará y si como presumo y quiero, ella le corresponde, ¿cómo no amarlo?, trataremos de que ese arrogante primo sea el compañero feliz de Elina, pues me parece ver ya en ellos la corriente eléctrica de la simpatía.

Doña Ángela sonrió gozosa; era ese su sueño de ventura y encontraba un aliado voluntario; sin embargo, aunque invitada lealmente a la confianza, no le permitía su discreción la franqueza en asuntos tan problemáticos, así que contestó:

- Soñáis cosas no pensadas y viajáis como en un país por el porvenir. Dios sólo ata las almas allá arriba y a ese soplo se inflaman los corazones y nada influye la voluntad humana en los destinos.

-Tengo miedo, -dijo el amoroso padre,- si esa angélica niña no ama a mi hijo, la vida de ese corazón será un sollozo eterno; él es de esos seres que consagran a una sola afección la vida, entera y, feliz o no, esa niña, será la única mujer digna de su alma: lo siento así y padezco mucho viendo esos labios de rosa que han de pronunciar la sentencia de mi hijo: doña Ángela, ayudad a la felicidad de un padre que os pide para su hijo la mano de Margarita.

Doña Ángela se sintió muy conmovida ante la solemnidad de aquella demanda y dijo:

-Creedme, mi excelente amigo, si en mis manos estuviera Margarita sería la esposa de Gustavo.

-No le digáis a ella una sola palabra, me refería Gustavo.

VIII

Margarita y Elina terminaron sus tocados de baile, frescas y sencillas como flores de primavera, nada más seductor que el contraste que ofrecían y nada más notable que su belleza. Conducidas por su primo, en cuyo brazo se apoyaba doña Ángela, llegaron a la casa del Sr. Finkler.

El desfile de coches y la entrada de las gentes dificultaba un poco el paso. Los diplomáticos y los ministros saludando al Sr. Finkler, obstruían las entradas de tal modo que a no venir Gustavo en su ayuda, difícil le hubiera sido a Reinaldo penetrar hasta el salón. El Sr. Finkler ofreció galantemente el brazo a doña Ángela: estaba rejuvenecido, el frac mejoraba las condiciones de su talla mediana y gruesa, su fisonomía de antiguo germano tenía cierta expresión graciosa que hacía olvidar las irregularidades de sus facciones, y sus ojos siempre plácidos, siempre muy abiertos como para asomar por ellos su alma inmensa.

Gustavo acompañaba al aproximarla a una silla, la dijo:

-Mirad vuestro programa de baile: a petición mía la introducción es el precioso vals de Waldteufel «Mon Rêve» porque quiero abrir el baile con vos, ¿aceptáis?

Ella volvió los ojos y vio a Reinaldo que conducía a Elina al salón, creyó que formaban ya una pareja, ahogó un suspiro y contestó Gustavo:

-Como queráis; tenéis derecho a todas las complacencias.

El Sr. Finkler paseaba llevando del brazo a Reinaldo; presentábale a algunas damas elegantes y le decía al oído:

-Os muestro las bellezas que ha dado la naturaleza: ahora, veréis las bellezas del arte: ya veréis mi galería; primero el placer al hombre y después al artista.

-Todo es arte y sentimiento, -dijo Reinaldo,- el alma tiende a la humana belleza como a la artística: ante aquélla queda estremecida y absorta y ante la otra muda de admiración.

En realidad la suntuosa morada del alemán era un tributo al arte: la Música, la Poesía, la Pintura y la Escultura, parecían presidir talladas en mármoles itálicos, elegantes centros de camelias y rosas, que llenaban de perfumes el ambiente; todo aquel lujo soberbio y artístico tenía la severidad del estilo germánico; aquello era el conjunto hermoso de cuanto ofrecen los progresos del siglo, y a todo el esplendor del arte, se unían esas noches de gala que tiene Caracas cuando el beso de la luna abre sus heliotropos, sus pálidas y sus nevados lirios.

Cruzaban ya el salón gentilísimas parejas; el ruido de la seda y el aroma voluptuoso que se cernía en el espacio anunciaban la juventud y la belleza, que su deslizan en ese tejido transparente de ilusiones y de esperanzas, que en una noche de baile forman los hilos magnéticos del amor.

Elina sonreía de placer; prendida graciosamente su dorada cabellera; su traje azul con su corpiño de baile dejaba descubierta su bellísima garganta; sus torneados hombros, sus brazos de forma correctísima, a la luz de las bujías parecía de raso; su juventud y su hermosura tenían nuevos encantos, su mirada azul, intensa, aguardaba o buscaba las dichas que esperaba de la vida.

Margarita, casta y dulce como la flor de su nombre, vestía color de rosa pálido, con la naturalidad que era en ella su mejor encanto, abarcaba con sus grandes y rasgados ojos aquel conjunto seductor: menos bella que su prima, ganábala en gentileza, y la serena distinción de su figura la asemejaba a una pálida virgen de Correggio; sus bellísimas manos aprisionadas por la cabritilla deshojaban una de las margaritas del precioso ramillete que Gustavo le ofreciera al entrar; podían deslumbrar, electrizar otras mujeres por su belleza, pero ante esta *inmaterial*, se sentía el alma sujeta por un encanto nuevo o inexplicable: el espíritu de aquella niña llenaba su ser de purísimas seducciones.

Laura de Ibáñez, graciosamente encantadora, seguida de su eterno admirador Montilla, vino al encuentro de Margarita, y con su argentina voz anunciabale bromeando que Gustavo parecía dispuesto a caer a sus plantas; ella se puso grave y dijo a su amiga:

-¡Oh, no ultrajéis la amistad más santa!

Reinaldo interrumpiólas y acercándose a Margarita la dijo:

-¿Queréis conducirme en este mundo, nuevo para mí? ¿queréis dirigirme en los primeros compases del vals que va a empezar?

-Gustavo me ha pedido el primer baile y sus privilegios de amo de casa me han obligado; ¿por qué no me lo dijisteis antes? -dijo ella turbada.

-¡Es verdad! -dijo él contrariado;- voy a ver si soy más afortunado con Elina.

La orquesta con sus acordes, anunció a los bailadores el turno prometido.

Margarita bailaba con esa gracia no aprendida que tanto distingue a las hijas del Guaire; parecía que sus pequeños pies apenas si tocaban las alfombras. Reinaldo seguía pensativo y distraído la gentil pareja; la voz de Elina lo volvió a la realidad: -¿no bailáis? -preguntóle.

-¿Cómo no? -dijo,- pero esperaba ver el compás de los demás para seguirlo; por lo demás, vos me guiaréis.

Después del vals Gustavo condujo a Margarita a un saloncito, preparado tal vez por él para aquella hora de sus confidencias; colocándose a su lado en un sofá color de rosa, la dijo:

-Quiero hablaros, Margarita, como corresponde hacerlo a nuestras almas: con lealtad. Soy uno de esos seres que consagran la vida entera a un solo sentimiento: os amo, y unir mi destino al vuestro, sería tomar en la tierra la parte de dicha que Dios concede a los mortales; os ofrezco una vida de amor: en mi país la vida del corazón se sobrepone a todo y siento que vos tenéis el hilo de la mía en vuestras lindas manos; no sé si podré hacer vuestra felicidad, pero sí, os aseguro, que si un amor perfecto puede alcanzarla, la vuestra sería también perfecta: no me contestéis, reflexionad, -agregó viéndola tan turbada.

Ante aquel acento tan sincero, ante aquella mirada tan leal, el alma de la joven se conmovió.

-Yo no conozco los afectos que expresáis, Gustavo, me sorprende ver vuestra amistad cambiada en otro sentimiento: ¿qué puedo contestaros en mi ignorancia? Vuestro amor necesita otro igual; ¿cómo ofrecéroslo, si apenas sé de esas pasiones lo que os oigo?

-Pero dejadme vivir entonces, dejadme esperar, -dijo el joven.

La llegada de algunas parejas interrumpió la contestación de Margarita, que sintió alivio viendo terminadas aquellas confidencias que tanto la martirizaban: suplicó a Gustavo que la condujese al lado de doña Ángela.

Elina cruzaba ligera y alegre del brazo de su primo, y al ver a Margarita cerca de su madre se acercó alarmada, diciéndole: -¿Te sientes mal?

Ella, todavía asustada, le contestó: -No, el calor y el baile me han fatigado un poco y nada más.

Reinaldo, que la miraba extasiado, le preguntó:

-A pesar de eso, ¿aceptaréis ahora si os invito para valsar?

-Sí: tengo tiempo para descansar y mucho gusto también en complaceros.

La distinción de Reinaldo le granjeaba generales simpatías y muchos hermosos ojos se agrandaban buscando en vano un detalle que interrumpiera la irreprochable corrección del joven.

La animación que en esos centros de cultura nunca se excede, era ya general y cada cual borraba de su mente las preocupaciones, las tristezas y las amarguras de la vida.

Llenas estaban las pequeñas mesas donde se inclinaban las cabezas grises, buscando distracción en esos juegos que la sociedad acepta y que son en noches como esas, refugio de los desterrados de la danza.

Los preludios anunciaron a los bailarores la invitación al vals y las notas inmortales de Juventino Rosas en su *cadencia* «Sobre las olas» parecían el arrullo del amor que invitaba al ensueño.

Reinaldo se acercó a Margarita, que se levantó para seguirlo.

-Al fin puedo llegar hasta vos: si yo os dijese que desde que salí de mi país he soñado con uno de estos instantes, ¿lo creeríais?

-Parecís tan sincero como leal y no opongo ninguna duda a lo que afirmáis.

-¿Por qué no esperasteis mi invitación para el primer vals? ¿no pensasteis en que yo pudiera hacerla o no la deseabais?

-Os vi con Elina y se me figuró que erais ya su pareja, que vuestra elección estaba hecha.

-Bailemos, -dijo enlazando el talle esbelto de la joven.

Así tan cerca de ella, podía admirar su casto perfil, las líneas de sus cejas, las negrísimas pestañas que velaban sus pupilas, que tímidas evitaban sus miradas.

Detúvose otra vez para dejarla descansar y la llevaba sin sabor a donde; ¡qué de cosas tenía que decirle! y sin embargo, se sentía como cortado; la sencilla timidez de Margarita le intimidaba, al fin la dijo:

-¿Queréis darme una de esas flores que lleváis en la mano?

-¡Oh! ¡de estas no! -dijo ella prontamente;- pero si queréis lleguemos hasta el pabellón de flores y os escogeré una igual.

-¿Y por qué de estas no? quiero de las vuestras.

-Son las mismas; al llegar, Gustavo me ofreció este ramillete de flores escogidas por él, ya veis que no tendría mérito y la que os ofrezco la escogería yo misma para vos; ¿queréis?

Reinaldo escuchó la delicadeza de la niña conmovido:

-Así la quiero.

Con sus dedos entorpecidos por los guantes, torció la rama de una margarita; al presentarla volvió un poco el rostro pero sin descubrir las miradas, y preguntó:

-¿Preferís ésta a una camelia?

-¡Esta! esta lleva vuestro nombre.

-Yo llevo el suyo, -dijo sonriendo;- ¿queréis deshojarla para leer?...

-No, -dijo él en voz muy baja;- otra Margarita me dirá mi destino; ¿queréis que fije la dicha en las hojas de esta flor?

-En verdad, -dijo ella,- sería muy pasajera, pues como todas las flores se muere prontamente.

-Sin embargo, -dijo él,- hay algo que para nosotros puede darle una vida eterna si la convertimos en símbolo de...

Gustavo se acercó: ellos no se habían dado cuenta que el vals había, terminado hacía rato.

-Señorita, -dijo Gustavo inclinándose,- mi padre reclama la parte que le corresponde y espero que reposéis para complacerle; después -agregó dirigiéndose a Reinaldo- vendrá una cuadrilla y me complaceréis siendo con Elina mi vis-a-vis, pues yo la dirigiré con Margarita.

Minutos después el silencio sucedió a ese creciente rumor de alegrías y Margarita de pie a un lado del piano y Gustavo del otro aguardaban la inclinación de la hermosa cabeza de Elina para cantar el dúo de Fausto y Margarita.

Las notas de pasión tenían esa noche en los labios de la joven una expresión sin igual; al timbre delicioso de su voz iba unido el eco de un corazón enamorado; sus miradas iban también como perdidas a encontrar los ojos que la contemplaban. Margarita estaba encantadora: como el pájaro que arquea la garganta para dar al sol el himno de alegría, erguía ella la suya para dar acentos, que al pasar por sus labios de rosas parecían traer ecos de aquellas sirenas que en mares remotos tenían encantados a los argonautas.

Terminó el dúo y todos rompieron las fórmulas de la etiqueta para aplaudir como en el teatro.

Laura de Ibáñez se adelantó al deseo del Sr. Finkler y deteniendo a las dos jóvenes que se separaban del piano, dijo a Margarita:

-Si no estáis muy cansada os suplico que cantéis «La Estrella Confidente», ya que esta noche tenéis la garganta como los ruiseñores de mi jardín.

Elina preluvió y Margarita entonó esa dulce meditación a la estrella de la tarde.

Reinaldo la escuchaba estremecido y hubiera querido interrumpirla sin saber por qué; los adioses de Margarita se apagaron y el Sr. Finkler se acercó a ella para decirla enternecido:

-Si como el encanto me dieras la dicha, te bendeciría toda la vida; esto sólo hace hermosa mi fiesta.

Sólo Reinaldo no se acercó a la joven; ella temerosa fue hacia él, que silencioso estaba de pie cerca de una ventana.

-Parecéis disgustado, -dijo al sentarse;- ¿qué tenéis? ¿no os gusta el canto?

-Mucho, -dijo él a media voz,- y os suplico que cantéis siempre «La Estrella Confidente».

-Procuraré complaceros, -dijo ella en el mismo tono,- pero noto en vos algo extraño; ¿pensáis acaso en España?

-Margarita, -dijo Reinaldo sin contestar la pregunta;- ¿habéis soñado alguna vez con la dicha?

-Es el sueño de todos los humanos, -contestó ella sin corresponder a las miradas de su primo.

-¿La encontraríais en el amor de un hombre?

-Correspondiéndole sí.

-Gustavo os ama, a las claras se ve: ¿le amáis?

Ella se atrevió a levantar ojos como para que leyera en ellos y guardó silencio, limitándose a mover negativamente la cabeza.

Pero contestad con los labios, -dijo él reanimado por aquellos fulgores.

-No, -dijo tan bajo que él más bien adivinó que oyó.

-Oíd, Margarita; como os he soñado os encuentro: desde que salí de mi país sólo he tenido un pensamiento: vos; parecíame que me estabais destinada: dicen que hay almas afines y que el amor es el soplo del Señor para acercarlas; ¿qué pensáis de esto?

Ella no contestó, pero el ligero temblor de sus labios y el color de sus mejillas denunciaban el crecimiento del corazón.

-Contestad, Margarita, si os invito para andar juntos el camino de la vida y bendecir a la luz de las estrellas el Dios que ata nuestros destinos; si os ofrezco un amor bendecido por mi madre, ¿tendría la misma suerte que el de Gustavo?

Los compases de la cuadrilla se oían ya, pero antes Reinaldo leyó en aquellos grandes ojos lo que los labios no decían y así que alegre ofreciera graciosamente su brazo a Elina que se acercaba con Gustavo y más bien dirigiéndose a Margarita dijo:

-Cuando la dicha llega oportunamente casi es completa y voy a disfrutarla.

En el curso de las figuras Margarita notó algo extraño en las miradas de su prima y la vio distraerse en el baile donde ella más lucía.

Reinaldo y Gustavo no se fijaban sino en Margarita, que estaba como cortada ante la seriedad de Elina.

A las tres de la mañana doña Angela, ajena todavía a aquel prólogo de pasiones, se retiraba, por más que insistieron en hacerla detener: Elina se negó tenazmente, y abrigada como Margarita en finas pieles de marta, dejó el salón lleno aun de aromas y alegrías.

IX

Las jóvenes no se comunicaron sus impresiones, como otras veces: la reserva era ya el principio de la separación de aquellas almas.

Los días a los días sucedíanse y doña Ángela notaba que su hija estaba contrariada y que apenas comía: ¿padecería? Un día viéndola pensativa llamó a Margarita y la dijo:

-¿Sabes tú si Elina tiene penas?

-No sé, -dijo Margarita afligida;- no me atrevo a interrogarla; huye de mí y no quiere contestar a mis preguntas.

Doña Angela hizo sus observaciones y aunque de escasa inteligencia, púsose en la pista del secreto de Elina.

-¡Quiere a su primo, no hay duda.! está celosa... y yo no quiero que mi hija sufra... Reinaldo vacila entre las dos. Si Margarita tiene a Gustavo, el otro será para mi hija... ¡no faltaba más! ¡que yo deje padecer a mi Elina! ¡nunca!... ella sobre todo; arreglaré las cosas, conozco a Margarita y la hablaré con franqueza; ella misma los acercará: nos debe todo y en obsequio de la verdad es muy buena y nos quiere; sí, yo estoy segura que hará todo por la felicidad de Elina.

La casa antes animada se volvía triste, y para colmo de penas doña Ángela enfermó; las dos jóvenes olvidaron sus propias preocupaciones para velar juntas cerca de aquel lecho.

Margarita era una asidua enfermera; era siempre la que se quedaba si se ofrecía una atención fuera. Las dolencias se acentuaban y la fiebre era ya intensa; a juzgar por las prescripciones del médico, doña Ángela estaba «de cuidado».

La tarde caía y el estado de la enferma las tenía muy inquietas; el médico recetó unas cucharadas y les dijo:

-Tranquilidad tranquilidad: el sistema nervioso está muy alterado; no la contrariéis, sobre todo evitadle emociones, no sea cosa que se vaya a destruir en un momento el trabajo empezado; esto es como una red que tejemos que al romperse un hilo se van todos; mucho cuidado y ánimo, no os alarméis, que en un lecho donde velan ángeles como vosotras, el mal es pasajero; volveré más tarde. Ellas se acercaron la una a la otra y Elina preguntó a Margarita:

-¿Qué tendrá? está muy postrada; tengo miedo a ese sueño tan largo que tiene.

-Es debido a la fiebre, -dijo Margarita;- cuando la levanté para darle la medicina, ardía su cuerpo; tengo esperanzas que estas cucharadas la mejorarán; ¿se las damos? son las siete; ¿o le damos leche?

-La medicina será mejor, -dijo Elina,- y acercó la luz para medir la cucharada que ya tenía en la mano Margarita; con las más delicadas precauciones se la dieron y volvieron a sentarse en el sofá que había cerca de la cama de doña Ángela.

La criada asomó su lustrosa cabeza y dijo:

-Allí hay visita.

-Anda tú -dijo Margarita,- yo velaré y si hay novedad te llamaré; déjame a Julieta en la puerta.

Tomó un almohadón de seda encarnada, lo colocó sobre un brazo del sofá y descansó en él su cabeza.

La medicina había calmado la agitación de la enferma y su sueño tranquilo parecía ya una mejoría. Margarita luchó un rato con el que la vencía a ella y al fin se durmió como pudiera hacerlo un niño.

La puerta giró suavemente y Elina entró seguida de Reinaldo: el joven había exigido ver a la enferma y como era natural este deseo, Elina no se opuso y lo introdujo, creyendo encontrar a su prima despierta.

Elina se acercó de puntillas, entreabrió las cortinas del lecho y volvió a cerrarlas cuidadosamente. Reinaldo había visto ya lo que buscaba, a Margarita, adorable en el abandono del sueño: el suave perfil de la joven se destacaba en el fondo rojo que le servía de almohada: sus trenzas hermosas caían pesadamente hasta el suelo; uno de sus pequeños pies se descubría fuera de su vestido y su tamaño marcaba la distinción que los aristócratas dan a esta extremidad; aquella niña dormida, tenía sujeta el alma de Reinaldo como por hilos magnéticos y hubiera dado un mundo por acercar sus labios a la mano que extendida en el almohada parecía hecha de lirios.

-¿La llamo? -dijo Elina en voz baja.

-¡Oh no! -dijo él;- sería un pecado. Si no queréis seguir su ejemplo esperaremos fuera, donde me parece que oigo la voz de Gustavo y de su padre.

-Alguna debe velar, -dijo Elina,- así acompañada no sentiré las horas; vamos.

Algunos minutos después doña Ángela se incorporó y viendo a Margarita en el sofá la llamó débilmente: ésta se levantó sobresaltada.

-¿Queréis algo? -díjole cariñosa cubriendo el pecho de la enferma.

-¡Ay, hija mía! cómo te molesto; pero tengo mucha sed; dame agua fría, muy fría. ¿Y Elina? -preguntó.

-Está fuera; creo que allí está Reinaldo.

Margarita dio a su tía el agua indicada por el médico y después se sentó a su lado, alisándole con sus afilados dedos los cabellos grises y con voz acariciadora la dijo:

-¿Sentís mejoría?

-No, mi hijita, me siento muy postrada, debo estar muy grave para sentir este quebranto, y lo peor es que no quiero morir antes de dejar asegurado el porvenir de mi hija, y el tuyo; acércate más, hijita: ya que estamos solas hablemos seriamente; ¿quién me dice que mañana podré hacerlo? Oye bien: voy a exigirte una promesa: ofreceme que si yo muero pondrás cuanto esté a tu alcance para que mi hija sea feliz; yo creo que ella quiere a su primo y que ésta es su tristeza, porque creo que él está enamorado de ti; el sueño de toda mi vida, como el de mi hermana, ha sido unir esos dos corazones.

La sangre de Margarita se helaba en sus venas y el grito del terror quedó en su corazón.

-Prométeme, -continuó doña Ángela agitándose,- por la memoria de la que te dejó en mis brazos, que si yo muero serás para mi hija lo que yo he sido para ti; ¿por qué lloras? - agregó con voz muy débil,- ¿por qué voy a morir? ¿por qué te dejo? ¡Ay, no, mi hija, tú verás como también he pensado en ti... ay!... colócame esta almohada;... pero, ¿me prometes formar la dicha de mi ángel con su primo?

Margarita gimió y doblando como el ave herida su cabecita en aquel seno que la había amparado, dijo con voz entrecortada por los sollozos:

-¡Ay Dios! vivid o morid tranquila que, aun a costa de la mía, haré la felicidad de Elina.

La joven parecía transfigurada; tenía en su actitud la silueta delicada y dolorosa de aquellas vírgenes cristianas que inclinaban la frente para recibir la corona del martirio.

-En cuanto a ti, -prosiguió cada vez más débil la enferma,- ¡ay! mi querida Margarita, que has llenado de flores mi hogar... que has sido para mi hija una hermana cariñosa... he pensado también en tu porvenir. Gustavo te ama, es noble y bueno... su padre me ha pedido tu mano para él... serás feliz y yo bajaré a la tumba tranquila... porque mis ángeles tendrán protección... ¿serás tú dichosa con Gustavo?

Margarita se incorporó y dijo con voz tan débil como la de la enferma:

-No habléis mucho ni os agitéis, que el médico prohíbe las impresiones, quietecita; cuando os levantéis arreglaremos el palacio de las dichas.

Doña Angela quiso hablar, pero la joven acercó a sus labios uno de sus dedos de nácar y la dijo, forzando una sonrisa que más bien era una mueca de llanto:

-¡Chist!...

X

Margarita al llegar a su cuarto se hundió en el lecho; los sollozos la ahogaban.

-¡Será un sueño! ¡Me parece estar bajo el sopor de una pesadilla! ¡Elina enamorada de Reinaldo y mi tía exige su dicha!... ¡y yo!... ¡y yo, desdichaba que le adoro y me siento amada! ¡Jesús mío!

¡tendré que renunciar a mis esperanzas y a mis sueños de ventura! ¡Será que el viento de la desdicha que bañó mi frente al nacer me empujará hasta la tumba! ¡Madre, madre mía! ¿por qué no me llevasteis a esas alturas donde no hay padecer? ¡si vivierais hubierais leído en mi corazón como mi tía en el de su hija! ¡ay! ¡para ella ha sido el mío un libro cerrado! ¡Qué cosa tan triste! ¡Cuántas espinas pone el deber en mi camino! ¡Ilumíname, virgen mía! -dijo la pobre niña arrodillándose a los pies de su virgencita a quien noches antes había confiado y encomendado sus castísimos ensueños.

¡Triste suerte la de aquella niña! todo se lo debía a su tía; ella, sin hogar y sin amores había encontrado como el pájaro perdido, abrigo en un nido extraño, un corazón que la amara hasta imponerse sacrificios: la deuda era inmensa, sagrada y el acreedor estaba de pie.

Almas como las de Margarita no vacilan aunque se rompan en las recias sacudidas de la tormenta;

esas almas se adelantan a la lucha como para encontrar en el combate el fin que presienten.

Ella acercó a sus labios el amarguísimo cáliz de lágrimas, ¡vaciló y dudó!...-¡se sentía tan amada!... pero al fin la frente ya serena para siempre, y dijo:

¡Más amargo sería el remordimiento! ¡viva mi tía!... ¡sea Elina feliz, aunque vaya yo a morir como las algas en el fondo del mar!... ¡amor mío! ¡queda en mi corazón y ni mis ojos, ni mis labios te delatarán jamás!

Lloró mucho y el llanto alivia la pena cuando es cruda.

El reloj dio la una; se levantó, se lavó los ojos con agua fresca y pasó por ellos una fina mota de polvos de Lubin antes de ir al cuarto de la enferma.

Doña Ángela deliraba tratando de levantarse y Elina hacía esfuerzos para volverla a la cama, al ver a Margarita díjole asustada:

-Anda, que ya no tengo fuerzas, ayúdame.

Después que lograron calmarla, Elina se arrojó llorando en los brazos de Margarita y dijo:

-¡Qué miedo tengo! mamá cree morirse, porque me decía unos minutos antes de entrarle la fiebre: «¡Hija mía, mi Elina, quiero que seas feliz a toda costa, moriría desesperada si te dejara desgraciada!» ¡Ay, Margarita! ¿qué haremos sin ella que tanto nos ha amado?

-Es verdad, -dijo la huérfana,- pero no te aflijas; ella vivirá y tú serás feliz: duerme ahora un rato que yo voy a velar.

Elina se durmió bajo la mirada de aquellos ojos tan bellos y tan grandes que tenían ya toda la tristeza de un crepúsculo de invierno.

Margarita los elevó al cielo y dijo:

-Dormid tranquilas, almas que habéis amado a la pobre huérfana: no faltaré a la hora de la prueba: aun rompiendo todas las fibras de mi corazón y sobre la ruina de mi dicha muerta, se alzaré la de Elina. ¡Señor! ¡Señor! oid mis votos y dadme valor para el sacrificio.

La enferma se despertó al amanecer; Margarita acudió solícita.

-¿Cómo, os sentís? mejor, ¿no? El médico encarga tranquilidad, quietud: hay que obedecer para no perturbar la naturaleza.

La joven iba y venía, sin cesar de hablar.

-Aquí está la cucharada, tomadla... así. Elina duerme tranquila, si ella sospechara que nosotras nos ocupamos de su felicidad no estaría allí tan perezosa. Tratad de reponeros pronto para seguir con ellos nuestras observaciones. En cuanto a mí, lo he pensado y estoy dispuesta a seguir vuestras indicaciones: tengo cariño a Gustavo, y ya que dais vuestro consentimiento y él quiere hacerme su esposa, lo seré. ¿Estáis contenta?

Doña Ángela sonrió y quiso hablar; Margarita no la dejó:

-Hay tiempo para todo, quietecita ahora.

Quedó la enferma adormecida hasta la llegada del médico que la pulsó y dijo:

-Vamos, vamos, esto ya es otra cosa; ya no tenemos alteraciones y ese corazón principia a regularizarse: ya estamos a flote, doña Ángela.

La mejoría se fue acentuando y días después la convaleciente daba los primeros pasos por la galería; diríase que el afán del espíritu, las inquietudes del corazón eran los agentes de los males que la aquejaban.

Su egoísmo había puesto a prueba el alma de la joven, la había empujado, sin detenerse a pensar en la suerte de los otros; ¿cruzó por su mente el sacrificio de Margarita? a nadie lo dijo nunca: extraviada en el camino del deber seguía el de la vida, sin darse cuenta de las fibras que como el viajero que al andar no ve las plantas que huella.

Muchas veces vio sombras en la frente de Margarita, pero como ésta trataba de alejarlas desaparecían también sus preocupaciones; tranquilizaba su conciencia de cristiana limitada, con mil reflexiones sobre los deberes que tienen las madres para con sus hijos, ante Dios y la sociedad.

La convalecencia no fue lenta y pronto se vieron otra vez reunidos en la pequeña sala; pero las veladas no tenían como antes animación; cada uno llevaba el reflejo de una inquietud.

Reinaldo estaba inquieto, Margarita reservada, Gustavo disgustado, Elina recelosa, doña Ángela en acecho y atisbando la ocasión de hablar a Gustavo de Margarita y a Reinaldo de Elina; ella quisiera que sus elogios fueran las pequeñas tenazas para atizar el fuego en aquellos corazones; sólo el Sr. Finkler meneaba la cabeza al abarcar con la mirada de sus ojos tan grandes y salientes, las de aquellos seres allí pensativos.

-¡Oh! -pensaba, el pobre viejo;- ¡no es esta la actitud de la juventud alegre y feliz!

Como el marino que ve tomar al barco un rumbo peligroso, cruzaba los brazos ante la lógica desesperante de las imposibilidades: su razón no daba en él por qué las cosas no son como naturalmente debieran ser.

XI

Una noche que Gustavo tocaba distraído una melancólica melodía, Margarita le preguntó:

-¿Tiene letra esa romanza, Gustavo? ¡qué bonita es!

¿Os gusta? la aprendí de un modo extraño: tiene una historia. La noche después del baile de mi padre, al pasar por la plaza de Santa Teresa, el eco triste de un organillo me detuvo; acerquéme para ver qué aire marcaba; el mozo que tocaba tenía la cabeza echada sobre la caja armonioso: «Amigo, -le dije,- si tenéis sueño dejad la tarea. -Yo no duermo, - contestóme con voz insegura, y a la luz del farol vi que lloraba.-¿Tenéis penas? -¡Y muy hondas! -¿Y las acompañáis? -¡Las vendo!» -dijo, y su voz ahogó un sollozo. Yo estaba interesado y al fin conseguí que me contara su pena.- «Parecís bueno, -me dijo,- y sobre todo, quejarse es un consuelo; oid, y si sois poeta tendréis para un poema. Soy saboyano y ya sabéis que nosotros viajamos como las golondrinas: dejamos el hogar mi hermana y yo una mañana de invierno, ella más triste que la casa que dejábamos y envuelta su bonita cabeza en la pañoleta de mi madre, que la había mojado con sus lágrimas antes de ponérsela... María abrazó a mis otros hermanos y dijo a Luisa que la seguía en edad como en belleza: «dile a Simón que no me olvide, me mataría la pena en tierra extraña: avisa cuando vuelva.» Simón era un primo nuestro, que estaba comprometido con mi hermana María, a quien ésta adoraba, pero, que como nosotros había dejado la Saboya para ir a emprender en suelo extraño la lucha por la vida, que entre nosotros ¡ay de

mí! es casi estéril, pues muchas veces la dejamos en ella: viajamos y viajamos y el tiempo pasaba como nosotros por las tierras que dejábamos; mi pobre hermana siempre triste, pensando en sus amores. Mi madre dijo al fin en una carta, que Simón había llegado muy gallardo y con algunos ahorros, sino rico. Luisa nada decía. María daba vueltas a las cartas, le parecía que habíamos saltado algo y silenciosa volvía a meditar. ¡Pobre! viéndola mirar tristemente al cielo parecía una virgen desterrada. ¡Meses después llegó una carta de mi madre, lacónica, pero mortal! decía.: «¡Volved; Luisa que está ya tan crecida y hermosa como María, se casa, con Simón!...» Yo no leí más, el temblor de mi pobre hermana, que leía también, sobre mi hombro, me detuvo... sigue, -me dijo con un sollozo,- ¡lo presentía! Desde ese día principió a enflaquecer; se fue poniendo como una niña de cera y por más que luché no quiso volver a la Saboya: y después de un proceso lastimoso y miserable, ha muerto tan tristemente como había vivido. ¡Pobrecita

María! ¡se ha quedado muerta al principiar a llorar!... y, ¿sabéis por qué toco?... ¡para tener con qué enterrarla!... Toco su romanza favorita, ¡la que ella tantas veces cantaba en las esquinas para ganar el pan!... ¡la toco mientras ella está allá solita, fría y a oscuras, sin que una mano cariñosa vaya a echar sobre su cuerpo consumido un poco de agua bendita! ¡Pobrecita! ¡cuando se le cerraron las puertas de la dicha fue a tocar las del cielo! Esta romanza es la que se me ocurre tocar para pedir para su entierro, porque me parece que está en ella su alma! ¡Cierro los ojos y la veo como otras veces, de pie con su pálida vuelta al cielo que la esperaba! ¡Ay, Señor! ¿no es verdad que es muy extraño encontrar entre seres vagabundos como nosotros una criatura que se muera de amor y de tristeza?...

-¡Muerta por amor! -dijo Margarita volviéndose para mirar a Reinaldo que la contemplaba enternecido, pues durante el relato de Gustavo había seguido las impresiones de su dulce fisonomía. Sus ojos se velaron como para ocultar la luz que pudiera iluminar a su primo y turbada dijo a Gustavo:

- ¿Qué hicisteis al fin?

-Consolar su miseria que era lo que estaba mi alcance, porque en cuanto a su pena, ¿cómo? -Mirad,-le dije,- como el alma de vuestra hermana está en la romanza, que a mí me ha conmovido, quiero ayudaros: enterrad a María y después que estéis sereno venid a mi casa, con el organillo para poner al piano esa romanza.-Tres días después vino muy pálido y me dijo: -Gracias a vos la pobre María tiene sepultura cristiana y mi pena es menos honda: si algún día vos la tenéis, pensad en que hay allá arriba quien ruegue por vos y aquí abajo quien quiera compartirlas. ¡Dios os lo pague! la dejo durmiendo aquí su sueño eterno; ya no sufre y me voy a consolar a mi madre.

El organillo estaba en la calle y por largo rato tocó la romanza para que mi oído la conservara: cogió luego su carga y al pasar me dijo con tristeza: «tiene letra: os la mandaré; Dios os guarde», y se fue, no sin volver la cabeza muchas veces para saludarme. El saboyano me hizo impresión: habla con facilidad y tiene sentimiento. Si la letra es tan bonita como la música os la dedico desde ahora.

-Sois muy bueno, Gustavo, -dijo Margarita,- y os digo como el saboyano: «Dios os guarde».

-Y me libre de las penas de María, -dijo él en voz baja.

Reinaldo se mordió los labios; se acercó a Margarita diciéndole:

-Cantad algo para disipar las impresiones de esa triste historia.

Margarita continuó sentada y distraída rompía las hojas de un lirio que tenía entre sus dedos.

-Margarita, -insistió Reinaldo,- ¿viajáis por la luna? venid, -agregó ofreciéndole la mano.

Ella se levantó sin tocar la mano que se le extendía, y se acercó al piano. Reinaldo la siguió.

-Niña, por Dios, que extraña estáis, tranquilizadme ¿no sabéis que os amo y que me vuelvo loco ante vuestra inexplicable reserva para conmigo? ¿tenéis alguna queja?

Margarita se sentó al piano estremecida; el sacrificio era superior a sus fuerzas: ¡se sentía tan amada!... y para un alma como la suya, era casi imposible desprenderse de la seducción de aquel acento: debilitada por la pena iba quizá a revelar su secreto cuando la voz de doña Ángela la volvió a la realidad:

-Canta, hija mía, para reanimar mi corazón enfermo.

Reinaldo parado junto a ella insistía, -tenéis quejas, Margarita.

-¡Sí, de mi suerte! -contestó con voz apagada; sus manos cayeron sobre el teclado y quiso principiar un canto, pero al levantar la voz rompió a llorar y se cubrió el rostro con las manos.

Elina corrió a su lado y acercó a su pecho la cabeza de la joven, diciendole:

-¿Qué te pasa, Margarita? ¿te sientes mal?

Por un esfuerzo de la voluntad alzó su dulce rostro para tranquilizar a su prima, trató de sonreír y aquella sonrisa daba a su rostro el tinte que un rayo de sol da a un cielo lleno de sombras.

Reinaldo la miraba angustiado; ella, sin mirarlo, hizo girar el taburete del piano y dijo a Gustavo:

-Vos tenéis la culpa, la historia del saboyano me ha dejado nerviosa, para castigaros vais a cantar conmigo un dúo de Ruy Blas, que Elina nos acompañará.

Gustavo se inclinó y colocó en el atril la música pedida. Elina preludió y riéndose, dijo:

-¡Cuidado con los nervios!

-No, no; ya los rompí: principia.

Como si quisiera borrar las impresiones de aquella historia cantó, como cantan las aves que animan las selvas, aun cuando sean sus notas de dolor. Reinaldo no apartaba de ella los ojos, oculto detrás de una cortina, le pareció ver brillar lágrimas en los de la joven. Trató de acercársele al terminar el canto, pero ella lo evitó colocándose entre su tía y el Sr. Finkler. No la comprendía y despechado y coloso se retiró temprano, con el pretexto de escribir a su madre.

XII

Margarita al entrar en su cuarto se dejó caer en una silla; estaba quebrantada y abatida, así la encontró Elina que cuidadosa la había seguido; se acercó y la rodeó con sus brazos; ella rompió a llorar.

-Pero, ¿qué tienes, Margarita? Algo extraño te pasa., ¿no me lo quieres decir a mí? Elina se sentó a los pies de la joven y colocando sobre sus rodillas las blancas manos cruzadas, insistió -¿no quieres?

-¿Por qué no? -dijo,- ¿a quién mejor que a ti?

Margarita se animaba con la esperanza de que tal vez su tía se había engañado respecto a los sentimientos de su hija y resueltamente quiso leer ella misma en aquel corazón, aunque leyera su sentencia.

-La enfermedad de mi tía me ha llenado de sustos, ¿qué sería de nosotras sin ella? Nunca se me había ocurrido seriamente y a la hora de fijar el destino me pongo tan nerviosa como si fuera a cometer un crimen. Reinaldo... Elina se puso tan pálida que Margarita no necesitaba otra confesión, sin embargo, como quien quiere apurar hasta las heces del veneno, -agregó valientemente:

-Reinaldo, me parece que está un poco enamorado de ti y Gustavo quiere casarse conmigo; mi tía dice que estas bodas la harán feliz, ellos lo serán también, pero... separarnos ¡es tan triste!...

-¿Amas tú a Gustavo, Margarita? -preguntó Elina tratando de leer en el alma de su prima.

-Sí, -dijo Margarita sin vacilar;- siento por él un dulce afecto; es noble, distinguido y me ofrece todo lo que puede dar encantos a la vida... vamos, ahora tú amas...

Elina no la dejó concluir, se arrojó en sus brazos y le dijo muy bajo:

-¿A Reinaldo? ¡Me parece que sí! Perdóname, mi dulce Margarita, yo creí que tú le amabas y tenía celos y te acusaba sin saber por qué.

Y Margarita como quien se aplica un hierro ardiendo a la herida, preguntóle:

-¿Le quieres mucho?

-Nunca he sentido por nadie lo que siento por él; es más, me parece que hace mucho tiempo que lo llevo aquí, -y la joven señaló el corazón.

Margarita alzó los ojos al cielo en actitud, resignada y besó la frente de Elina.

-Serás muy feliz, -dijo,- y quiera Dios que nunca sepas de qué tamaño son los dolores de la vida; durmamos pensando en que como dos palomas vamos a alzar el vuelo juntas. Hasta mañana.

Elina no tardó en dormirse, acariciada por tantas y tan hermosas esperanzas.

Margarita amaba a Gustavo y nada podía perturbar la dicha soñada.

Dormida su prima, salió Margarita y fue a sentarse en el jardincito; allí podía llorar a solas sus ilusiones desvanecidas, sus esperanzas destruidas y sus amores muertos.

-La lucha es grande para mis fuerzas; el alma se resiste a penetrar en las sombras de la desdicha; pero, ¿qué hacer? Cuando se tiene en la nave de la vida por piloto el deber, sólo a su impulso podemos detenernos en las riberas azules de la felicidad. ¡Qué triste es arrancar con propia mano del libro de la dicha la página de la esperanza!

Reinaldo a su vez era presa de idénticas impresiones: a la luz de la luna, de codos en la ventana de su cuarto, buscaba en sus recuerdos algo que pudiera explicarle la esquividad de Margarita. Su pensamiento se torturaba por encontrar la clave de aquel enigma.

-¡Oh! -decía,- sólo por ella he soñado glorias, sólo en ella he pensado al emprender mi viaje mi esperanza más hermosa ha sido despertar en su corazón el sentimiento que abrasa, el mío ¿qué tendrá? Si ella ha alentado mi corazón, si yo he visto en una noche de baile su alma entera en sus ojos serenos ¿por qué, pues, se reserva hoy hasta el extremo de huirme? Yo debo tener una explicación con ella, debo decirle el estado de mi alma, y si se muestra indiferente a estas angustias, me alejaré para siempre y trataré de olvidarla lejos de un mundo donde ella esté. Pero, ¿qué estoy diciendo? ¡qué loco soy! Si donde quiera que vaya, la llevaré siempre aquí, -y colocó las manos sobre su pecho inquieto.

En sus insomnios aquellas almas se cruzaban unidas en el dolor mutuo mientras la luna pálida pasaba por el cielo sereno dando a la tierra sus dulces claridades.

Corrían los días y Reinaldo no podía vencer la marcada esquividad de Margarita; hablaba con Elina, y sin saber por qué, no se atrevía a contarle, ni a confiarle su pena.

Un día Reinaldo encontró sola a doña Ángela y quiso ver si ella conocía el cambio de la joven y para sondearla la habló de su carácter y de su bondad: Doña Ángela alentada por estas insinuaciones le dijo confidencialmente:

-Si supierais... vos soy de la familia y debéis saberlo todo. Gustavo la adora, el Sr. Finkler me ha pedido su mano y yo creo que Gustavo puede hacerla feliz, ¿no os parece que debemos ayudar esa felicidad?

Reinaldo no contestó; se ahogaba. ¿Sería aquel el secreto de Margarita? ¿amaría a Gustavo? pero, ¿por qué no decírselo, siendo tan fácil y natural el camino de la verdad? Mientras en su despecho detestaba a su joven rival, pensaba con noble justicia que era digno de ser amado; su distinción, sus cualidades, su gran corazón, tantos privilegios debían acercarlo al santuario de la dicha, pero, no podía remediarlo, el pensamiento de aquella unión le volvía loco.

-¿Pensáis como yo? -insistió doña Ángela volviendo el rostro para ver a Reinaldo.

-¿Lo quiere Margarita? -preguntó éste esquivando la mirada.

-No tanto como eso: ella no ha resuelto; pero a mí me parece que sí lo quiere.

Reinaldo cobró aliento y resolvió vencer todo obstáculo para una explicación con Margarita. ¿Cómo juzgar la conducta de aquella niña?

Oyóse la voz de Elina y su risa armoniosa; poco después entraron las dos niñas seguidas del Sr. Finkler.

Reinaldo las aguardó extendiendo sus dos manos y al ver en las suyas libros religiosos, preguntóles:

-¿Venís del templo del Señor? ¿os acordasteis de pedir a Dios por los que padecen? -y su mano estrechó más largo tiempo la de Margarita,

El Sr. Finkler se acercó a doña Margarita:

-Vamos a ver, señora; el club alemán da un pequeño concierto improvisado; me he comprometido a conquistaros para que Elina y Margarita asistan a él; espero que no me dejaréis desairado y que me ayudareis a vencer a Margarita que no quiere ir: ¡se ha puesto caprichosa!

Margarita miró con ojos suplicantes a su tía.

-Ven acá, -dijo ésta,- ¿te sientes mal?

-No tiene nada, -dijo el Sr. Finkler,- van conmigo y con su primo porque yo quiero presentar al señor.

-Iba a suplicároslo, -dijo el joven.

-Sola no puede ir Elina; si Margarita conviene, contad con ellas por mi gusto.

Margarita al fin cedió; ¿qué le importaba todo aquello?

Por la tarde, como no quería arreglarse, Elina peinó sus cabellos y le eligió para que llevase un elegante traje de seda negra; segura de su belleza le gustaba realzar la de su prima y procuraba hacer más notable el contraste que ambas ofrecían.

-Así con tu garganta descubierta estás seductora y tengo lástima de Gustavo: ayúdame tú ahora; ¿me pongo mi traje rosa? -dijo abriendo un ropero.

-Te sienta mejor el azul, que es el color del cielo y de tus ojos, -dijo Margarita;- ¿quieres que arregle para tus cabellos grupos de miosotis o campanillas?

Elina se sentó frente al espejo, y dijo riendo:

-Te entrego mi cabeza.

Margarita recogió los finos y abundantes cabellos de Elina y los levantó buscando la forma que mejor cuadrara a su peregrina cabeza: terminado el peinado, Elina volvió el rostro y dijo dándole un beso:

-¡Cómo me embelleces! ¡qué buena eres y cómo te quiero!

-¡Quiéreme más, y aun así, no alcanzas a pagar todo lo que te doy!

Dos lágrimas brotaron de sus ojos, que Elina no pudo ver, porque tenía el rostro sobre el hombro de la joven.

XIII

Las dos jóvenes estaban de pie cada una al lado del sillón de doña Ángela, cuando entraron sus caballeros a buscarlas. El Sr. Finkler dijo a Reinaldo:

-¡Soberbias! ¡cómo me van a envidiar! ¿qué dice usted, caballero: habrá en España quien compita con ellas? ¡Ay! doña Ángela, ¡si yo fuera joven! ¡si yo tuviera veinte años!... ¡Pero como soy un viejo, me las llevo al concierto y me -pondré como un perro gruñón!... ¡que nadie me las toque!... ¡eh!...

Todo esto dicho en su acento extranjero y en su mal castellano, hizo mucha gracia y Elina rió alegremente; sólo Margarita parecía turbada y distraída: doña Ángela la miró fijamente unos momentos y ella se volvió para ver a Elina.

-Podéis acompañarla, pero, ¡mucho, cuidado! -dijo el Sr. Finkler a Reinaldo presentándole a Elina. Reinaldo sonrió para ocultar su despecho; sus ojos, como su pensamiento, como su alma entera se iban en pos de aquella niña pálida que parecía agobiada bajo el peso de un secreto pensamiento.

Elina, trémula y cortada, miró al joven vacilar: ¿acaso no quería su primo darle el brazo? ¿qué aguardaba?

El desdichado esperaba una mirada de Margarita para dar al traste con todos los planes del Sr. Finkler, pero aquellos ojos permanecieron en los caballos grises de su tía, que acariciaba la mano izquierda.

-Tengo miedo de tocaros, -dijo al fin a Elina,- temo al miraros faltar a la ordenanza.

-¡Hum! -hizo el Sr. Finkler ofreciendo su brazo a Margarita, que se dejaba llevar con la natural dulzura que tanto la distinguía.

Principiaban a llenarse los salones cuando entraron las dos jóvenes.

Laura de Ibáñez, que hizo sitio a su lado para ellas, notó la palidez de Margarita, pero como mujer fina y discreta guardó silencio, limitándose a estrechar su mano, tratando con su mirada inteligente de leer en aquel melancólico semblante.

Ante aquella alegre concurrencia, que parecía olvidar los azares y las luchas de la vida, ocupada sólo del placer de la hora presente, entregada a esos goces que el mundo y sus sociedades se han formado como para buscar un contrapeso a las desdichas terrenales, Margarita parecía una planta de extraño suelo.

Nunca nos sentimos más solos en nuestras tristezas como cuando vemos la fría indiferencia de los otros; ¡a qué larga distancia se sentía la pobre niña de aquella alegre juventud! ¡cuánto hubiera dado por huir de aquellas luces brillantes y de esos ruidosos placeres que parecían retener a los otros que cruzaban risueños!

Los primeros acordes llamaron a los sitios designados. Gustavo y Reinaldo, aunque separados por un instinto celoso, entraron los primeros cogidos del brazo. Elina saludó

con la cabeza. Margarita, que conversaba con su amiga Laura, vio a ésta sonreír e inclinar graciosamente la cabeza, pero no volvió

la suya.

El compatriota del Sr. Finkler, en cuyo obsequio era el concierto, ocupó el piano, dando la preferencia a su innovador Wagner ejecutando el «Lohengrin».

-¿Qué vais a cantar? -preguntó el Sr Finkler a Margarita, orgulloso de presentarla como joya propia al conducirla horas después al piano.

-El «Ave María» de Gounod; pero haced que me acompañe Elina para que me dé aliento; puedo haceros quedar mal, estoy muy nerviosa.

Decía verdad: su palidez que resaltaba el traje negro era notable, a los reflejos de las luces parecía de nácar.

-Tengo miedo, -dijo bajo a Elina,- si vacilo no te detengas y repite el compás perdido que yo te sigo.

-¡Boba! -dijo Elina,- si esto te lo sabes como el Padre-Nuestro.

Margarita se sonrió; su voz un poco insegura al principio se afirmó y dio a las melodías un ritmo singular; hubo un instante en que pareció dar en una nota toda la expresión íntima de un padecer oculto e insufrible, fue como un sollozo; con sus grandes ojos vueltos hacia el cielo parecía un ángel que nostálgico canta las reminiscencias de su patria celestial.

Reinaldo se acercó al terminar la joven, y dijo al Sr. Finkler que estaba ya al lado de Margarita:

-Si me lo permitís conduciré a Margarita a un sitio donde el aire pueda reanimarla; su palidez asusta.

-¿Es que en realidad estáis enferma? -dijo el Sr. Finkler alarmado.

-No, -dijo tranquilizándolo con una sonrisa,- un poco de mareo producido por el calor y la fatiga. ¿Vienes Elina? -dijo queriendo detener a la joven al ver que su primo la conducía fuera del salón.

Elina no la oyó y ella tuvo que seguir la voluntad que la arrastraba.

¿Tenéis miedo? -dijo él.

-No: con vos nada tengo que temer.

La condujo a uno de los pequeños salones de descanso y ofreciéndole sitio en un sofá, la dijo sentándose a su lado.

-Estáis fatigada: descansad lejos del ruido de los otros.

Comprendió Margarita que el momento de prueba había llegado; que ella misma debía decidir el destino; hubiera dado un mundo por eludir aquel compromiso; quería llamar a los que pasaban, pero, que extraña no parecería su conducta y también pensaba que su primo se resentiría; esperó pues resignada todo el rigor de la suerte.

Reinaldo, llegado el momento tan ardientemente deseado, no encontraba cómo dar salida a aquel oleaje de pasión que hacía palpar desordenadamente su corazón.

Aquel semblante con su adorable palidez de luna; las manos cuya belleza no podía ocultar la cabritilla y que agitadas por un ligero temblor nervioso trataban en vano de seguir con el abanico el compás de un vals de Strauss que la orquesta ejecutaba, todo le hacía ver que la joven como él luchaba con una emoción visible.

-¿Por qué esa turbación, Margarita? ¡estáis muy cambiada! ¿queréis explicarme la causa de vuestras reservas?

Ella quiso hablar, pero no pudo; le latía de tal modo el corazón, que parecía romperle el pecho.

-Conocéis mis sentimientos, sabéis que os amo y que anhelo unir vuestra suerte a la mía: ¿me habré engañado si he leído en vuestros ojos mi dicha?

Ni una palabra dijeron los labios de Margarita.

-Pero hablad, aun cuando sea para decir que no me amáis.

-Sabéis -dijo ella apenas- que Gustavo ha pedido mi mano y yo ofrecido aceptar su petición.

Reinaldo se levantó y dio algunos pasos.

Nos vamos... -dijo ella alentando.

-Esperad un momento para que decidáis mi destino: me habíais dicho que no amabais a Gustavo.

-Pero como no amo a nadie y él es bueno y le tengo algún cariño, concluiré por corresponderle, -dijo sin levantar los ojos.

-¿Sabiendo que yo os amaba alentabais mi pasión y preferís luego a Gustavo?... -y ciego de dolor y de celos agregó con voz sorda: -¡Sois, pues, como todas las demás!

Ella ahogó un sollozo, el corazón iba a hacerle traición, pero un esfuerzo de la voluntad la repuso y se alzó para afrontar la realidad.

-Os habéis equivocado...

-Torcéis mi camino, -la interrumpió él,- me cerráis las puertas de la dicha; mis sueños, mis esperanzas huyen como espantadas al soplo de un desencanto; sois vos la primera y la única mujer que ha vivido en mi alma, y sois vos también la que en el libro de mi vida

dobláis la hoja del amor. Me alejaré, volveré a mi país al lado de mi madre; si alguna vez probáis las amarguras y echáis de menos un afecto, pensad en el mío.

Su voz tenía el acento doloroso, mezcla del despecho y la tristeza.

Margarita leía en aquel corazón, como en el suyo, que se rompía: con una sola palabra podía calmar aquella tempestad en el pecho de Reinaldo, pero el sacrificio estaba ya resuelto; guardó pues absoluto silencio, que Reinaldo interpretaba a su modo. La contempló fijamente unos momentos, como si quisiera grabar en su memoria la imagen de la mujer que a pesar de todo amaba con locura.

-Volvamos al salón, -dijo al fin,- os echará de menos allá.

Ella se levantó prontamente y al apoyarse en su brazo dijole a media voz:

-¡Olvidadme! ¡sufro tanto como vos!

En el salón Elina paseaba apoyada en el Sr. Finkler, que al ver a Margarita se acercó a ella diciendo a Reinaldo:

-Caballero, los ruiseñores no se aprisionan.

-Es verdad, -dijo él, y se apartó, para aislarse de aquella multitud que se agitaba; sólo quedó por mucho rato viendo girar aquel mundo alegre.

-¡Cuántas veces -pensaba él- he discutido con los que censuran estos placeres que la cultura establece y hermosea; con los que creen por sus gustos, sus años o intransigencias que el alma no tiene parte en ellos! ¡Cuántas veces he dicho que el alma vivía y revivía aquí! ¡Oh, es necesario padecer para sentir lo inútil del placer! ¡El placer! ¡apenas es un paréntesis abierto a la vida: puede aquí el magistrado descansar del cortejo fatigante y vergonzoso que la lisonja coloca en sus antecámaras; el político del peso abrumador de sus ambiciones; el comerciante, de la aridez del «debe» y del «haber»; el rico del imantado afán de sus riquezas; el otro del tesón doloroso de sus miserias; pero el desdichado, al acudir a la cita de la cultura, no puede dejar la alforja de sus tristezas a la puerta del placer; los acordes de la música no ahogan las palpitations del corazón, el alma no rompe aquí sus cadenas y sólo puede, como el prisionero, dejar caer sus grillos para no sentir su ruidoso peso!

-Se acostumbra eso en España, -dijo el Sr. Finkler que se acercaba con Elina y Margarita.

Esta interrumpió a su viejo amigo:

-Tengo mucha sed; ¿queréis calmarla?

-¡Oh, sí! tomaréis un poco de «Rhin» y reanimaréis vuestras mejillas: estáis muy pálida.

Y no me exigáis más canto: tengo una extraña opresión.

-¿Queréis retiraros? -dijo él alarmado.

-No, porque disgustaría a Elina que tan dichosa parece.

Esta no se daba cuenta de nada, apoyada en el brazo de su primo daba vueltas al salón.

Gustavo distrajo a Margarita de sus tristes pensamientos y por una delicadeza que la joven supo agradecer no la habló una sola palabra de amor.

XIV

Las impresiones de aquella noche triste para el alma de Reinaldo alejaron de sus párpados el sueño: todo aquel edificio construido bajo el mágico encanto de tantas esperanzas rodaba en un momento al soplo mortal del desengaño; ¡tantos y tantos ensueños de su alma desvanecidos! Los celos levantaban en su corazón un dolor punzante, el despecho, como un tempestad, le ahogaba y su voluntad no podía acallar los gritos de su alma enamorada.

Su imaginación la hacía ver a Gustavo como rival preferido: ¿por qué le prefería Margarita a él? si es verdad que el joven alemán era digno de ser amado, ¿por qué no había sido preferido desde el principio? ¿era aquello el juego de una coqueta?... ¡Oh! ¿cómo imaginarse en aquella niña angélica el alma fría de una mujer sin corazón?...

-Las últimas palabras de Margarita eran para él un enigma: «olvidadme: sufro tanto como vos». ¡Qué misterio tan impenetrable es el corazón de una mujer! ¡En tanta juventud, tanto artificio! Todo lo pensaba para su mal menos la realidad: las ondas del despecho le arrastraban...

Y siempre así, los humanos cruzándose en el camino de la dicha; aquellos seres apartados para siempre, estaban más que nunca unidos por un mismo sufrimiento.

Transcurrieron los días y volvieron a encontrarse, a verse con igual frecuencia; pero ni sus frentes ni sus labios delataban sus insomnios ni sus luchas.

Las veladas eran tristes y sólo Elina era como un rayo de sol en aquel cuadro sombrío.

Doña Ángela en su egoísmo y con su escasa inteligencia, trataba de dar a las cosas el giro que ella quería; con un afán y una tenacidad digna de mejor causa, explicaba que el agotamiento de las fuerzas físicas de Margarita había venido de un baño que la niña se había dado y la había resfriado.

La concentración de Reinaldo y de Gustavo la alarmaba, pero ella misma trataba de tranquilizarse y decía: «timideces de enamorados; yo me acuerdo de los días de mi juventud; ¡cuántas veces no vi a Carlos sin atreverse a declararme su amor!» Y así que procurara alentar a los jóvenes con sus complacencias; dábales campo para explicaciones y trataba de dejar la conversación en un pie que les fuera fácil acercarse.

En su afán fue hasta España a buscar de aliada a su hermana; oculta de sus hijas escribióle y anticipando los acontecimientos le decía: «Un joven rico, noble y buen mozo me ha pedido la mano de Margarita, a ésta no le disgusta, y así, es esta una boda que puede anunciarse. Reinaldo parece un poco enamorado de Elina, y ésta se inclina a él, que tiene como miedo de declararse, síntoma de verdadero amor. Aliéntalo tú como

madre. ¡Ay! ¡qué felices si logramos ver realizados nuestros sueños en la unión de nuestros hijos! ¡Si los vieras juntos! parecen nacidos el uno para el otro.

»No digas nada: las niñas no saben que yo te escribo estas cosas, pero yo creo que no te las debo ocultar para que apoyes la inclinación de nuestros hijos»...

Cerró la carta y murmuró: «Berta lo arreglará todo... esto no es pecado... Margarita tiene a Gustavo, además, ¡nadie se muere de amor! en las novelas nada más; sobre todo, Dios ve mi intención... ¡la felicidad de mi hija, aun cuando me cueste la propia vida!...

Una noche que Elina y el Sr. Finkler habían logrado dar a la tertulia un sesgo casi alegre, decía Elina a Reinaldo desde el piano:

-Voy a ver si unos aires españoles disipan vuestro aire taciturno.

El Sr. Finkler pedía por Dios y a Gustavo y a Margarita:

-Una limosnita de una balada de mi país para combatir la nostalgia de su ausencia.

Todos rieron y la misma Margarita le tendió la mano sonriendo, y dijo:

-Aguardad, hermano.

-¿Cantamos a Fausto? -dijo Gustavo acercándose.

-¡No, no! algo nuevo: ensayemos a Marta.

Como las aves que con la medida del martirio cantan mejor, dio ella en largas espirales todo el sentimiento, que inundaba su alma.

El Sr. Finkler la abrazó y la dijo enternecido:

-¡Dios se lo pague, niña! ¡lastima que se haya puesto tan caprichosa!

Margarita, después de aquel esfuerzo, tenía ganas de llorar: fue a sentarse a la ventana, Gustavo la siguió.

Elina tejía cerca de la luz que daba de lleno en su semblante; sus ojos bajos daban a sus facciones la expresión de una virgen dormida. Reinaldo que la miraba recogía como artista aquellas líneas dignas de la estatutaria.

-¿Sabéis que pienso partir dentro de breves días? -dijo sin dirigirse a nadie.

Elina palideció y sus manos temblorosas enredaron el hilo.

Reinaldo quedó sorprendido; el efecto era visible ¿por qué su partida hacía temblar a aquella niña?

-¡Tan pronto! -dijo ella reponiéndose y alzando hasta él los ojos llenos de esa humedad que anuncia el enternecimiento. Reinaldo pudo leer en ellos abiertamente y sintió ante aquella alma que se abría buscando la suya, las tristes e inexplicables contradicciones del

corazón: sintió lástima grande por aquella criatura a quien le estaban reservadas las torturas de un mal sin remedio: él no podía amarla y era incapaz de fingirlo.

-¡Oh, no! -pensó,- ¡ni aun aconsejado por el despecho se puede profanar un sentimiento! la ausencia borraré lo que tal vez sólo está en la imaginación -y agregó en voz alta:

-El vapor español llega el 23, estamos a quince: sale el 24: espero cartas de mi madre para resolver si tomo ese vapor. Ella quiere esperarme en París.

Gustavo y Margarita nada habían oído empeñados en una conversación, animada, porque el joven tenía el tacto de no hablarla de amor; ella se entregaba a identificar sus gustos por las artes. Margarita comprendía que la delicadeza de Gustavo era un respeto a las tristezas que adivinaba y estaba casi alegre porque la libraba de un suplicio.

Reinaldo interpretaba, en su despecho, aquello por felicidad: esas equivocaciones iban formando los eslabones de su desdicha.

Margarita se acercó a doña Ángela, quien con acento de despecho la dijo:

-¿Qué te parece? Reinaldo se vuelve a España.

-¡Ya! -dijo Margarita con gozo y pensó que no amaría a su prima; se iba libre; era él quien desbarataba los proyectos de su tía; ¡bendito sea Dios! ¡aun podría esperar! Su frente estaba serena y sus labios encontraron sonrisas. Reinaldo se irritó, la alegría de Margarita le hacía daño; ¡qué misterio encerraba la conducta de aquella niña! ¡parece increíble, -decía,- que bajo esa apariencia de ángel se encuentre una mujer sin corazón!

Sin saber lo que hacía la estuvo contemplando largo rato y después tomó su sombrero para salir, no sin tomar antes la mano de Elina y decirle tristemente:

-¿Vos si recordaréis alguna vez al viajero?

XV

Al fin la agencia anunció la correspondencia. Reinaldo recogió la suya y sin atender a los saludos del Sr. Finkler tomó la acera opuesta para no detenerse; tenía prisa por llegar al hotel y ver qué le decía su madre; sentir las palpitations de su gran corazón en aquellas líneas.

-¡Pobre madre! -dijo;- ¡tus bendiciones no han podido preservarme de las penas!

Abrió con nerviosa mano la carta, que junto con él leeremos:

«Tu carta, hijo mío, trae como un sello de tristeza, que por más que se quiera no se oculta a los ojos de una madre. Sin haber terminado el tiempo fijado para tu excursión, quieres volverte a España: ¿acaso estás ya cansado de los sitios que apenas has pisado? ¡y yo que había tenido la esperanza que en esa hermosa patria mía encontrarías la felicidad del corazón! ¡cuánto hubiera amado a una hija en una compatriota! deseaba más, que una de tus primas hubiera sido la elegida de tu alma. Ángela y yo, cuando vosotros estabais aun

en la cuna, soñábamos en formar de nuestros hijos una sola alma, un solo corazón: ¿nada dice hoy al tuyo esa hermosa niña educada por una madre ejemplar? Mi pobre hermana achacosa y débil moriría contenta si pudiera dejar en el mar de la vida esa frágil navecilla dirigida por un hábil piloto. Las suertes no se empujan, pero si Dios me diese el poder de unir las, tomaría vuestras manos y convertida en ángel guardián al soplo de mis bendiciones os llevaría al país de la felicidad; pero estos son deseos locos de quien ha soñado dos felicidades en una: para tu madre, hijo mío, la esencial es la tuya que pido al cielo.

»Sé que la hija de Luisa por su gracia; ha atraído a un joven muy distinguido; mucho me alegra la dicha de esta huérfana: ¿no te invita este ejemplo? ¡Con cuánto gusto no volvería yo a ver el cielo de mi patria si bajo su azul se cobijara la felicidad de mi hijo!

»Tienes nuestra licencia para tu libre elección y tanto tu padre como yo, pensamos que es tiempo que principies a pensar en lo serio de la vida...»

Reinaldo dejó la carta sobre la mesa y apoyó la cabeza entre sus manos. ¡Si su madre lo viera! ¡a él, el soñador que con un suspiro de amor en los labios, navegando en el mar de la esperanza había venido a encallar en el banco de hielo del desengaño! ¡Oh, esa niña ha jugado con mi corazón como un niño con un pomo de cristal, hasta romperlo! El cielo de mi vida queda sin luz, ¿qué objeto tendré ahora?... ¡perdón, madre mía, perdón, te olvidaba! ¡viviré para ti y nunca verás en mi pliegue de mi frente la preocupación del pensamiento y ni en la contracción de mis labios la agonía del corazón! «¡Mi felicidad a toda costa!» ¡Imposible ya! ¡pero en cambio de la mía, la tuya! -Vamos, -dijo al fin,- intentaré acercarme a Elina, y si como presumo, esa niña inocente me ama, ¿a qué más puedo aspirar que a la felicidad de los demás? Y así el orgullo de Margarita quedará también herido: ¡dicen que las mujeres son vanidosas y ella se resentirá de mi filosofía, de mi aplomo, al cambiar un amor por otro!... pero, ¡qué necio soy!... ¡que me vuelven loco de dolor y de celos!

Por la tarde se vistió y salió como quien ha tomado una resolución. Fuera de su hora de costumbre llegó a la casa de doña Ángela, que había salido con Elina. Margarita estaba sola, sentada en el patio cerca de unas lilas; se detuvo a contemplarla; miraba ella al cielo y su pensamiento parecía perderse en el espacio como las nubes que lo cruzaban.

Al verla perdió su serenidad, pero se repuso, y levantando su arrogante cabeza pensó: - ¿Quién mejor que ella para el consejo? -y se acercó resuelto.

Margarita, aunque lo había adivinado, no volvía la cabeza. Si Reinaldo no hubiera estado tan turbado, mucho le hubiera dado en qué pensar la palidez de la joven.

-Si interrumpo vuestras meditaciones, me retiro, -dijo con voz que no parecía la suya.

-No, -dijo ella,- entretenía el pensamiento con las nubes.

El silencio reinó entre ellos ¡ay! aquel muro de hielo no podía apagar el fuego de sus corazones. Los ojos de Margarita no se apartaban de las lilas y abrigaba las manos frías entre sus brazos cruzados.

-No vengo a importaros con mis amores desdeñados, -dijo al fin resueltamente Reinaldo;- pero escuchadme y vos que tales heridas causáis, ayudadme a buscar el bálsamo para que no sangren más. No hay una sola impresión en mi ánimo a que no hayáis estado ligada estrechamente; ¡cuántas veces mirando las estrellas he querido cruzar con vos el mundo, estremecidos contando las palpitaciones del corazón enamorado! ¡he soñado y esperado tanto!... ¡que al fin se me agotaron las esperanzas y los sueños! ¡y mi dicha, como un paisaje de esas nubes que contempláis se fue a hundir en al ocaso de aquél que las dorara!...

Mi madre sueña ahora... ¡y yo que no tengo ya sueños, debo vivir para los de mi madre! ella quiere que busque la felicidad en el amor de una mujer, ¿qué pensáis vos de Elina?

La sangre se heló en el corazón de la joven, ¿con que siempre habría cruz y víctima? ¡era necesario subir al Calvario y extender el cuerpo palpitante!...

-Permitidme para concluir, Margarita, dirigiros una súplica en nombre de la felicidad de mi madre; decidid vos, -y agregó ruborizándose,- ¿creéis que Elina tiene alguna inclinación hacia mí? y después ¿creéis que puedo ofrecerle una vida llena con el recuerdo de otra mujer? ¿puedo ofrendar en el altar de su dicha un corazón como el mío?

Margarita aceptó aquella faz nueva de que se revestía el dolor para aniquilarla: sil alma buscó energías para afrontar los tormentos de su martirio, y de aquí que otra vez se alzara transfigurada sobre la peana de su cruz para quitar uno por uno los escrúpulos a su primo.

-El recuerdo de un amor imposible, -dijo,- se extingue al fin y el espectáculo de mi felicidad borrará las huellas que haya podido dejar en vuestra alma. El amor de Elina será para vos, como el rayo de sol que va a llenar de dulces claridades el obscuro calabozo del prisionero: vuestra alma elevada, en una atmósfera de adoración y de fuerza encontrará al fin su nivel: ella os ama, y de pie en el umbral de la esperanza os ofrece la mano para surcar el mar de la vida, en busca de la isla que se llama «felicidad», salvad, pues, esa distancia que bien pronto el amor acortará.

Se detuvo; aquel sufrimiento tan anticipado en su alma, tan inesperado en su vida, daba a su semblante una expresión extraña; sus ojos pardos tan bellos se agrandaron con el esfuerzo de la voluntad que domina; sin dudar un momento colocó las espinas de su corona. Bajo la luz indecisa de aquella tarde, entre el perfume de las flores, la hermosura del cielo, viendo allí enamorado y triste a su amado, ella pensó que el soplo de la fatalidad era de muerte para su corazón. Ante la idea de que para siempre lo separaba de ella, rechazó el torrente de lágrimas hasta el fondo de su alma, alzó la frente y fijando los tristes ojos en las lilas que no veía, prosiguió:

-Yo no podía amaros: mi corazón no ha sido formado para las grandes afecciones; consiento en casarme con Gustavo porque él no me exige más de lo que puedo dar; por nuestra identidad de gustos y porque es bueno y me acepta tal cual soy.

Sin vacilar se despojaba de su perfección moral, como la virgen que ante los altares cristianos alarga la gentilísima cabeza para que rueden sobre las losas sus perfumados cabellos, galas de que se desprende para acentuar el sacrificio.

Reinaldo pudiendo apenas dominar su emoción la miraba en silencio; ella continuó:

-¿Queréis mi consejo sincero? helo aquí: casaos con Elina: ella alfombrará de flores la senda de vuestra vida: a fuerza de amaros ella encontrará el camino de vuestro corazón y quedará borrada la imagen que van a envolver las brumas germánicas; detrás de las desvanecidas surgen otras risueñas, seguid impulsado por ellas y llegaréis a la más hermosa de las realidades: llegará un día en que al recobrar la paz, conoceréis la dicha de amar y ser amado.

La actitud serena de la joven y su voz dulce y apagada formaban contraste con la alteración de sus facciones: no habló más, tenía miedo de llorar ¡ay! el palacio de su dicha derruido, el ideal de sus sueños, desvanecido, ¡separados!

Reinaldo se encontraba inquieto, para, él, aquella niña era un misterio y mal aconsejado por su despecho, dijo:

-Tenéis mucha razón, no pudiendo los corazones entenderse estarían los seres muy lejos de la dicha, equivocáramos el camino si lo emprendiésemos juntos: seguid en paz y perdonad las impresiones que hayan podido causar las de mi ánimo en el vuestro; sea Elina, como lo manda el destino, la fuentecilla a donde vayan a apagarse los tormentos de mi pecho.

Se oyeron las voces de doña Ángela y Elina en el zaguán y Reinaldo se adelantó para recibirlas: su resolución estaba tomada.

Margarita permaneció un momento sin acción, después lanzó un largo gemido y dijo cubriéndose el rostro con las manos:

-¡Al fin!... las lágrimas deben correr porque si no ahogarían el corazón.

Lloró mucho y largo rato su dicha ya perdida. ¡A qué duras pruebas estaba su alma sujeta! ¡Pobre niña! ¡tan tiernamente amada! ¡y por sus propias manos rompía los hilos blancos de sus esperanzas! ¡Si al menos pudiera, en esta larga violencia, verse libre en sus tristezas para entregarse a ellas!

Oyó la voz de Elina que la llamaba; la esperó sentada enjugando precipitadamente sus ojos, las sombras del crepúsculo ocultaban la descomposición de su rostro.

-¡Margarita de mi alma, al fin soy feliz!

-¿Te habló el primo?

-Sí, apenas llegué me sorprendió el aire que tenía Reinaldo, el brillo de sus ojos me asusto: se acercó a mí y reteniendo entre sus manos la mía, dijo con una voz que apenas le oí: «Elina, no quiero partir solo: ¿queréis ser mi compañera y llegar a los brazos de una madre que os bendicirá si dais un poco de felicidad a su hijo?» No contesté y él continuó como haciendo un esfuerzo: «¿Queréis darme un poco de amor?» Contesté que sí con la cabeza; insistió entonces: «¿Me amáis pues?» Cobré valor ante el tono triste de su voz y dije: «Desde antes de conoceros.» Díjome enternecido: «No sufriréis más: ¡os haré feliz!» me dejó para acercarse a mi madre y corrí para contarte mi dicha.

Margarita la abrazó; alzó los ojos al cielo como para ofrecer el sacrificio, que al renunciar a las dichas de la vida hacía sobre la cabeza de su prima: ¡Sea para ella siempre un secreto, la amargura de mi corazón!

-Lo sabía ya, -dijo al fin,- me lo confié todo, tenía miedo de hablarte, ¡yo lo alenté! ¿lo quieres mucho?

-Como a nadie he querido, ni tú a Gustavo, -agregó tratando de levantar a Margarita.

-No, -dijo ésta;- más tarde voy a engalanarme para decidir al mío: aguárdame allí.

XVI

Margarita fue a arrodillarse a los pies de su Virgencita: iba a buscar allí consuelos, iba a pedirselos a Dios, que delante de esos grandes dolores nos ofrece como aromas del cielo grandes esperanzas: allí iba a ofrecer como un holocausto el sacrificio de sus dichas.

La plegaria fortifica y el alma al acercarse a las claridades del infinito recobra algo de su esencia inmortal. La religión tiene dulces consolaciones que hacen de la pena aguda una tristeza. Margarita se levantó fortalecida para el combate, dispuesta a vencer, si no el amor, que era imposible, a arrancar del corazón el dolor que lo invadía.

Acercóse a un espejo y encontrándose muy pálida, humedeció su cara con agua muy fría para atraer la sangre a sus mejillas, suavizándolas después con polvos color de rosa, y rosa fue también el traje que vistió para animar su tez: apenas había concluido, cuando entró doña Ángela diciéndole:

-Abrazame, hija mía, porque soy muy feliz.

-¡Ay! -pensó ella;- a medida que mis dichas van desapareciendo, los otros cuentan las tuyas.

Salió con su tía y felicitó a Reinaldo y a Elina juntos, y rió con el Sr. Finkler que estaba radiante de alegría, porque le parecía que aquella boda era un paso andado para la felicidad de su hijo.

Margarita tocó algunas piezas acompañada de Gustavo, pero tenazmente se negó a cantar.

El equipo de Elina principió y era Margarita la que más esmero ponía en estas galas. El Sr. Finkler hubiera querido allanar todo para la realización de esa boda, que le quitaría un peso de encima, pues creía que Reinaldo era demasiado peligroso como rival y había pasado muchas noches sin sueño, buscando el medio de dar a las cosas el giro que tan favorablemente para sus proyectos tomaban por sí solas; sin embargo, muchas veces se interrumpía su alegría, porque Reinaldo era un novio distraído, porque una vez lo sorprendió contemplando un retrato de Margarita: otra tarde lo vio seguir con la mirada por largo rato a la joven, que paseaba con Gustavo. Pero lo que más alarmaba sus esperanzas era la misma Margarita: una vez se quedó pensativo toda la noche porque vio dos lágrimas en los ojos de la joven, que se apresuró a enjugarlas; mayor hubiera sido su

desaliento si se hubiera fijado en la dirección de sus ojos. Reinaldo abrió un precioso estuche de terciopelo azul y sacó de él dos anillos, colocando uno en el dedo de nácar que Elina le presentaba y a su vez ésta colocaba el otro en la mano izquierda de Reinaldo: aquel símbolo de la eternidad de los afectos que ataba ya dos suertes era para Margarita un hilo de la suya que se rompía. El Sr. Finkler se preocupaba más y más: había alguna cosa inexplicable para él.

Gustavo, como su padre, estaba receloso: la actitud de Margarita lo intimidaba.

Viéndola sola una tarde en el cenadorcito de las lilas, que había llegado a ser su sitio de preferencia, se acercó y con esa delicadeza que sólo los grandes corazones encuentran en las difíciles circunstancias, le dijo:

-Si a la amistad le fuera dado penetrar el pensamiento, el vuestro sería transparente para mí; si la felicidad llenara de claridades vuestra vida, respetaría esa reserva y no trataría de acortar la distancia a que queréis colocaros; pero como me parece adivinar que tenéis sufrimientos, vengo a preguntaros si queréis dividirlos.

Ella alzó los ojos, y leyó en los claros del joven tanta lealtad, que enternecida dijo:

-Tenéis derecho a ello, Gustavo: vuestra lealtad reclama la mía y al completarla llenaré como un deber imperioso de esa amistad. Nobleza obliga, y por lo tanto debo ser con vos más que con nadie, franca y leal; os debo explicaciones, pero permitidme aplazarlas: aguardemos que la dicha de los otros se realice para entonces, yo misma os invitaré a escucharlas: os suplico que no os impacientéis, -dijo sonriendo levemente.

-Como gustéis, Margarita, -dijo Gustavo mirandola fijamente, tratando de buscar en aquellas sienes el pensamiento que las quemaba.

Después de un breve silencio, Margarita, como si temiera que el joven insistiese, dijo con voz muy tranquila:

-¿Queréis que vayamos a repasar las rapsodias de Litsz que habéis traído?

Él se inclinó para seguirla.

Elina vino corriendo hacia Margarita diciendo:

-¿Sabes? mi tía salió de España y estará aquí dentro de pocos días.

Sólo Gustavo notó el ligero estremecimiento de la joven.

Reinaldo no tenía en el rostro la natural expresión del que espera una alegría; era esto debido a los temores que abrigaba: iba a ver a su madre; ¿cómo ocultar su pesar a la mujer que estaba acostumbrada a leer en su-corazón? ¿cómo llegar a sus brazos fingiendo una felicidad que-no sentía? Violento era el esfuerzo y en lo sucesivo tendría que gastar las energías de su alma para concluir la obra empezada y ofrendar en el altar de las ajenas dichas la suya propia.

Una mañana llegó Reinaldo en un coche: su madre estaba en La Guaira y quería aprovechar el tren de la mañana para encontrarla. Doña Ángela y Elina quisieron acompañarlo: aquélla dio a Julieta las últimas órdenes y subió al coche.

-La pobre Margarita está quebrantada, y además, alguna debía quedar para arreglar la casa... Oye, Julieta, dile a la niña Margarita, que las llaves están en el bolsillo de la bata que tenía puesta, que nos espere a la tarde en la estación. ¡Dios mío! -dijo al arrancar el coche;- ¡parece un sueño! veinticinco años sin ver a mi querida Berta y al fin me da el cielo, muchas felicidades en una.

Mientras tanto, la pobre huérfana, libre de todo disimulo, se entregaba a sus íntimas tristezas; vertió todas las lágrimas que oprimían su corazón y con profunda melancolía recorrió el campo desolado de sus esperanzas: fortalecida por aquel desahogo, encontraría nuevas fuerzas para la lucha interior, que era su más penoso trabajo.

Después de largas y dolorosas meditaciones, empleó el resto del tiempo en las ocupaciones de la casa; con el mejor gusto arregló la habitación destinada a su tía: en aquella encantadora y modesta habitación, la rica dama no echaría de menos las suntuosidades de su morada.

A las cuatro empezó a vestirse lentamente; se esmeró en su tocado; quería parecer bien, por una triste puerilidad quería agradar a la madre de Reinaldo y debía conseguirlo; con su traje de muselina de la India color crema, de forma lisa, cuerpo ceñido a la cintura por una cinta de terciopelo negro, abiertos los delanteros sobre una camisilla color de paja, su distinción era extremada: el pelo recogido en una sola trenza caía a lo largo de su espalda, un sombrero blanco, de alas anchas con grandes plumas a lo mosquetero completaba su elegancia.

El Sr. Finkler llegó en su coche a buscarla y acompañarla con el cuidado de un padre. Gustavo se reunió a ellos en la estación donde el tren se anunciaba ya con sus ruidos y sus penachos de humo que en largas espirales se perdían en las nubes.

Gustavo alcanzó a ver el rostro de Elina, que sonreía.

-Acerquémonos, -dijo a Margarita.

Pero ésta se había quedado inmóvil y ligeramente pálida: había visto de pie en la pequeña plataforma cerca de las escalerillas a Reinaldo que la miraba con apasionada admiración, sus ojos tenían siempre para ella, la misma expresión magnética que tanto la conmovía.

El tren se detuvo y Reinaldo ofreció a su madre la mano para bajar.

Allí está Margarita, -dijo Elina, llamándola.

-¿Es aquella Margarita? -dijo Berta;- ¡deliciosa criatura! -Y volvió prontamente a buscar el rostro de su hijo porque había sentido un estremecimiento en la mano que sostenía la suya, pero éste sonrió con la mayor naturalidad y dijo a su madre:

-Es muy bella, ¿no es verdad?

Berta estrechó a la joven entre sus brazos y le dijo:

-¡Cómo te pareces a la pobre Luisa!

Berta acogió a los amigos de su hermana, al presentárselos, como de la familia.

Una vez en la casa, Berta, ayudada por Elina, se despojó de sus abrigos de viaje: de estatura elevada conservaba reflejos de una gran belleza: su tez blanquísima hacía más notable la expresión de sus ojos negros, que tenían ese brillo singular que dan las luces de la inteligencia: su boca, aunque de labios descoloridos, se animaba al mostrar sus blancos dientes: el óvalo de su rostro era perfecto y se completaba armoniosamente con las líneas puras de la cabeza, en cuyos negros cabellos principiaban a mezclarse los hilos de la nieve de la vida; a todas luces era una mujer distinguida en quien la cultura había completado las dotes naturales.

Elina y Margarita desprendieron también de sus sombreros los largos alfileres; Berta se acercó a ellas y colocándolas juntas dijo al Sr. Finkler que las miraba:

-¡Adorable contraste! ¡no hay que escoger!

-¡Las dos! -dijo él riendo;- yo no las separo de mi corazón;- y unió la acción a la palabra.

Margarita condujo a su tía a la habitación que le estaba destinada; seguía la ésta admirando sus movimientos bajo la luz que llevaba en la mano que la envolvía en su suaves claridades. Ayudóla Margarita en los preparativos de tocador, abrió las maletas y colocó en orden todo lo que pudiera necesitar, anticipándose a sus deseos.

-¿Necesita algo más? -dijo antes de retirarse.

-Sí, -dijo;- ven acá, que me quieras y que veas en mí a tu madre, a quien yo adoraba: ¿será así?

-¡Oh, sí, señora! -contestó; y dos lágrimas que no pudo, ocultar por tener Berta su cara entre sus manos asomaron a sus ojos.

-¿No eres feliz? -dijo ésta sorprendida atrayéndola a su seno.

-¡Mucho! Pero siempre el recuerdo de mi madre... qué sé yo... se me figura al veros que como vos sería ella; -y separándose dulcemente agregó: puede servirse la comida.

-Sí, hija mía, ya te sigo.

Reunidos en el pequeño comedor, Margarita servía los platos ayudada por Gustavo colocado a su lado. Reinaldo estaba entre su madre y Elina, el Sr. Finkler y doña Ángela ocupaban los testeros de la mesa.

Berta notó que sólo ella, Elina y doña Ángela reían. Margarita no alzaba los ojos de su plato y tomaba a pequeños sorbos la sopa, cuyo calor no lograba dar color a sus labios pálidos. Gustavo, atento a sus menores movimientos, evitábale inconvenientes en el servicio.

Berta comprendió que la huérfana era el eje de la casa.

Doña Ángela rebosaba de dicha y quería que su hermana no echaría de menos su cocina española.

El Sr. Finkler miraba tristemente a Gustavo y Margarita; golpeaba con el cuchillo el cristal de una copa, siguiendo el compás de un aire que no se oía; contra su costumbre, se olvidaba de llenar su copa.

Reinaldo apenas si oía la conversación de Elina, servía a su madre distraída mente, y ésta observaba de reojo a Margarita; la veía que era objeto de atención; haciendo un esfuerzo dijo al Sr. Finkler alargándole su copa:

-Amigo mío, despertad: nos dejáis perecer de sed.

Todos se reanimaron con el Rhin, ofrecido por el Sr. Finkler como obsequio a la viajera.

Margarita continuó su papel, olvidado por un momento, y la animación hizo a Berta olvidarse de sus observaciones.

Reinaldo tenía miedo sabía que era difícil engañar a su madre, que estaba acostumbrada a leer en su corazón como en un libro abierto; sabía también que con su gran corazón y su inteligencia todo lo transparentaba. Por la primera vez de su vida iba a cerrar su alma a los ojos de su madre. Observaba con un triste enternecimiento la admiración y la ternura de Berta por Margarita, y cuando la veía entre sus brazos apartaba los ojos y pensaba que así unidas vivían en los sueños de su corazón cuando se despertó en el mundo de las realidades.

XVII

Fijado el día 15 de Septiembre para el matrimonio activáronse los preparativos.

Reinaldo tenía prisa, quería que los encontrara el invierno en Niza.

Acostumbrada Berta a las suntuosidades españolas quiso darla también a las bodas de su hijo.

Reinaldo alquiló una lujosa casa y su madre encargó de decorarla lujosamente.

Margarita se anticipaba a todos los deseos y su gusto era consultado con preferencia.

Berta estudiaba a aquella niña, en la que observaba singularidades inexplicables; veíala palidecer y desfallecer sin causa conocida; parecía unas veces que una voluntad superior la arrastraba, y se doblegaba; volvía como sorprendida de aquella debilidad que a toda costa quería ocultar: Margarita, a no dudar, tenía un misterio y la curiosidad de Berta pugnaba por levantar el velo la cubría.

Como se había fijado el 15 de Septiembre, los salones de la suntuosa casa se abrieron; en el principal como en todos, el buen gusto competía con la severidad: la mujer que había

dirigido su organización, no había olvidado un detalle y acostumbrada a separar lo verdadero de lo falso, nada había dejado allí sin tonos; todo estaba admirable y en todas partes esas maravillas que sólo encuentran los hijos mimados de la fortuna.

La luz eléctrica reflejándose en las lunas de Venecia. Reinaldo, su madre y doña Ángeles esperaban a los convidados a la entrada del salón; la ola de encajes y aromas principió a las ocho de la noche; una escogida concurrencia íntimos amigos circulaba esperando la novia.

Las dos jóvenes eran muy queridas; todos celebraban el brillante matrimonio de Elina; la modestia y la bondad de las jóvenes habían salvado el escollo que siempre encuentra la belleza. Cuando Elina apareció, la admiración fue unánime; la joven bajo su velo de tul parecía una ondina besada por las espumas del mar; el traje de seda blanca con bordados de plata ceñía su talle escultural; a un lado se abría como un abanico de crespón de la China rodeado de guirnaldas de azahar, que desde la cintura venían a unirse a la cola del vestido; el cuello descubierto oscurece a las flores que lo besan: su larguísimo velo está sujeto por una pequeña diadema de las simbólicas flores del amor; sus grandes ojos parecen pedazos de cielo azul entre copos de nieve; estaba encantadora su hermosura resplandecía bajo sus virginales atavíos.

Reinaldo la contempló largo rato: su mirada de admiración tuvo el poder de conmover dos corazones: el de su novia, que se estremeció de amor y felicidad, y el de su madre, a quien aquella mirada quitaba un peso de encima: cavilaba con las distracciones de su hijo, que acababa de abrir horizontes a las esperanzas de futuras felicidades; no había duda: su hijo amaba a Elina.

Los coches aguardaban. El Sr. Finkler llenaba cerca de la que amaba como a hija las veces de padre y conducía a la joven, a quien envolvía la hermosa trinidad de dones: juventud, hermosura y felicidad, con su cortejo castísimo de ilusiones y esperanzas. Doña Ángela estaba en el quinto cielo, apenas si podía andar; no tenía ojos sino para su hija; no pensaba en otra cosa que en aquella ventura, y si había cruzado por su alma alguna preocupación sombría, aquel instante las borraba todas.

Reinaldo, arrastrado por la fatalidad, no pensó que levantaba el primero la muralla entre él y su amor.

Gustavo con la frente pálida conducía a doña Ángela: trató de inquirir de ella por qué Margarita estaba fuera de aquel círculo.

-¡Pobrecita! -dijo ella; y su frente se oscureció. -Nada es completo: a última hora de tanto ufanarse y llorar por la ausencia de Elina, la cogió una jaqueca y no ha podido moverse: tranquilizaos, pronto se repondrá; tomó antipirina y a la vuelta estará de pie... Con este ejemplo, pronto será vuestro turno...

Berta seguía a su hijo contando las palpitaciones de su corazón sobre el que apoyaba su mano: pensaba en la huérfana que tan misteriosa encontraba: para ella la jaqueca era un pretexto; pero ¿por qué, y para qué? Empezaba a tener miedo.

Ante la Ley como ante Dios, las voluntades y los destinos de aquellos dos seres quedaron unidos; ¿fue acaso temor de su preocupación? pero parecióle que la voz de Reinaldo estaba trémula al pronunciar el juramento. No se engañó su instinto de madre: Reinaldo, ante los hombres no se inmutó; a ellos no les es dado leer en los corazones; pero ante Dios sí, porque, aun cuando fuera, por la ajena felicidad, era un sacrilegio el juramento y el engaño a la inocencia de una casta esposa.

Terminada la ceremonia volvieron a los salones a recibir los parabienes. Berta la primera, atrajo a su seno aquellas dos cabezas y emocionada dijo:

-Si después de la de Dios, la bendición de una madre puede dar la felicidad, recibidla...- Su voz se ahogó, el estremecimiento de su hijo la dejó helada: siguió la dirección de sus ojos y vio a Margarita que apoyada en el marco de la puerta los buscaba con su triste mirada.

Con la nacarada palidez del sufrimiento la joven estaba seductora: su vestido, que Berta había hecho confeccionar para ella, era de muselina de seda blanca sobre un fondo de tafetán; una cinta ancha de moaré blanco recogida a la cintura y que caía en bandas por detrás, marcaba la flexibilidad de su talle de diosa; adornada con margaritas, sus flores predilectas, tenía su belleza una expresión angélica, acentuada por sus bellos ojos agrandados por la palidez; sus brazos salían de unas mangas recogidas por encajes y cintas, su forma torneada las marcaba la cabritilla que los cubría; llevaba en el izquierdo un precioso brazalete que tenía escrito en brillantes pequeñísimos la palabra: «Remember», regalo que Reinaldo le hiciera en nombre de Elina, como un recuerdo a su juventud pasada juntas. Margarita comprendió el valor de aquel recuerdo, pero su rostro no reveló las palpitations de su corazón.

Al contemplar el grupo que se ofrecía a sus ojos, la joven se tambaleó un poco, pero la de vencerse era una de las cualidades que había, adquirido en el sufrimiento su alma superior: sonrió levemente y se dirigió a ellos. Bajo las suaves ondulaciones de su traje parecían sus pies blancas palomitas que asustadas andan como a escondidas.

Berta la miró enternecida; nunca le había parecido tan bella. Antes de abrazar a su prima; extendió su mano a Reinaldo sin decir una palabra: él sintió bajo la luna cabritilla la frialdad de aquella pequeña mano; la retuvo y la estrechó ligeramente inquieto; también sentía él debilitarse su energía ante esa niña que era ya un imposible, mayor aun que el de olvidarla.

¡Sarcasmos de la suerte! ¡tan dignos uno del otro, estaban ya separados para siempre, aunque íntimamente unidos por las mismas dolorosas huellas!

-¿Seguiréis pronto nuestro ejemplo? -preguntó trémulo Reinaldo.

-Tal vez, -dijo mostrando sus dientes de perlas, y tomando las manos de Elina la dijo sin alzar los ojos:

-¡Tu felicidad me es cara que la mía! ¡dime eres dichosa!

Elina la abrazó y se alarmó, sintiendo que la joven temblaba un poco.

-¿Qué tienes?

-¡Nada! el temor de perderte... ¡la idea de la separación!...

-¡Oh, no! mi querida Margarita, te quiero más que nunca si te apartara de mi corazón la felicidad sería incompleta para mí.

Berta se preocupaba más y más con sus observaciones; el misterio se iba recorriendo ante su mirada de mujer: tomó de la mano a Margarita y la condujo al extremo del salón: Gustavo las siguió y la discreta dama pretextando atenciones los dejó solos diciendo:

-Aprovechad el tiempo y... el ejemplo.

Gustavo ofreció su brazo a Margarita que se apoyó en él como si fuese para ella un refugio en tantas luchas.

-Margarita, -dijo serio y triste,- la dicha de los otros viene a despertar los sueños de la mía: ¿queréis realizarlos? ¿por qué os amuralláis en un silencio profundo cuando yo hago alusión a mis esperanzas? ¿no queréis compartir mi vida?

-Amigo mío, -dijo ella,- os he prometido ser franca y la hora de nuestras confidencias se acerca; prometedme esperar unos días más y os ofrezco abriros mi corazón de par en par. He allí vuestro padre; nos busca.

-Como para los pulmones el aire, la armonía es necesaria a mi padre.

Los dos jóvenes entraron en el salón precedido por el Sr. Finkler; significativas miradas se fijaron en ellos y algunas parecían felicitar a Gustavo: él se sonrojaba un poco; Margarita no perdía su graciosa serenidad, que parecía alentar las alusiones a su futura dicha. ¿Qué le importaban las gentes? desde aquella noche quedaban rotos los hilos del mundo para ella; al penetrar en el valle triste de su infortunio, renunciaba a las preocupaciones, a los placeres; las ficciones de la vida dejábalas atrás como a sus esperanzas.

Ella misma tenía deseos de cantar, y más que por ajenas insinuaciones por su propia voluntad se acercó al piano arrastrando a Gustavo. El canto, para su alma demasiado llena con el exceso de la tristeza, era un auxiliar, un desahogo. La música tiene el poder de entrar en nuestras almas. así puede decirse: acaricia las horas deliciosas de la dicha, y en las tristezas infinitas parece levantar los ecos melancólicos del lamento.

Margarita, alzó sus bellos ojos, su garganta se irguió y su voz de plata lanzó las notas claras de su canto. Algo había en sus vibraciones que enternecía.

Gustavo volvió el rostro para verla;-estaba, turbado hasta el fondo del alma; aquel acento le daba miedo. Margarita parecía sentir únicamente, diríase que el pensamiento huía como espantado del dolor del corazón: la voz gemía y nunca tuvo más fiel interpretación la poética Margarita de Guonod.

Reinaldo no pudo ver la emoción de Margarita porque había inclinado la cabeza: tenía miedo de que Elina viese la suya; pero sí vio a su madre acercarse a la joven y oyó a

Gustavo que decía a las personas que rodeaban a Margarita: «el calor es sofocante y la ahoga; permitidme llevarla a tomar el aire»; vio también que se la llevaba.

-¿Queréis que vaya a ver qué ocurre a Margarita? -dijo Elina.

-Gustavo la reanimará, -dijo él,- dejadles libertad; además, os debéis a nuestros invitados.

-Gracias, amigo mío -dijo Margarita a Gustavo ya lejos de las gentes; y como quien ha meditado algo que debe hablar unió resueltamente sus manos y agregó:- Debo empezar por confiaros...

-Aguardad, Margarita; no os agitéis, descansad y después, como lo hemos convenido, hablaremos; contad desde luego, pobre niña, con mi afecto fraternal que sabrá sobreponerse a todos los demás, -dijo Gustavo con una noble tristeza.

Margarita comprendió que la había adivinado, que conocía su secreto y lo miró con admiración.

-¡Qué noble sois!-dijo;- ¡merecéis la felicidad que os niega el cielo!

-Venid, Margarita, la curiosidad se agita y es preciso calmarla.

Y los dos, transfigurados por el mismo pensamiento, volvieron a las escenas de la vida.

¡Cómo el destino separa los seres que unidos completarían la dicha humana!

Pocas horas después, la animación restablecida por el baile hizo variar las conjeturas.

Margarita valsó con Gustavo, que parecía un amante feliz.

Sólo Berta meditaba y por los hilos que ataba tenía ya como descornado el velo del misterio que tanto ansiaba conocer.

A las dos los convidados principiaron el desfile y las despedidas. Las luces se almenaron y Berta besando la frente pálida de Margarita le dijo:

-Acabo de besar a mis hijos; ¿queréis hacerme compañía para no sentir los preludios de una separación?

-Soy vuestra: pero dejadme ayudar a mi tía en su primera noche de soledad.

XVIII

Margarita, vestida con un peinador de muselina blanca, sus cabellos desmesurados y los ojos enrojecidos por el llanto penetró en el aposento de la noble señora, que la esperaba resuelta a romper su secreto: las fuerzas de la joven parecían agotadas y se dejó arrastrar hasta la vista un pequeño sofá; Berta la rodeó con un brazo; tenía hasta miedo de sondear aquel corazón.

-Me parece que sufres, hija mía, y por eso he querido tenerte a mi lado.

Berta se detuvo: la contracción de aquella linda boca le hacía daño; su alma se llenaba de tristeza ante aquella pobre niña sola, huérfana y aislada; ante aquella pena devorada con tanta resignación no pudo resistir y colocando la cabeza de la joven sobre su corazón dijo:

-¡Pobre tórtola herida! ven a llorar aquí; abre tu alma; hazte el cargo que soy tu madre, a quien tanto amé.

Pasábase Margarita la mano por la frente como para refrescarla del ardor del pensamiento; ¡triste síntoma de una pena insufrible y heroicamente soportada! Alzó sus grandes y tristes ojos para mirar a su tía: aquella oferta imprevista, ¿era un refugio o un peligro? leyó en aquella mirada clara una tan afectuosa compasión, que arrojó en sus brazos vencida por su extremo desamparo y por la dulce violencia de aquel gran corazón. Tenía henchida de lágrimas el alma y por aquel dique roto brotaron a torrentes. Berta la dejó llorar sin hablarla para no aumentar su enternecimiento.

-¡Ya está! vamos, hija, cálmate, -dijo al fin.

-Perdonadme, -dijo la pobre enjugando las lágrimas con la manga de su vestido; no ha sido culpa mía, pero sí puedo aseguraros que no sucederá más.

-Déjame ver ahora el tamaño y el color de tu pesar, -y viendo que la joven hacía un movimiento negativo con la cabeza, agregó valientemente como quien aplica el hierro a la herida que se quiere curar,- ¿amas a mi hijo, desgraciada?

-¡Y tanto, -gritó la niña en un sollozo,- como soy amada por él!

-¿Desde cuando?

-¡Desde antes de vernos y después y siempre!

-¿Te lo dijo él? a-alentó apenas la madre.

-Sí, -hizo la joven con la cabeza.

-¡Niña! ¿y por qué no aceptaste su amor?

-Oid, -dijo Margarita:- como guardaréis el secreto voy a confiároslo todo porque mi alma necesita también esta expansión: nos amábamos, pero Elina también lo quería; dulce y casta la pobre nada me dijo, pero a mí me pareció que había cambiado conmigo desde la llegada de Reinaldo; mi tía comprendió lo que pasaba en el corazón de Elina; para una madre es siempre transparente el corazón de su hija, ¡y yo... no lo era suya! ¡Ciega por su amor materno no se fijó tampoco en que nuestras almas, como las ramas al soplo del huracán, se doblaban al peso del pesar! Ella enfermó de gravedad y una vez en que creyó morir me hizo la espantosa revelación y me exigió velar por la felicidad de su hija y al mismo tiempo me pedía que aceptara el amor de Gustavo. ¡Jesús! ¡he sufrido mucho sin hallar a quien confiarme! Tenté el último recurso: traté de seducir a Elina para ver su corazón; era verdad: ¡Elina amaba a Reinaldo!... ¿qué tenía ya que hacer? A ellas las debía todo: yo, pobre huérfana desvalida encontré bajo este techo amor y piedad: yo no he conocido las lágrimas sino por mi fatal amor: en el seno de mi tía he pasado la

infancia, por ella feliz,: esa niña que me ha llamado su hermana, lo ha sido en efecto y jamás sintió celos porque yo compartía los besos de su madre; ¡con cuántas privaciones y tanto amor no nos ha educado ella! ¡cómo podía yo herir seno que me había abrigado! ¡El deber me dictó mi conducta, y ahora, estamos en paz! les doy lo que me han dado ¡la vida!

-Pero, niña, -dijo la pobre madre llorando- ¿por qué arrastrar en tu gratitud la felicidad de mi hijo?

-¡Ay! -dijo Margarita con una tristeza profunda en la que se notaba un dejo de coloso despecho:- ¡él será feliz! ¿no veis qué pronto aceptó el bálsamo para su herida? En cambio, yo no me casaré nunca; no voy a vivir frente a frente con un lago cuya imagen no está en mi corazón. No sabéis lo que me cuesta rechazar el amor de Gustavo ¡noble corazón digno de un amor feliz! ¡Para él, si yo aceptase sería la vida un lago de ondas azules, pero yo no puedo llevar al altar de Dios una fe mentida y al hogar un corazón enfermo e incurable! Vos sola conocéis mi secreto; guardadlo: no vayáis a destruir mi labor tan dolorosa, ni a turbar la felicidad de vuestro hijo: dejadme doblegar al peso de mi destino; compadecéme, amadme un poco para encontrar siquiera un rayo de luz en esta noche de mi vida! Llorando en vuestro seno me parecerán menos sombrías mis horas de soledad.

Berta tenía un gran corazón; pero nunca sus fibras sensibles habían vibrado con tanta fuerza como ahora ante el quejido de aquella pobre avecula: ante aquella alma desesperada como la de una mártir cristiana, firme a la hora del sacrificio. La sencillez de Margarita en su insufrible dolor la asustaba, parecíale que la joven estaba segura que los días de su cautiverio de pena serían cortos.

Tomó Berta entre sus blancas manos la cabeza de Margarita y mirando aquellos ojos tan bellos y serenos, con voz llena de lágrimas dijo:

-¡Oh! ¡cuánto te hubiera amado! ¡cuánto te quiero! ¡qué burlas tan crueles tiene el destino! ¿por qué separaros? ¡ay de mí! ¡si mi hijo te ha amado te amará hasta el fin de sus días! En el camino del sacrificio, hija mía, has excedido el esfuerzo humano; ¡ese es el heroísmo! pero tus escrúpulos han turbado otra vida y tal vez Reinaldo no llegue a hacer feliz a Elina ¡si esa desventurada llega a descubrir a qué costa es hoy feliz!...

-¡No me lo digáis! no me quitéis el único consuelo a que me acojo, ¡oh no! ¡Reinaldo la amará! mi recuerdo se borrará de su memoria como el sueño de una noche.

La joven hablaba con voz dulce, pero firme, aquella confesión arrancada a su sinceridad no debilitaba un momento el vigor de su alma; sólo dos seres tenían derecho a ella: la madre de Reinaldo y Gustavo: sólo ellos podían ver los combates de su corazón.

-No me había engañado, hija mía, -dijo Berta- y ahora, ¿cómo llevarás la vida a mi partida? ¿quieres venir conmigo a España?

-¡Ay, Señora! -dijo la joven con desaliento- bien quisiera alejarme, dejar por mucho tiempo los sitios donde he padecido tanto, pero dejaría sin fuerza mi sacrificio faltando a mis deberes, hoy más que nunca marcados al lado de mi tía. Elina sigue a su esposo y la

tristeza podría matar la soledad el corazón que dio vida al mío: aquí me quedaré; si la fatalidad ha podido herir mi alma nunca el remordimiento la emponzoñará. Partid sin inquietudes y cuando penséis en la pobre Margarita, recordadla con enternecimiento, pero pensad siempre, que si lleva en el pecho un amor desgraciado, lleva en cambio la única y verdadera, felicidad del alma ¡la paz de la conciencia!

El reloj dio las tres y media y Berta, tan triste como la joven, dijo:

-Vamos a ver, hija, si llega el sueño a calmar las fatigas de nuestras almas.

Obligó a Margarita a ocupar un pequeño lecho que había arreglado junto al suyo.

Berta no pudo dormir: se encontraba culpable; sí, ella había contribuido a la desgracia de aquella pobre: ella, cuyas sospechas se habían levantado, ¿por qué no indagó? ¿por qué no habló? Su hijo, su Reinaldo, si ella le hubiese exigido una confesión se la habría hecho, ¿por qué había huido de sondear antes aquel misterio? Sí, se encontraba culpable: a ser más resuelta hubiera evitado la separación de aquellos dos seres tan dignos uno del otro; veía la felicidad de Elina expuesta a un derrumbamiento; si llegara a descubrir la verdad ¡ay! sería, como un soplo de muerte sobre sus ilusiones y su ventura!

Reinaldo, su hijo adorado era infeliz, y ella había podido evitarlo, ¿de qué le habían servido sus intuiciones de madre? ¡Oh! -decía,-¿es así como he velado por esa dicha tan cara, que he visto las alas negras de la desgracia sobre su frente y nada he hecho para evitarla?... Berta no podía conciliar el sueño y se admiraba de ver a Margarita dormida como en sus días de niña pero como un niño que se queda dormido con una contrariedad; su pecho lo levantaba un sollozo, ¿cómo podía dormir?

Berta aprendió, tanto en aquel sueño, como en sus dolorosas meditaciones, que la pena cuando no intranquiliza la conciencia no quita a la naturaleza sus derechos.

Al rayar el alba Margarita abrió los ojos tristes a la nueva luz que venía a bañar su frente pálida; vio a su tía que estaba apoyada en la ventana. Levantóse y acercándose cariñosamente le dijo:

-¡Tan temprano levantada! ¿os sentís mal?

-No, hija mía, muy triste con el pensamiento de tantos errores y a la vez midiendo la impotencia humana para conjurar los males.

-No pensemos más en lo pasado: el sufrimiento es fardo pesado al principio y después la costumbre nos lo hace ver como un compañero triste y nada más.

¡De quien había aprendido aquella niña esa filosófica resignación!

Presentó la frente a Berta, recogió graciosamente su vestido y dijo:

-Voy a ver a mi tía; ¡pobre! hoy estoy sola para ayudarla, al concluir vuelvo para atenderos; y salió ligera como quien no siente el peso de las penas.

-¡Qué alma tan grande en una criatura tan débil! -dijo Berta;- ¡no se la puede olvidar, vivirá eternamente en el alma; de Reinaldo! Y si él llega a descubrir el hermoso de ese corazón, el sacrificio llevado a cabo con tanta sencillez! ¡cielo santo, que no llegue ese día!

XIX

Algunos días después Reinaldo propuso a su madre acompañarlos a Italia para después regresar por Francia a España.

-Como queráis, -dijo ésta,- pero, eso sí, activemos nuestros preparativos.

Una tarde que Berta había salido con sus hijos a devolver visitas y que doña Ángela rezaba su ejercicio cotidiano en la Merced, Margarita sola recorría distraídamente las teclas del piano cuando entró Gustavo; ella le oyó, fue hacia él con sus dos manos extendidas y le dijo, con el acento que sólo ella tenía:

-¡Aguardaba esta hora de nuestras confidencias como el ciego la luz! venid, -y lo dirigió bajo unas magnolias que daban sombra al patio. Aquí ,-siguió- nadie interrumpirá nuestra conversación, pues viéndonos juntos se figurarán, que como novios, hablamos de nuestras esperanzas.

El la dejaba hablar, venía resuelto a decidir, no su suerte pues ya la conocía, pero sí la de aquella huérfana, que aislada en su propia pena tenía necesidad de un apoyo decidido; iban pues a encontrarse frente a frente aquellos dos seres dignos uno del otro y a quienes sólo faltaba para la armonía de la vida el nivel del amor mutuo.

La luna llena asomaba por el oriente y su luz de plata bañaba a la joven, ¡qué bella estaba! tenía como reflejos celestiales; allí con su vestido blanco, idealizado por el sufrimiento parecía una visión. Gustavo no podía hablar; Margarita principiaba a impresionarlo. Ella se sentó invitándole a colocarse a su lado; por un momento sus bellos ojos llenos de lágrimas se fijaron en el disco de la luna y volviéndolos lentamente hacia su amigo, dijo con voz trémula:

-Conozco vuestros padecimientos; somos gemelos del mismo mal: a no ser porque la fatalidad separa nuestros destinos, la felicidad humana no sería un mito: tenéis el alma tan inmensa, como noble el corazón y amáis a la pobre huérfana hoy más que ayer porque sabéis que es desgraciada. Yo no puedo corresponder a vuestro amor, Gustavo, mi lealtad me aleja de vos; habéis adivinado que amo a otro, pero lo que no sabéis, es que soy amada por él y que en aras de la gratitud he sacrificado estos dos amores; por mis propias manos he roto los hilos de mi vida, renunciando así a la miel de la vida. El deber imperioso se alzó ante mí y en ese altar quemé el bajel de mis esperanzas. Por lo tanto, yo no puedo ofreceros dicha alguna, pero en cambio vos podéis darme la única que puedo encontrar sobre la tierra: ¿queréis ser mi hermano? ¿queréis ayudarme en esta labor de dichas ajenas?

Gustavo ocultó el rostro entre las manos: Margarita respetó aquel silencio: lo comprendió.

-Vos siquiera, -continuó,- tenéis quien os consuele, quien os comprenda, pero yo, que, como una tórtola errante gimo en las soledades de mi vida... -no pudo seguir, el llanto la interrumpió; Gustavo se repuso y tomando suavemente su pequeña mano, dijo:

-Llorad en el pecho de vuestro hermano, Margarita; desde hoy no estaréis sola. Renuncio por vuestra voluntad a la dicha soñada, pero no me quitéis nunca lo que me queda: la de amaros; la de velar por la hija de mi madre si existiera; la misma pena nos ha hecho hermanos, dejadme pues amaros sin esperanza de otras dichas y ser lo que queráis que sea.

-¡Qué bueno sois! iba a suplicároslo: tengo algo que exigiros; prometedme someteros y cumplir fielmente mis deseos.

-Os lo prometo.

-Escuchad: para la dicha de Elina es preciso que figuréis ser mi prometido y yo vuestra alegre-novia; una vez convencidos de nuestro mutuo amor, marcharéis a vuestro país antes de la boda: quedaré aguardándoos, pero... no volveréis; escribiréis fríamente, de tarde en tarde; vuestra decepción cambiará mi vida y gracias a esto, mis tristezas tendrán un motivo, se acabarán las violencias y podré romper este antifaz que tanto mal hace a mi naturaleza.

-¡Margarita! ¡Margarita! -dijo Gustavo incorporándose prontamente y con voz ronca- ¡qué me proponéis! ¡la prueba es superior al esfuerzo humano y no está al alcance de un caballero!

-No lo penséis así; tenéis que iros de todos modos, ¿no es verdad? ¿qué os importa fingiros mi prometido y no volver mientras que yo no os llame? ¡Ved que la exigencia brota del abismo de un alma desesperada; no os neguéis a dulcificar mi cáliz, completando mi sacrificio con la apariencia de la verdad! ¡Me habéis prometido ser mi hermano!...

-¡Imposible! perdonad, Margarita; no insistáis, hay leyes...

Ella no le dejó concluir, tomó con sus dos manos estremecidas el brazo de Gustavo y le dijo:

-Fijaos bien en que lo único que vais a sacrificarme es la opinión que van a formar de vos; además, -agregó muy bajo como con temor de que la oyesen,- yo siento que los hilos de mi vida están rotos ¿quién os dice que habrá tiempo para todo ese drama? ¿queréis verme morir desesperada y contribuir a que mis pocos días de mundo sean sombríos?

Gustavo estaba en un suplicio. Margarita lo tenía impresionado.

-No habléis así, por Dios; he prometido vivir y morir por vos y del modo que sea es igual: será como queráis, -dijo turbado.

-¡Dios os bendiga! ¡el corazón de esta pobre huérfana ya no está solo! Vuestro sacrificio es igual al mío y de hoy más vamos a vivir unidos por el mismo pensamiento. Gustavo, hermano mío, ¡qué digno sois de ser amado! -dijo tomándole una mano.

Él la retuvo entre la suya sin mirarla; ¡su pobre mano estaba helada!

-Vamos, -dijo ella,- tendremos tiempo de hablar: siento la voz de Elina y esto solo aguardamos para comer: quedaos con nosotros.

Se apoyó en su brazo y así, como feliz y con la confianza del amor penetró en el comedor, donde Reinaldo oía distraído una historia que hilvanaba, doña Ángela.

El resto de la noche estuvo Margarita encantadora, rió y estuvo alegre, suplicó a Elina que le acompañase al piano aires olvidados. Gustavo temió que aquella animación fuese febril; doña Ángela, como quien bota un fardo pesado, buscaba los ojos de Berta para decirle: «no lo había dicho yo», pero su hermana oculta por una cortina, lloraba ante el esfuerzo de la joven, para ella, aquellas alegrías de Margarita eran como las galas sobre un cadáver, esto y las sombras de la frente de Reinaldo eran espinas para su corazón.

Gustavo se levantó, y como el marino que iza la última vela, tomó de la mano a Margarita, y la dijo:

-Venid, señorita, día de alegría es víspera de pesar; ¿sabéis, -agregó dirigiéndose a Reinaldo y a Elina,- que vuestro viaje agita mis alas y quiero también ir a Europa?

-¿Conmigo? -dijo Margarita con una candidez admirable.

-No, -dijo Gustavo,- antes de mis bodas; para éstas habrá que esperar. Elina debe prender los tules virginales de la cabeza de su prima, ¿os comprometéis a ello?... estamos al terminar Septiembre, ¿será vuestro regreso?...

-A mediados del año entrante -dijo Reinaldo, como aliviado de un peso.

-Tengo entonces tiempo hasta para recorrer las montañas de la Suabia y recoger de los libros parroquiales de Berlín mi partida de bautismo, indispensable para el santo yugo, y dejar por allá mis últimas impresiones de soltero: no digáis nada a mi padre, que ignora aún mis deseos, y no quisiera formular un proyecto sin tener antes su consentimiento.

Reinaldo miró largo rato a Gustavo: no lo comprendía; ¿sería Gustavo como los ingleses, flemático? Joven, rico, enamorado y con una novia adorable, no comprendía que prefiriera viajar solo. Gustavo tuvo miedo ante aquella mirada leal, que parecía sondear su corazón, y por un movimiento instintivo se llevó la mano al pecho; allí tenía el secreto doloroso y temió que los ojos del rival lo descubriesen; rehuyó las miradas escrutadoras y varió la conversación para distraer a Reinaldo.

Al fin partieron Reinaldo y Elina y con ellos Berta, que se había desprendido de Margarita con un profundo enternecimiento, y de su hermana con frialdad; no podía perdonarle que por un ciego egoísmo hubiera roto la copa de la felicidad de los otros.

Reinaldo no dio muestras de ninguna emoción pero estuvo mucho tiempo solo y pensativo en la proa del vapor viendo la tierra que dejaba atrás; allí quedaban los sueños de su vida: había llegado joven y feliz y se sentía envejecido y desdichado.

-¡El destino nos burla y el corazón nos engaña! -dijo a media voz,- de tantas ilusiones como traje aquí mi mente, que distintas realidades llevo... yo no sé como hacer para ocultar a los ojos de dos mujeres amantes esta tristeza que me llena el pocho! ¡Dios mío! a veces me parece que he aceptado demasiado pronto esta cadena y que en este largo viaje las flores que voy a sembrar en el camino de los otros, serán espinas punzantes para mi corazón.

Vio venir a Elina y a su madre abrazadas y se repuso hasta encontrar una sonrisa; la primera se colgó de su brazo: las lágrimas de la despedida no dejaron huellas en sus mejillas.

-¿Ya estás contenta? -dijo él.

-A tu lado lo olvido todo; sin embargo, cuando pienso en Margarita quisiera volverme o llevarla aquí, ¡la quiero tanto! ¡qué triste la dejamos! ¿no la viste? ¡qué pálida estaba! ¡Pobrecita! ¿tú sabes lo que me dijo bajito?: «¡ámalo mucho y hazlo feliz!»

Berta se asustó; Elina no pudo ver la emoción de su marido porque volvió a llorar al pensar en Margarita.

Reinaldo estuvo pensativo toda la tarde y veló hasta que la inquietud de su madre lo hizo recogerse.

Mientras tanto, los que allá se quedaban sufrían la dolorosa impresión de la tristeza: la noche fue de recuerdos, interrumpidos por los sollozos de Margarita. Doña Ángela, a quien el exceso de la dicha ahogaba todo otro sentimiento, respondía a Margarita:

-¡Auguras males! ¡a qué empañar con lágrimas su felicidad! ella se va contenta, sigue a su marido, como lo manda Dios; mañana serás tú; cálmate y no me atormentes con tanto lloriquear.

Gustavo era el único que tenía ascendiente sobre el ánimo de la joven; la llevó lejos de su tía, y la dijo:

-Agotáis mi valor con vuestra pena, Margarita, ¿acaso titubeáis? ahora más que ayer necesitáis la entereza del corazón; no tenéis el derecho de hacer dolorosa la ausencia de su hija a la que os ha servido de madre; os debéis a mi padre, que os ama tanto como a mí, y a quien si no queréis hacer feliz no debéis lastimar con vuestras tristezas, no le adelantéis la hora de su decepción, ¡pobre padre! ¡bien quisiera evitarlo este pesar! Sobre todo Margarita, llorad en el seno de vuestro hermano; juntos lamentemos el rigor de

nuestros destinos, pero no quebrantéis mi valor con la desesperación; mi alma necesita de vuestro ejemplo para imitarlo.

Margarita inclinó la cabeza, unió sus dos manos y tendiéndolas al joven dijo:

-¡Tenéis un corazón muy hermoso! ¡alentadme a seguir con la cruz! ¡ay de mí! ¡vos también partiréis y entonces!... ¡Dios mío!...

-Mi padre quedará a vuestro lado.

-¡Un suplicio más! ¡mayor esfuerzo! ¡su ternura es penetrante!...

-Para realizar vuestros proyectos mi padre debe saberlo todo.

-¡Qué horror! ¡no, no!...

-Todo lo contrario, os quiero dejar un apoyo: lo prepararé y a vuestro ejemplo le ocultaré mi sufrimiento, le diré que... no os quiero porque amáis otro hombre, y él, viendo mi resignación, la imitará y con la ternura que os tiene cumplirá gustoso la obligación que le dejó de velar por vos: tengo que haceros dos súplicas: escribidme siempre, y cantad cuantas veces quiera mi padre; ¿es mucho exigir?

Ella estrechó las manos del joven y bañándolas con sus lágrimas dijo:

-¡Qué digno sois de ser amado! ¡Si os hubiera conocido antes! ¡Oh, si las bendiciones y las plegarias de una pobre huérfana pudieran traer la dicha sobre vuestra cabeza!...

Y los dos volvieron a ocuparse de doña Ángela y el Sr. Finkler.

La vida siguió en la casa triste su curso natural y poco a poco iba llegando la costumbre de no ver a los ausentes.

Otra tarde que Margarita estaba sola sentada junto a las magnolias, llegó el Sr. Finkler muy pálido y con el pecho lleno de suspiros; ella, comprendió que Gustavo le había contado todo y se levantó para esperarlo; estaba muy conmovida; él se acercó, tomó su cabeza de virgen, la colocó sobre su pecho y le dijo llorando:

-¡Heroica criatura! ¡ahora te quiero más! ¡pobre hija mía! Gustavo y yo estamos aquí para amarte y comprenderte. En el pecho de este viejo hay mucha ternura; si no puedo consolarte lloraré contigo; pero ¿por qué no te has de consolar? eres joven, bella y buena sin igual... ¡Dios premia!... y se sonaba con estrépito para ocultar su turbación.

Margarita se arrojó en sus brazos, como para dar cabida en aquel noble pecho a todo el sentimiento de su alma; él le pasaba las manos trémulas por la cabeza.

-¡No os aflijáis! vamos, Gustavo me lo ha dicho todo: él partirá para complaceros y yo me quedaré para volar por vos... ¡vamos! ¿no estáis contenta de vuestro viejo amigo?...

-Con seres como vosotros la pena no es tan cruda; ¿cómo podré pagaros? -y la joven le besaba las manos.

-¡No, no, mi hijita! ¡aquí sobre mi corazón! -y miró al cielo como para preguntarle por qué daba a aquella criatura penas mayores que su fuerza.

La joven recogió sus cabellos destrenzados y levantando los ojos hasta aquel bondadoso semblante, díjole:

-Me siento muy consolada a vuestro lado; no hablemos más de esto y pensemos en que es el cielo quien pone obstáculos a las felicidades humanas; creedme, aunque sufra mi corazón, está como aliviado con el bálsamo de vuestro afecto, respiro con libertad.

-Gustavo se marchará después del invierno, ¿no es eso? -dijo el Sr. Finkler.

-Si no os oponéis y quedo yo ocupando su lugar en vuestro corazón.

Él nada dijo, desde que sabía que la joven amaba a Reinaldo vio disiparse en las brumas del desengaño sus esperanzas más risueñas.

-Vayámonos, -dijo Margarita;- mi tía nos busca.

-Ella es la culpable de este enredo; quiso hacer las cosas a su modo y os ha sacrificado; con intención o no, nos ha perjudicado a todos, y ella duerme tranquila y mientras vos os morís de pena, ¡y yo!... -dijo el pobre,- ¡de desesperación! ¡su hija se pasea dichosa por las orillas del Tíber! ¡oh, Señor! ¡Dios de los buenos, cómo permites estas cosas!...

Margarita lo calmó diciéndole cariñosamente:

-No habléis así; yo estoy resignada y sólo me atormenta las penas que os doy; de lo Alto vienen mis pruebas y si el Señor las acorta iré a recoger mis dichas allá; Él tiene recompensas muy bellas para los que sufren pacientemente su destino. Vamos.

Él la siguió temeroso, le parecía que la pena iba a romper el pecho de aquella niña como la llama el cristal.

De todas estas circunstancias resultaba que cuando aquellos seres se reunían por la noche, las frentes estaban sombreadas por las tristezas del corazón. Margarita sentada siempre cerca de Gustavo, no podía, a pesar de los esfuerzos de su voluntad, vencer su dolor; su corazón, sus pensamientos estaban siempre lejos; sólo su pena estaba allí llenándole el alma; aquella vida de combate la aniquilaba, sujeta por tanto tiempo a una dolorosa violencia durante la estancia de Reinaldo y Elina; hubiera querido ahora, que ya su mal estaba consumado, entregarse a sus meditaciones, no tomarse más el trabajo del disimulo que tanto le repugnaba pero su tía estaba allí y muchas veces, cuando se quedaba inmóvil y silenciosa, la miraba con ojos asombrados; ¿qué hacer?

Los días, transcurrían y al fin los viajeros pasaban tierra firme: estaban en París. Elina escribía deslumbrada, le parecía su vida un cuento de hadas: era muy feliz. «Reinaldo -decía ella- aunque la vida de París parece aburrirle, pues está siempre pensativo, se olvida de sí mismo para atender mis deseos. Ayer fuimos a la ópera, cantaban el Fausto y al oír el aria de Margarita en el torno, me enternecí, volvíme para hablar con Reinaldo, lo encontré muy pálido y me dijo emocionado: -Margarita tiene el privilegio de vivir en todos los corazones; mira a mi madre y preguntale en quien piensa. -Es verdad, -dijo mi

tía,- se me figura oír a nuestra Margarita. -Nos volvimos a nuestro hotel; regresamos todos muy tristes: no volveré al teatro, pues los recuerdos me afligen. Reinaldo piensa como yo, pues hoy sin decirme nada ha retirado el abono...»

Un placer amargo, llenaba el alma de Margarita, que se sentía culpable por aquel sentimiento; ¿no era ya aquel hombre un imposible para ella? ¡pobre niña! su alma purísima rechazaba la sombra del pecado, ignoraba que sentir no es consentir, que lo primero no es culpa; ¿puede una voluntad, por firme que sea dominar el impulso del corazón hacia el amor? No. Quien diga lo contrario no sentido. La voluntad sólo tiene imperio para acabar el sentimiento, pero no para ahogarlo; quien combate una pasión la santifica, y dicen voces santas, que vencerse es una virtud que nos eleva sobre el justo.

XXI

Pasado el invierno y comprendiendo Gustavo que las energías de la joven se rompían en el esfuerzo del disimulo constante, resolvió allanarlo todo con su viaje y resuelto se adelantó una noche y dijo a doña Ángela:

-¿Sabéis que antes de entrar en la vida seria pienso dar una vuelta por mi país?

Doña Ángela se volvió bruscamente y miró largo rato a Gustavo, y después se volvió para ver a Margarita, que conversaba tranquilamente con el Sr. Finkler.

-¿Lo sabe ella? -preguntó a media voz.

-Sí: consiente de buena gana; no quiere separarse de vos mientras no regrese Elina y para entonces será el mío.

A doña Ángela no le hacía gracia el viaje, pero guardó silencio y principió a quedarse pensativa como los demás.

Gustavo notició a la joven su resolución y agregó con amargura:

-Como lo queréis, tendréis pretexto para vuestras melancolías y libertad para el pesar.

-¡Oh, hermano mío, cuán bueno sois! ¡tenéis en el alma todas las delicadezas!

-¡Lo he aprendido de vos!- y añadió tristemente: -ya que mi humana felicidad se pierde en lo imposible, me acojo a la que está a mi alcance: ¡la de vivir con vos en un mismo martirio!

-¡Es verdad! ¡es verdad! ¡Dios mío! ¿por qué no permites a mi corazón otro amor? ¡Si el tiempo llegase a borrar la huella de éste que llevo aquí, seré vuestra esposa: comprendedme, Gustavo; a vos tan noble, tan leal, os debe llegar una mujer con el alma y el pensamiento llenos de vuestra imagen y no una prometida como yo con el pecho roto por un amor imposible! -dijo llorando.

-No os aflijáis: yo no soy infeliz, vuestra ternura y confianza valen para mí tanto como un amor, ¿no soy vuestro hermano? ¿no voy de todos modos a consagraros mi vida que aceptáis?

-Gustavo, ¡me superáis! ¡valéis más que todos los seres juntos! vuestro sacrificio es superior, yo pago una deuda de amor, vos no me debéis sino penas...

-Terminemos, -dijo él,- mañana nos arreglaremos y acordaremos nuestra separación, que espero no será la de nuestras almas.

Las inquietudes del pesar sólo puede medirlas quien las ha sentido; sólo quien haya contado las horas sin dormir por un inmenso dolor puede comprender el aniquilamiento de la naturaleza, que no puede sustraerse a los tormentos que la arrastran, las fatigas del alma, que aunque recta y firme se rompe al duro choque del sufrimiento.

En aquella vida de tristezas que parecían tener un mismo compás no había otra alteración que las cartas de Elina, que venían a dar un grado más al dolor de Margarita.

Elina sola escribía. Doña Ángela leía y releía las cartas trazadas por la mano de su hija; diríase que encontraba un consuelo interior y que las sombras de su frente se alejaban, pues muchas veces se le oía decir al concluir: -La verdadera satisfacción de la madre es dar la felicidad a sus hijos y así, mi conciencia como mi corazón están tranquilos porque mi deber está cumplido: mi hija es feliz; ¡Dios lo ha querido, bendito sea!

-¡Ahora quiere meter a Dios en su embrollo! -dijo el Sr. Finkler por lo bajo a su hijo,- ¡bueno iría el mundo si Dios se pusiera a ayudar a las viejas casamenteras!...

Una vez que Margarita daba vuelta a una carta de Elina, sin abrirla le dijo doña Ángela:

-¡Pero, niña! ¡no has abierto la carta! ¡qué poca prisa!... vamos a ver que te cuenta mi hija.

Margarita venció el temor que aquellas líneas daban a su corazón y leyó:

«Niza, Enero 24 de 187...

»Al fin, mi querida Margarita, estamos bajo el hermoso cielo de Italia. Todo lo que se nos ha pintado es nada en comparación de lo que se ve. ¡Cómo no ha de ser esta la patria de las artes, si los hijos de esta tierra privilegiada, beben a raudales la luz en este cielo hermoso; si para reunir las armonías de la belleza sus artistas sólo tienen que copiar las de la naturaleza!

»Ayer, paseándonos por un bosque de limoneros en flor, pensé mucho en ti y así se lo dije a Reinaldo: «qué bobo es Gustavo; debiera casarse y venirse aquí; ¡si viniera Margarita que tanto ama estas cosas! ¡cómo me gustaría ver la mirada de sus grandes ojos abarcando este panorama de luz!

»Como nada debo ocultarte, he de advertirte que Reinaldo no está muy satisfecho de Gustavo; quizá no le guste el plazo que éste se ha tomado, siempre que de esto se habla queda por mucho tiempo pensativo.

»No quiere verme triste: ayer, pensando en nuestras horas felices, fuí al piano y me entretuve en aprender aires populares que cantan aquí, los lazzaroni; queriendo ahondar mis recuerdos principié a tocar tus arias favoritas, me enternecí, y al volverme para decirle: «me parece ver a Margarita», estaba de espaldas apoyado en la ventana y con la frente entre las manos; al eco de mi voz volvió el rostro y me pareció contraído: por nada quiere que esté triste.

Corrí hacia él llorando y le dije: -¿te contraría mi tristeza o es que también te afligen los recuerdos? -Las dos cosas, -me contestó;- pienso en mi patria y en mi madre como también en el destino de esa niña por quien debemos volar, pero lo que más me contraría, es que agites recuerdos que te hagan sufrir: te suplico los suprimas de nuestro programa de viaje: sé feliz, cuanto se puede ser en la humana vida: tu dicha constituye la mía; si logro apartar las sombras de tu cielo y los abrojos de tus plantas, habré cumplido la misión que se me ha encomendado y realizado la única aspiración que tengo en la vida.

»-Soy tan dichosa -le dije,- que tengo miedo que este sueño se disipe; no volveré a estar triste. -Perfectamente, -agregó;- procura evitarme todo aquello que pueda levantar los recuerdos: así lo he hecho: pero si pasamos por algún sitio donde se oye una voz de plata (cosa muy frecuente en Italia) se emociona y procura alejarme; se me figura algunas veces que tiene celos de mi cariño apasionado por ti; por esto, para, recordarte más, me prendo y me visto a tu gusto, uso tus colores, tus perfumes; se sonrío tristemente y algunas veces retiene mi cabeza sobre sus labios y me dice: -Copias a tu prima y te sienta muy bien: tienes razón, ¡debes amarla mucho! y su acento tiene algo de despecho; pero cuando me quedo sola, me doy el gusto de pensar en Caracas, en mi casa; me figuro ver las cuatro cabezas bajo la rosada luz de la antesala: mamá queriendo que el tema de la conversación sea Elina; el Sr. Finkler buscando armonías para sus insaciables oídos; Gustavo pendiente de tus ojos, y tú, mi Margarita, para todos, siendo allá el ángel de amor y aquí el guardián de tu hermana, pues no tengo un pensamiento mío a que no estés ligada.

»Ya hace seis meses que salimos de Caracas y no hay día que no eche de menos nuestras costumbres, nuestra lengua, las brumas del Ávila las caras amigas, etc.: daría lo que me pidieran por estar en mi casa ver a mamá fatigosa con Julieta y fatigándola, verte a ti, recorriendo las violetas más hermosas para el vaso de la Virgen; ¡qué falta me hace besar antes de dormirme sus rosados pies sobre los que dejé mi rosarito de mi primera comunión! ¿No te acuerdas lo asustadas que estábamos esa mañana? ¡Qué día tan feliz!...

»No sé cuándo será nuestro regreso, pues Reinaldo habla de visitar a Nápoles, Venecia, etc.; según él daremos la vuelta al mundo; ¡si tu estuvieras aquí!

»Háblame de Gustavo; no debiera esperar nuestro regreso para la boda: la felicidad no se aplaza; ¡qué bueno que nos sorprendierais por estos mundos!

»Reinaldo dice que no debéis esperarnos porque estaremos mucho tiempo en España, (ya sabrás por qué manía te lo dirá). ¡Cómo voy a pasar este trance, tan lejos! pero Reinaldo quiere que, ya que su padre no ha presenciado su matrimonio, tenga la dicha de presenciar nuestra felicidad que Dios quiera sea eterna.

»Mi tía se separó de nosotros en París y está ya en Madrid, donde nos esperará.

»Siento a Reinaldo que regresa. Pienso mucho en ti: cuida a mamá por las dos.

»Hasta otro correo: recibe el alma de tu hermana.-*Elina*»

Margarita quedó largo rato pensativa: la carta aquella venía a aumentar sus males. Reinaldo sufría y ella encontraba superior a sus fuerzas el dolor de su amado. ¡Pobre niña! ¡qué temprano veía el lado sombrío de la vida! Serena ante el propio tormento, iba gastando las fuerzas de su alma en el laboratorio sublime del sacrificio y a la vez purificándola en las ondas celestes de la abnegación.

Las espinas de su corona, debían arrancar sangre a sus sienes. ¡Sí! ¡era preciso que Reinaldo la olvidara! ¡era preciso que aquel mismo consuelo que acercaba sus almas, teniéndolas unidas por un mismo sufrimiento como por un hilo magnético, se rompiera, desapareciera!

-Esperaré -dijo- la ausencia de Gustavo para escribir.

XXII

Listo Gustavo para su partida, anuncióla para el sábado, y la víspera, una tarde serena y triste, entró con la frente sombría: no encontró a Margarita y la hizo llamar por Julieta. La joven se presentó adorable en su sencillez.

Por la alteración de las facciones de Gustavo, comprendió que la hora había llegado.

-¡Ya! -dijo;- ¡qué espantosa será mi soledad sin el aliento de vuestra amistad! ¡Gustavo! ¡Gustavo! ¡qué duramente nos trata el destino! ¡qué le importaba realizar la felicidad de los seres que separa!

-Pero que están unidos por un lazo más sólido: el de la desgracia, y por el eterno de la fraternidad que ha podido elevar nuestras almas hasta el heroísmo. Margarita, casi soy feliz porque habéis elegido mi alma para viajar por el país de los sacrificios: voy a partir, os dejo a mi padre, no lo hagáis padecer, os quiere mucho y vuestras lágrimas son para él un suplicio; en compensación de las del hijo que le abandona, no aumentéis sus tristezas; cuando veáis su frente sombría, perdonadme este egoísmo, cantad y su pena se disipará; escribidme y no prolonguéis mi ausencia: vivo para vos, pero quiero vivir cerca de vos.

Margarita no tenía aliento: la separación de Gustavo la anonadaba, iba a quedar sola en el mar de su amargura, entre aquellos dos seres, que lejos de las pasiones de la vida no podrían comprenderlas ni medirlas a la distancia de sus montañas de cielo: por fin encontró firmeza para decir:

-Partid, amigo mío, aunque me mate la soledad, es preciso, este es el argumento de mi drama: os escribiré y os llamaré a tiempo.

¿Qué decís, Margarita? -dijo Gustavo admirado del enternecimiento de la voz.

-Digo que os llamaré a tiempo para el regreso de los novios... escribidles que las mujeres de vuestro país son seductoras... -Margarita se detuvo: la mirada de Gustavo tenía tristes reconvenciones.

-Excusadme, -agregó,- yo no sé coordinar lo que quiero decir, pero por Dios no me toméis nada en cuenta, tened compasión, ¿sabe acaso el que padece cuál es la nota para el ¡ay!?

Gustavo tomó sus manos, heladas como las de una muerta; así a la media luz del crepúsculo, la figura de la joven, poética y melancólica, como su alma, retenía a su pesar el encanto de la suya: la pureza del cielo, el efecto de aquella luz indecisa sobre la frente pálida de la que iba a separarse, tal vez para siempre, contribuía a la solemnidad del adiós.

¡Oh, Margarita! -dijo subyugado por el imperio absoluto del corazón,- os amo como nunca y como un sueño irrealizable, como el desahuciado a la casta prometida que va a esperar en el otro mundo mejor; ¡perdonadme si antes de partir os digo que mi alma se resiste, que el esfuerzo de la voluntad es sobrehumano!... ¡por vuestros sufrimientos medid los míos!...

-Merezco vuestras reconvenciones, -dijo Margarita mirándolo con sus dulces ojos llenos de lágrimas; perdonadme que haya querido aliaros a mi dolorosa peregrinación; yo bien comprendo que con una sola palma para la abnegación Dios la colocaría en las vuestras primero que en las mías!

-¡Pobre ángel! -dijo él atrayéndola sobre su pecho,- no temáis: el hermano que habéis elegido será digno de vos. ¡Cuidad de mi padre y oid bien esto: si necesitáis de un corazón dispuesto a sacrificarse por vos, llamadme y pensad siempre, que todas las aguas del Rhin con sus eternas brumas no podrán apagar el amor que os profeso! ¡adiós!

-¡Partid, por Dios! -dijo ella empujándolo y ahogada por el llanto.

Doña Ángela al oír la despedida de Gustavo, sólo pudo ver parte de su vestido en el corredor: ¡cuántas ganas tenía ella de decir al joven que su partida era una deserción!

-¿No volvéis mañana? el tren sale a las ocho...

-Prefiero no volver, sufriría más Margarita; avisadme el regreso de Reinaldo y Elina para venir a encender la antorcha de mi himeneo, y cuidad de los seres que os confío.

Aquella noche las cuentas del rosario de doña Ángela dieron muchas vueltas en sus dedos, era esta siempre la única manifestación de sus preocupaciones. Margarita sola en su lloró mucho. ¡Qué destino el suyo! ¡hacer sufrir a todos los que la amaban! Separada, de los que podían prestar consuelos a su pena, Berta, y Gustavo, quedaba entre dos deberes, a quienes se debía y cuya vida debía alegrar; ¡ella náufraga de toda dicha! Sus cuidados se redoblaron; fue ella la que exigió al Sr. Finkler que ocupara el puesto de Elina en la mesa:

-Vos estáis solo, allá no comeréis casi nada y aquí juntos no sentiremos tanto la soledad en que nos dejan; os prometo ensayar varias arias para que le escribáis a Gustavo que cumplo mis promesas.

No quería otra cosa el pobre viejo: en su casa estaba como entumecido: él amaba aquella niña dulce y desgraciada y quería cumplir muy de cerca las órdenes de su hijo; los cuidados de Margarita se redoblaron y ésta, si se quiere, era una distracción útil para el estado de su alma.

Así principiaron a vivir aquellos tres seres. Margarita sin violencias cantaba siempre; gustábale como a los pájaros dar al viento sus ayes, los dolores extraños sintetizados por el genio eran como un refugio para su alma solitaria.

Las cartas de Elina eran agujijones de su pena: por mucho tiempo quedaba pensativa. Con su cruz a cuestas caminaba serena al propio tormento, pero el de Reinaldo era un suplicio superior a sus fuerzas, su heroísmo se duplicaba buscando el medio de borrar en el alma de Reinaldo su fatal amor.

-Comprendo, -decía,- que la amargura del cáliz va envenenando mi vida, la pena, absorbiendome el alma, devorará mi pecho, pero moriré tranquila si la dicha de los otros me sobrevive.

Un día, resuelta ya a romper los hilos invisibles que ataban su alma a la de Reinaldo, dijo a Elina al terminar una de sus largas cartas:

«...Gustavo dilata, no pensé amarlo tanto, pero hoy, lejos de él, me falta todo. Tengo miedo de que esas nieves de Europa vayan a helar su corazón todo mío: ¡me moriría! ¿por qué ahora que le quiero tanto se aleja de mí? ¡si él hubiera insistido para nuestra boda hubiera yo cedido! ¡Qué feliz sería yo viajando con él por países desconocidos, yendo los dos siempre unidos en el bajel de la dicha!...

»No me llames romántica ni apasionada, si tengo presentimientos tristes... ¡no, oh, no! Gustavo no puede olvidarme; ¡mi corazón se rompería de dolor!

¡Qué niña soy! todas estas cosas se me ocurren porque van ya seis meses de ausencia y apenas tengo dos cartas tuyas.

»No digas nada a Reinaldo de mis males de amor; se reiría de mí, que blasonaba de ser poco sensible a estas grandes afecciones; ¡cómo me castiga Dios, poniéndome en el pecho esta pasión que es un tormento!...

Para su espíritu enfermo, combatido por tantos vendavales, el esfuerzo era extremado.

Gustavo la escribía siempre, no la decía una sola palabra de amor; pero en sus cartas venía el perfume de su alma, que era como una muda reconvención que daba tintes más oscuros a la vida infeliz de Margarita.

Decía en su estilo serio y afectuoso:

«Con honda tristeza, Margarita, pienso en vuestra soledad; cuando se tiene el alma llena de lágrimas, es necesario comunicarla para que no se ahogue en las ondas amargas del dolor. ¿Qué haréis, pobre niña, sin el pecho de vuestro hermano, acostumbrado a ahogar los propios ayes para oír el triste compás de los vuestros?

»Vivo por vos y para vos y no quiero que tengáis un solo sufrimiento que no venga a herir el pobre pecho mío: a costa de mi felicidad he adquirido este triste derecho. No lloráis sola, Margarita, y en el camino del infortunio no sois la única peregrina; idéntica es nuestra alforja y vamos unidos por la semejanza de los destinos: mi corazón tiene el derecho, os lo repito, por una de las burlas más crueles de la suerte, de recoger vuestras lágrimas. ¡A la luz del crepúsculo, de una ilusión desvanecida surgió la esperanza de vivir con vos en el mundo silencioso de los resignados!

»Acortad las horas de mi suplicio: la ausencia debilita las energías!...

-¡Qué alma tan noble! -dijo Margarita; ¿por qué Dios no permite a mi corazón el olvido de un amor ya culpable? ¡Señor, ya que no puedo enlazar a mi triste suerte esa naturaleza tan leal, haced siquiera feliz a este noble hermano de mi infortunio!

XXIII

Mientras tanto los seres que vivían en España veían pasar las estaciones sin que se le ocurriera a Reinaldo la vuelta a Venezuela.

Elina, a quien la maternidad embellecía, daba como el rosal sus mejores perfumes al primer brote que en su corola se mecía: con el encanto de la mujer que entreabre el santuario del templo en que va a officiar, guiaba los primeros pasos de una preciosa niña: llamábanla Margarita y como un reflejo de los corazones que la amaban se parecía a la otra triste en sus grandes ojos pardos, su cabecita erguida, y su frente de nácar.

-¡Cómo se le parece! -decía Elina a solas;- ¡cuánto diera por que Margarita la viese! ¡qué consuelo no seríamos para ella en esos tormentos que Gustavo lo da! ¡infame! ¡quién lo hubiera creído viendo sus ojos azules que parecían reflejar un alma buena y honrada!

Reinaldo parecía olvidado de sus antiguas penas; la presencia de aquella niña era para él como un don del cielo: era ahora más amoroso con la madre; muchas veces, viendo la criatura en el regazo de Elina, pensaba que era un ingrato a los bienes de Dios, si no bendecía la dicha que sembraba en su camino: rodeábalas con sus brazos y mirando al cielo murmuraba:

-¡Perdón, Dios mío! ¡procuraré olvidar un mal sin remedio y vivir para estos seres que deben formar mi dicha!

Margarita parecía conocer el corazón humano; poco a poco fue sembrando la semilla del despecho, que no tardó en dar sus frutos. Reinaldo principió a ver el lado sano de las cosas: ¿cómo llorar eternamente la pérdida de una mujer que gemía de amor por otro? «¡Quede sepultada la pasión de mi vida!» Era otro hombre; le ocupaba solamente la dicha

de los demás. Elina era muy feliz y bendecía a su hija que había venido a aumentar su ventura. El Sr. Solís, padre de Reinaldo, aunque austero y absorbido en el afán de los negocios, vio con placer el cambio de su hijo y sonreía satisfecho.

-¡Todo lo embellece este ángel! -decía besando los rizos de la linda nietecita;- ¡bendecido sea en el hogar el mensajero de las dichas y la paz!

Sólo Berta a pesar de la serenidad del cielo, no las tenía todas consigo; muchas veces la sorprendió su marido en largas meditaciones: ¿qué tenía su mujer? parecía reservada y cavilosa; ya no hablaba de su patria como antes y los seres que en ella dejó, eran como temas olvidados de su conversación.

Y sin embargo no cesaba de pensar en Margarita, tan sola allá para combatir sus males: sólo ella no creyó en el amor de la huérfana por Gustavo; para ella, aquellas eran escenas de un drama de lágrimas. Berta hubiera dado un mundo por poder consolar la soledad de aquel corazón desesperado, pero se estremeció a la sola idea de acercarse a Margarita: veía conjurado el peligro, se habían alejado de los escollos y bueno era no volver a surcar las aguas donde estuvieron a punto de zozobrar.

Llevaban ya casi tres años lejos de Venezuela y varias veces quiso Elina que Reinaldo la llevara a su país, pero encontró siempre inflexible la voluntad de su suegra.

Desde que los negocios les habían obligado a vivir en Madrid, pasaban todos los años en Barcelona una temporada: allí había nacido Reinaldo y Berta tenía por eso particular preferencia por la hermosa casa que habitaban. Una tarde que estaban reunidos en una azotea con vistas a la mar, azul y trasparente, dijo Elina:

-¡Parece invitarnos! ¡nada tendría yo que pedir a Dios si viera reflejarse en esas aguas un pedazo del cielo de mi patria! -y viendo la palidez de las facciones de su tía, agregó afligida:

-No toméis a mal este deseo, que es como una sed del corazón: quisiera (no os enojéis, madre mía) ver a Margarita, que tanto sufre: no la conocéis; ¡yo sí! ¡tiene un alma tan inmensa como corazón! ella amará una sola vez en la vida; desgraciada en su amor, Señora, ¿lo oís?... ¡Margarita se morirá!... ¡yo, hubiera podido resistir un golpe rudo, pero ella no!... yo quisiera...

Elina se detuvo alarmada por el estado de su tía, que hubiera caído al suelo si los brazos de Reinaldo no la hubieran sostenido; él la volvió con sus caricias.

Elina estaba asustada: le parecía que había incurrido en el enojo de su marido, pues por causa suya su madre se había emocionado. Reinaldo se alejó y ella lo vio acercarse a la pequeña, que jugaba entre barquillas de papel: vio que la alzó y la estuvo contemplando largo rato, le vio besar sus cabellos y dejarla suavemente en el suelo. La niña se volvió a las rodillas de su madre y con su voz de balbucientes arpegios dijo:

-Mamá, papá llola, tene medo... atí como Tom con agua, atí... -y la pequeña chocaba sus manitas de raso como para figurar que temblaban.

Berta se estremeció, la niña se fijó y dijo riendo a su madre:

-Lita también tene medo... -y mostraba las manos trémulas de Berta.

-No volverá a suceder, -dijo Elina entristecida;- tenéis razón, el suelo de la patria lo pisamos donde somos felices; no diré nunca más...

-Ven acá, hija mía, -dijo Berta,- no tienes culpa, la única culpable soy yo; al hablar tú de las penas de tu prima, ¡mira si estoy loca! que me pareció ver cruzar la sombra de mi hermana Luisa pidiéndonos cuenta de la suerte de su hija; ¿no es esto efecto de una imaginación enferma? No te preocupes más: te prometo que nos reuniremos pronto, aquí o allá; si Angela y Margarita se niegan a venir. Tienes razón, esa niña no debe sufrir sola, es necesario que nuestras almas vayan a sostenerla.

-¿Lo decís seriamente? -dijo Elina abrazándola; ¡qué buena sois! Y Reinaldo, ¿qué dirá?

-Allí viene: él mismo organizará nuestro proyecto.

Reinaldo entró ya sereno: sólo una ligera contracción de sus cejas denunciaba las luchas del pensamiento; se acercó diciendo:

-Pasadas las crisis de nervios no hay temor.

Berta colocó en la mano de su hijo la suya aristocrática, y dijo mirándole a la cara:

-He prometido a Elina la vuelta a Venezuela, caso de que Ángela y tu prima no quieran venir; ¿te comprometes a cumplir mi promesa?

-Vuestra voluntad es la mía, -contestó Reinaldo sin vacilar;- ante Dios como ante mi corazón he hecho el voto de hacer vuestra felicidad: ordenad; pero, por ese mismo Dios os suplico que no me dejéis ver nubes en vuestras frentes; -y acercándolas a su pecho las retuvo largo rato sobre su corazón.

-¡Qué feliz soy! -dijo Elina radiante, con su más hechicera sonrisa.

-Ese es hoy mi único anhelo, -dijo Reinaldo.

Berta guardaba silencio: la pobre madre tenía miedo; acercar su hijo a Margarita era como revivir sus tormentos pasados; podía Reinaldo descubrir el sacrificio de la niña. - ¡Ay, Dios! -decía a solas en su cuarto, con la cabeza entre las manos. -Señor, ¿qué hacer? ¡Si una palabra descubriera el corazón de esa criatura! Yo también quiero verla; ¡cuánto no sufrirá la infeliz en su aislamiento! ¡pobre! ¡es necesario ir en su socorro!... ¡yo no sé por qué tengo tan tristes presentimientos!... ¡una nube que se pierde en el espacio, un ave que lo cruza, todo me parece un mal presagio! ¡Jesús! ¡que la fatalidad quede cumplida aquí, que una sola víctima sea bastante!

Escribieron a doña Ángela, proponiéndole el viaje y contestó en estos términos:

«Como me lo propones, mi querida hermana, bien quisiera hacer el viaje, estar con vosotros y ver a mi nietecita; esto sería quitarme la carga de mis cavilaciones y entrar ligera en la barca de mis deseos, pero tal cosa es imposible: Margarita se resiste y no

puedo dejarla; ¿a quien? Ese malvado alemán con su cara de ángel ha marchitado mi Margarita. ¡Ella no es la que dejaste! Está muy triste y apenas come: no se la puede decir nada de Gustavo; un día lo culpé y me dijo: «Callad, es el alma más noble que he conocido, está sobre todos los seres creados.»

»¡No me explico cómo la ha hechizado! pero lo cierto es que los plazos se cumplen y ni siquiera escribe. El Sr. Finkler habla sigilosamente con ella; la quiere como siempre y ella con él no tiene igual. A pesar de sus tristezas endulza nuestras horas, ¡pobrecita! nos cuida a los dos y a la hora que salen las estrellas canta siempre para distraernos; pero con qué voz, ¡Dios mío! su acento parece algunas veces como un lamento. Hace pocas noches cantando «La estrella confidente» ¡oh, sí! ¡vi que lloraba! salí para hablar con el Sr. Finkler, ¿cómo crees tú que le encontré? sollozando como un niño en el corredor. No pude contenerme y le dije: «lloráis porque veis la obra de vuestro hijo, perdonadme que os lo diga, ¡pero la conducta de Gustavo no tiene nombre!»... «¡Oh, callad vos!... ¡si supierais lo que ese hijo vale lo llevaríais al cuello como un santo! ¡es tan digno de ese ángel que se pueden marchar al cielo juntos! no culpéis nunca a mi hijo, os lo ruego, porque entonces puedo perder la paciencia y...» Me dio la espalda dejándome suspensa: oculta alguna cosa; yo no sé lo que sea, pero Margarita se desmejora, está muy triste y Gustavo no vuelve y para mí, ni escribe: ella sí, escribe con frecuencia, porque yo he visto que le da cartas al Sr. Finkler.

»Venid vosotros, quizá la reanimaréis; ayer la encontré llorando en su cuarto y la dije: «¿no te dice nada el corazón? Elina regresa.» «Elina va al volver», dijo como asustada; «sí, ¿no estás contenta?» «No quisiera volverla a ver, ella esperaba encontrarme feliz y mi dicha...» se puso a llorar y a pesar de mis ruegos no quiso decir la causa de sus lágrimas. Sin embargo, después se alegró y con el gusto que tiene para todo, arregla la casa para vuestro regreso; a mí me parece que con vuestra llegada todo renacerá aquí. El único que no está contento es el Sr. Finkler cuando le dije que volvías; me contestó con su franqueza de marino: «no quiero verlos, ¿a qué más daño?...» está como loco, gruñe a la sola idea que lo aparten de Margarita. Según le oí, anoche puso cablegrama a Gustavo, ¿qué misterio tendrá este alemán?... Venid, pues, casi puedo deciros que vuestra presencia es necesaria aquí. Bendice mis hijos, a quienes como a ti quiere con el alma, tu hermana,

Angela.»

XXIV

Esta carta decidió la situación y la misma Berta se dijo:

-¡Sería un crimen no volar en socorro de esa desdichada! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! El poder de nuestras voluntades no alcanza a nuestras pasiones, pues sólo podemos dirigirlas, no dominarlas.

Los preparativos del viaje se hicieron prontamente. Elina no cabía en sí de gozo y enseñaba a su linda pequeñuela mil monadas con que encantar a su abuelita. Berta estaba como sugestionada por una voluntad superior; hacía y deshacía sus maletas a todas horas.

Sólo Reinaldo estaba sereno: arrastrado por la corriente, no hacía resistencia; sabía ya de qué color, de qué tamaño eran las ondas del destino, porque en sus primeras luchas dejó las fuerzas en el recio empuje de sus aguas amargas.

Alguien lo dijo: que cuando se lucha por ambición, por gloria, por interés, los mismos escollos sirven de aguijón; mayor nos parece la gloria, se nos agranda la ambición, el interés se dobla en una lucha fuerte; el espíritu cobra alientos en los reveses y empeña su actividad, campo abierto a todas las pasiones, pero cuando entra en la partida se juega el corazón, el primer naipe adverso es como un vaso roto por el que se nos va toda la sangre, las energías quedan debilitadas y sin calor la entraña enferma; vivimos como esas plantas débiles a las cuales todos los vientos doblegan.

Así para Reinaldo, la vida de los que amaba impulsaba la suya; había ligado su suerte la de aquella niña, que risueña caminaba a su lado esperando con sus claras pupilas fijas en las suyas las dichas prometidas.

-¡Caminemos, -decía él una tarde que solo en la azotea veía las ondas del mar dilatarse hasta tocar el horizonte azul;- caminemos! de flores o de espinas la senda de la vida hay que cruzarla; el destino nos empuja como a las nubes el viento y nuestra resistencia es siempre inútil para evitar sus leyes. A veces me parece que los blancos sudarios del olvido van a envolver mi pasado y que al fin mi planta rebelde va a traspasar el umbral risueño de la ventura: esa hija adorada da a mi vida encantos indecibles, es un amor nuevo bajo la forma de una criatura angelical; su risa, su llanto, vienen a despertar en mi corazón cuerdas que aun no habían vibrado; su aliento puro como la leche del seno materno, impregna mis horas de olores que sólo las rosas dan al rosal que las sostiene. ¡Oh, sí! algunas veces siento que mi alma naufraga en el mar de otras dichas acaba de ser salvada por esa pequeña tabla que la Providencia ha puesto en mi camino Un amor desdeñado no puede detener el curso de mi vida. ¡Pobre Margarita! ¡hoy cruza ella la calle de amargura que atravesé bajo su mirada indiferente con mi cruz a cuestas!... Pero yo no sé por qué me resisto a creer que es a niña se consuma de amor por Gustavo cuando éste se desvía: ¡qué misterio tan incomprensible es el corazón!... y en las mujeres esta víscera donde parecen concentrar su vida entera, tiene profundidades que el ojo humano no alcanza a descubrir!... Yo mismo me he sentido muchas veces turbado ante los ojos de Margarita; ¡cuántas veces no me ha parecido leer en ellos la agonía de su alma!... Una tarde me detuve y casi no acerté a hablar; parecióme ver en ellos una súplica... ¡Cuántos delirios tienen las almas que batallan!... La noche de mi boda al estrechar su mano creí también que en nuestras almas había fibras que resonaban como cuerdas templadas al unísono... ¡qué de locuras!...

-En vísperas de viaje, -dijo Elina a su espalda,- no se medita.

-Es verdad, dijo él volviéndose; -la actividad allana los obstáculos, y prueba de ello es que hasta el océano parece someterse al imperio de vuestra voluntad, señora mía; sus aguas serenas os esperan.

La tertulia de la noche se prolongó: eran las únicas horas de que el Sr. Solís podía disponer para sus afectos: para aquel hombre honrado y trabajador, aquellas horas de

infinita ternura, de intimidades, de expansiones familiares, eran como una recompensa a sus diarias faenas en las rudas luchas del comercio.

Esa noche estaba silencioso, su tristeza no tenía disimulo; no podía avenirse a quedarse siempre solo, a privarse de aquellas noches que eran la miel de su vida; de las caricias de la nietecita, que sabía subirse sobre sus rodillas y jugar con su barba gris y alisar las arrugas de su frente. ¿Qué empeño tenía su mujer en turbar aquella paz? Berta, siempre tan discreta y acertada, ¿por qué lo embrollaba todo ahora con esas idas y venidas de un clima a otro?

Le desazonaban las cavilaciones de su esposa, pero; acostumbrado a someterse a sus deseos, no tenía voluntad para expresar los suyos.

-Estos viajes -decía- lo trastornan todo, pero ¿quién replica? Las mujeres hacen siempre su gusto a pesar del mundo entero; estas han dicho que se van y se irán, a pesar de todos los contratiempos y todas las voluntades.

XXV

En Caracas la vida era igual para los seres que esperaban.

Una mañana que doña Ángela y Margarita regresaban del templo, Julieta las recibió contentísima, diciéndoles:

-La niña Elina está en La Guaira, allí está el alemán con un telegrama... ¡ay, Dios! niña Margarita, ¿qué tiene? y la criada corrió para cogerla, pero tropezó con el Sr. Finkler, que la sacudió por un brazo diciéndole:

-¡Entrometida! ¿quién te mete a dar una noticia así?... ¡anda, babieca! busca un poco de agua y valeriana... ¡corre! -y la llevó a empujones hasta la puerta.

-¡Güa! -dijo Julieta sacudiéndose;- ¡mira el alemán tan fresco! ¡lengua de trapo!... el entrometido es él que cree que la niña Margarita es su hija de verdad... ¡hujúm!...

-Margarita, hija mía, -decía doña Ángela,- vamos, vuelve en ti... ¡qué pálida está, Sr. Finkler!

Margarita abrió los ojos, y fijándolos interrogadores en el Sr. Finkler, díjole a media voz:

-¿Viene él?

Doña Ángela la oyó y dijo al Sr. Finkler:

-¡Cree que es Gustavo! ¡pobre muchacha! ¡ese hombre la matará!

El Sr. Finkler dirigió una mirada de lobo a doña Ángela y contestó a Margarita afirmativamente.

-Vamos a preparar las habitaciones; si queréis, -dijo a su tía,- recibidlos en la estación; podéis ir, que yo lo arreglaré todo.

-No: aguardaremos aquí todos juntos.

Como lo anunciaba el telegrama, llegaron los viajeros en el tren de la mañana; doña Ángela, trémula de alegría, salió con los brazos abiertos. Reinaldo bajó la pequeña en brazos y Elina saltó sola, ligera y elegantísima.

-¡Madre mía! ¡qué felicidad! ¿y Margarita? -No aguardó informes y entró corriendo y llamando a gritos:- ¡Margarita! ¡Margarita!

Penetró en la antesala y allí encontró a la que buscaba, desvanecida, y tan pálida, y enflaquecida que Elina sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Berta tiró sobre un sofá sus efectos de viaje y quiso tomar a la joven en sus brazos, pero el Sr. Finkler se opuso fuertemente: tenía rabia a todos y les dijo con bruscas maneras:

-Salid, que la vais a matar; dejadme solo con Elina, -a quien hizo seña para que la sostuviera abrazada, aplicó luego a sus delicadas sienes un poco de agua de Colonia y empapando en el líquido su pañuelo lo acercó a la nariz de Margarita, que empezó a dilatarse.

-Mirad, Margarita, en brazos de quién estáis.

-Margarita de mi alma, ¿no estás contenta de volver a verme? -dijo Elina.

Ella se apretó el corazón con las manos y después se arrojó llorando en los brazos de su prima: luego colocó sus manos en los hombros de Elina y dijo tristemente:

-¡Cuanto ansiaba verte! ¡casi cuatro años!... ¡qué hermosa estás!...

Elina estaba cortada: el brillo de los ojos de los ojos de Margarita la tenía como magnetizada.

-Pueden entrar todos, -dijo la joven;- ya estoy bien: estos nervios me están jugando siempre malas pasadas.

Doña Ángela entró la primera sin lograr que la pequeña se dejara guiar por ella. Margarita corrió al verla, la tomó en sus brazos, la alzó hasta sus labios sin que hiciera resistencia, volvió la joven el rostro hacia Elina, y dijo:

-¡Qué cosa tan linda! ¡Dios te la bendiga!

-¿Te gusta tu tía? -dijo Elina acariciando sus rizos confundidos con los de Margarita.

-Eta tía, -dijo alzando sus lindos ojos hasta el rostro de la joven;-bonita... eta ota no... veja... -y torció su boquita señalando a doña Ángela.

¡Bien hecho! -dijo el alemán para sí;- esta chica va a ser mi aliada.

Margarita la besó enternecida, diciéndole:

-Vamos a ser grandes amigos, ángel mío; ¿me la cedés, Elina?

Así, con su hija, la vio Reinaldo al entrar; se quedó un rato contemplando aquel dulce y pálido semblante, reflejo fiel de un sufrimiento prohibido, tristemente soportado: los latidos de su corazón podían contarse: se había separado de ella creyéndola feliz y la volvía a ver triste como las sombras de la tarde, doliente y embellecida con las pálidas galas de la desdicha. Mucho se conmovió al ver a su hija en el regazo de Margarita; la semejanza era marcada. Reinaldo entraba cuando ella se inclinaba para acariciar a la niña; se quedó como cortada y los colores de sus bellos días volvieron, por un momento a sus mejillas, tendiéndole su mano fría y dijo:

-¡Bien venido seáis! vuestra felicidad viene a alegrar nuestra casa desierta; -él nada decía; ella continuó tomando entre sus manos de azucenas el rostro de la niña;-¡que ángel tan bello tenéis!

-Se os parece mucho, -dijo él sin poder apartar sus ojos de las sienes que principiaban a hundirse.

El cartero tocó y el Sr. Finkler, que salió a atenderlo, regresó muy contento, y dijo entregando una carta a Margarita:

-Todo viene junto. Gustavo anuncia su salida, estará aquí dentro de pocos días. Dios no quiere que yo os tenga envidia, doña Ángela, y por eso reparte la dicha entre los dos.

Margarita, con el pretexto de leer la carta de Gustavo se retiró a su cuarto, y en realidad era para soltar a su pobre corazón el dique de sus lágrimas, para romper las ligaduras de aquel disimulo que era para ella un peso insufrible.

-¡Ay Dios!... -dijo arrodillándose ante su Virgencita;- ¡yo no hubiera querido volverlo a ver y se viene a meter en este mi mundo sombrío de dolor, como para que sus dichas sean las heces de mi amarguísimo cáliz! ¡piedad, Señor! ¡mis votos están cumplidos, mi sacrificio no ha sido estéril, pero perdonadme que no pueda sustraer mi naturaleza de sus pasiones humanas; yo no puedo impedir que las espinas rompan mi carne hasta sangrarla!... ¡sufro mucho!...

-¡Pero no sola! -dijo una voz gimiendo, y dos brazos cariñosos la estrecharon. Era Berta que la había seguido.

Margarita se estremeció y dejó que el torrente de sus lágrimas corriera.

-¡Ay Señor! la pena, aun cuando se comparta, no divide su amargura. En estos años he vivido al borde de un abismo, mi propio corazón; ¡cuántas luchas y tormentas! ¡cuántos pensamientos desoladores! ¿tenía yo el derecho de herir así mi propia existencia de arrastrar a las aguas negras de la desdicha la vida de otro corazón?... muchas veces, señora, he tenido remordimientos; parece que he estado ebria de sacrificio y que en el vértigo de mi abnegación he arrastrado muchas almas formadas para la dicha. ¡Que Dios me perdone! ¡pero contando mis horas solitarias tan largas como mis dolores, he sentido

como un fardo pesado para mi corazón la dicha de los seres que ampararon mi orfandad!... ¡oh, madre mía, perdón!...

Berta no podía hablar; inclinada sobre la frente de la joven bañábalas con sus lágrimas.

-Os dejo leer así en mi corazón, -dijo Margarita levantándose y tomando entre las suyas las manos de Berta;- por qué venís piadosa a verter en sus heridas el bálsamo de la compasión; por qué en una noche de agonía sorprendisteis mi secreto, y también... para que después... cuando yo esté muy lejos le digáis, si su dicha se interrumpe, que la pobre Margarita era digna de él... que los ayes de su dolor rompieron a una las figuras del corazón reblandecidas ¡ay! por las lágrimas, ¡oh, señora! ¿por qué habéis venido?... ¡él principiaba a habituarse a su felicidad como yo a mi pesar!... ¡ahora le he vuelto a ver y en los esfuerzos de este combate mis días se precipitarán! ¿por qué habéis venido a interrumpir la seriedad de mi desdicha?... Perdonad, ¡yo no sé lo que digo! -Recogió sus cabellos desgreñados, tirándolos hacia atrás al alisarlos con sus manos.-

Vamos, -dijo,- mi tía recela de mis tristezas que supone hijas del desamor de Gustavo; ¡noble y valiente corazón! ¡defendedlo, amadlo, porque es el único que ha compartido mi amargura!

-Pero, ¿es verdad su abandono? -dijo Berta con temor.

-No juzguéis ligeramente ese noble carácter, interrumpió la joven, -a no ser porque sólo ama una sola vez en la vida y porque yo había llenado mi alma prematuramente, hubiera amado a Gustavo: él reúne perfecciones morales que le colocan sobre el nivel de los humanos; su alma llega sin esfuerzo hasta la heroicidad: ¡las espinas del camino, si me han herido, oíldo bien, gracias a él no me han envenenado! Muchas veces he pensado unir mi suerte a la suya, pero he meditado, ¿cómo por única compensación voy a atar su vida a un cadáver, que sólo espera ser trasladado del sepulcro de los vivos a su nicho de muerte? Por mi voluntad está ausente y pasa a los ojos de todos por un novio desdeñoso: ¡esto me sirve de pretexto para llorar libremente y hasta para morir! Si Reinaldo comprendiera de qué mal voy a morir, ¿creéis que me olvidaría, que podría ser feliz, lo creéis, Señora? Mi sacrificio, si él lo conociera sería estéril y entonces sólo habría labrado con mi propia desdicha la de todos. ¡Gustavo, pues, sólo ha aceptado el lugar que yo le he designado en la nave oscura de la desgracia para surcar juntos las aguas amargas, después de haber dejado levantada en la ribera opuesta la tienda de la dicha ajena!

Berta no encontraba cómo curar las heridas que se abrían ante sus ojos; tenía miedo: aquella pálida y frágil niña que se pasaba por la frente sus manos heladas, tenía una actitud conmovedora, ¿qué palabra no era allí inútil? ¿qué consuelo no iría a perderse en aquella alma desierta?

-¡Pobre hija mía! -dijo al fin acercándola a su corazón,- nuestra ignorancia ha tejido el velo espeso que ha ocultado el sol de tu felicidad.

-¡Ay no, señora! la aguja del destino, inexorable como la fatalidad lo ha marcado así: en la fuente de la dicha no beben todos los humanos.

Unos golpes suaves se oyeron en la puerta junto con la voz de Elina que llamaba a Margarita. Ésta se levantó y dijo a media voz a su tía:

-¡Elina, Dios mío! querrá las confidencias de mis amores desgraciados, ¿qué haré? ¡pobre Gustavo! Entra Elina, -dijo alzando la voz.

Elina entró con su hija en los brazos.

-¿Quieres venir conmigo, lindura? -dijo Margarita extendiendo sus manos.

La niña sonrió reclinando la cabecita sobre el hombro de su madre: conquistóla fácilmente Margarita.

-Ven: vamos a ver la cama que tu mamá dejó aquí cuando se fue ¿quieres dormir en ella y te contaré cuentos bonitos? cantaré, para dormirte y te levantaré para ver los pájaros...

-¿Zon bonitos? -dijo la niña, atenta al programa de su nueva vida.

-¡Lindos! -dijo Margarita,- con plumas de colores y cantan también, ¿quieres quedarte?

-¿Quieres amorcito, -dijo Elina,- te gusta la niña?

-Ti, bonita... la quiero muto, -y rodeó con sus bracitos el cuello de la joven que la besaba enternecida.

-Para todos es igual la atracción de esta criatura -dijo Berta retirándose.

XXVI

La unión de las dos Margaritas quedó sellada: la niña no se le apartaba y era admirable ver aquella pequeñuela, con la cabecita pensativa oyendo cantar a su predilecta; parecía comprender y se diría que quería retener todo lo que su oído percibía con agrado. En las tardes serenas viéndolas en el jardincito unidas de la mano parecía que eran flores de una misma planta.

El Sr. Finkler no disimulaba su descontento y sólo la llegada de Gustavo vino a despejar su frente.

La serenidad de Gustavo estuvo a prueba, con la acogida glacial que le hicieron: doña Ángela le dijo en voz de reproche:

-¡Al fin llegáis! ¡yo no sé si para bien o para mal!... Ya veréis vuestra...

Berta la interrumpió tendiendo al joven sus dos manos diciéndole en voz dulce:

-Sed bienvenido; llegad, amigo mío, cerca de los corazones que os aman.

El joven se repuso y siguió a la noble dama, que lo guiaba al sitio donde le esperaba Margarita: con la ternura de la joven fue compensado de la dureza de los otros; pero, ¡ay! se quedó pasmado al ver los estragos de la pena en aquel bello semblante. Ella le atrajo al

sofá donde estaba sentada, lloró largo rato en silencio y después fijando en él sus tristes ojos dijo:

-Me encontraréis muy cambiada, lo leo en vuestros ojos. La pena es más activa que la anemia: vuelvo ahora a las violencias, al disimulo y a esta constante lucha que me agota. Os acusan de mis males y esto es lo más doloroso de mi martirio; ¡acusaros a vos, el más noble de los nacidos; a vos que habéis sido en la vida de la pobre huérfana la única fuente de aguas claras!; ¡todas las otras han llegado hasta sus labios turbias y amargas! ¡Cuánto deseaba volver a veros, a vuestro lado me siento fuerte, por eso os he llamado; somos como dos viajeros que se han encontrado en el fondo de un valle triste y que con igual dosis de desaliento, hacen juntos la jornada y vamos los condenados enlazados a la misma cadena!

Gustavo, estaba anonadado; el enflaquecimiento, la palidez de Margarita no le asustaban tanto como sus frases; parecía al oírla que todo se le había roto en el pecho.

Margarita, -dijo venciendo su emoción,- no os atormentéis, yo no soy infeliz: amo el pesar que me acerca a vos; me ha hecho vuestro hermano y cualquiera que sea la faz que el destino me señale, a vuestro lado es más que una parte de dicha lejos de vos: ya estoy a vuestro lado y olvido mis quebrantos pasados, dejadme consolaros y estaré contento; vuestros sufrimientos hacen más surcos en mi alma que los míos.

-Padezco por la actitud de mi tía para con vos; Reinaldo y Elina, os guardan...

-¡Qué importa todo eso! -interrumpió Gustavo,- si en cambio vos estáis satisfecha y puedo seguir siendo el único que recoge las impresiones de nuestro ánimo: además, llevo en vuestra obra la mejor parte: vos no dais al objeto de vuestro culto la felicidad y yo al mío doy todo lo que pueda endulzar su desgracia, consolar su infortunio. Las esperanzas del amor, Margarita, cuando sólo tienden al placer, son tan transitorias como la dicha misma que dan a los sentidos. La belleza de vuestro cuerpo, no es la que ha despertado en mi alma el sentimiento que la domina, es la elevación de la vuestra y a medida que la veo surgir de su cárcel, engrandecida por el sufrimiento, sublime en su abnegación, os amo más, y de ahí que sin esfuerzos siga el curso de la vuestra. Yo no tengo otros dolores que los que os afligen y si pudierais renacer a las alegrías de la vida me veríais dichoso sin pensar ni esperar otras felicidades.

Margarita le miró como ella sola sabía mirar y dijo colocando sa mano en la suya:

-¡Qué noble sois! ¡Cuánto diera por poder realizar vuestra dicha soñada! ¡Con otro cualquiera yo tal vez me hubiera resuelto a cumplir el programa de la vida de la mujer, programa que le señalan la sociedad y las leyes divinas y humanas; hubiera sido una fiel y digna esposa; pero, con vos que reunís todas las grandezas del sentimiento, no! ¡yo no podría sentir latir vuestro noble corazón junto al mío, herido por mi mal incurable!

-No os agitéis, Margarita, -dijo Gustavo que había retenido las manos de la joven y la sentía arder;- vamos, el aire principia a cambiar y puede haceros mal.-Colocó suavemente la mano de la joven en su brazo.

Berta, Elina y la pequeña se les reunieron, ésta última se lanzó a las rodillas de Margarita que la alzó y acercándola al rostro de Gustavo le dijo:

-¡Amadla por los dos! -Veremos cómo cumplió Gustavo.

La niña pasó de los brazos de Margarita a los de Gustavo sin violencia y se dejó llevar hasta el comedor: allí quedó largo rato sobre sus rodillas oyendo las promesas que éste le hacía y desde ese día fueron grandes amigos. Vio a Margarita tratarlo con tanto cariño y principió a hacer lo mismo, muchas veces era ella la que corría a su encuentro para tranquilizarlo: trataba de imitar a Margarita por agradarlo, y cuando le oía decir «¡la semejanza es extraordinaria!» se reía contentísima y ufana besaba a su *Maita*, como la llamaba.

Reinaldo y Elina, no podían vencer el resentimiento que contra Gustavo abrigaban. Reinaldo le huía y esta reserva alejaba a Gustavo que casi se sentía contento: el joven se libraba así de una explicación que lo hubiera obligado a faltar a las leyes del honor, mintiendo o a las prescripciones impuestas por la mujer a quien su adoración consagraba el culto de la obediencia.

Gustavo ayudaba a Margarita a corregir a la pequeña, y por conquistar los juguetes que el joven le ofrecía como premio, dejaba los defectos de su pronunciación: los esfuerzos triunfaban y poco a poco las frases iban saliendo claras, celebrando ella misma, con risas cristalinas sus felices ensayos

Elina iba también reconciliándose con Gustavo por su hija.

El tiempo pasaba y el cambio que todos esperaban no llegaba, y Gustavo, con hartazgo y descontento de ellos, no hablaba nunca de bodas. Margarita era la única serena y parecía una enferma feliz.

Una noche en que la lluvia retenía a todos en la casa, la pequeña Margarita dijo a su madre:

-Mamá, toca piano, pide tú a *Maita* que cante; ella no me quiere ya.

Margarita la oyó y se le acercó diciéndole con voz cariñosa:

¡Ingrata! ¿así me pagas?

-Zí, -dijo la niña resentida,- no me hiziste cazo, llorazte mucho; ¿no te acuerdas? y no quizizte dezir por qué llorazte.

Reinaldo volvió los ojos a Margarita y sorprendido vio que los reproches de la niña la turbaban; su dulce rostro alumbrado por la lámpara encendida tenía la palidez de un cadáver: los ojos de Reinaldo la dominaban; había en ellos una interrogación conmovedora, algo de los pasados días que la hicieron estremecer; se inclinó turbada y dijo a la mimada:

-Ven, voy a cantar para ti; después Gustavo te cantará también; ¿quieres? ¿estás contenta?

-¿Él canta? -dijo ella admirada.

-Sí, bien mio; invita pues a mamá para que me acompañe.

Elina muy contenta corrió al piano; desde su llegada era la primera vez que se encontraban todos reunidos y que como en pasados y felices tiempos iban a oírse los acordes de voces e instrumentos; volvió el rostro a Margarita preguntándole:

-¿Qué vas a cantar? ¿quieres cantar «La Estrella Confidente»?

-¡Esa no!... -dijo ella estremecida; sentía la mirada de Reinaldo que la contemplaba lastimado de una desdicha que no conocía. Él estaba también muy turbado y no podía desterrar los recuerdos que a su pesar lo envolvían.

-¡Cuántas flores hubiera yo sembrado en el camino de esa vida que se extingue! -pensaba él;- su alma sufre, padece las torturas que han atormentado la mía, cuyo largo gemido no han podido apagar los ecos de mis otros amores.

Débil ante las memorias que en tropel se alzaban evocadas por la dolorosa expresión del rostro de Margarita, que de pie cerca del piano iba a cantar, como en el tiempo de sus dichosas esperanzas, para hacerse firme se acercó a su hijita y la sentó sobre sus rodillas, diciéndole:

-Con papá oyes mejor, hija mía.

-Beno, -dijo acercando a sus labios un dedito de rosa, y agregó, -chist, papá, oye a Maita.

Ella la oyó, sonrióla, y dijo.

-Para, ti, mi hijita: vamos, Elina, acompañame la romanza de la Saboyana.

-¡No, no! -dijo Elina- ¡qué antojos, Margarita! ¿te acuerdas de la primera noche que la oímos?... yo no la sé tampoco... ¡deja quietos los nervios!

-¡Niña! -dijo ella,- si después la he cantado muchas veces y mis nervios están ya familiarizados con los ayes de la pobre saboyana. Venid, Gustavo, acompañadme vos, que sois el maestro.

El joven se acercó contrariado y al recorrer el teclado, dijo bajo:

-¡Margarita, por Dios! no pongáis a prueba vuestras fuerzas, ¿a qué conduce todo esto?

-¡Al placer de los tristes, recorrer el diapason de los ayes en las notas de los recuerdos!

-¡Sea! -dijo Gustavo y pensó:- estaré alerta, ella se desprende de algunas preocupaciones ¿a qué obedecerá? -la dirigió aun una mirada suplicante, pero ella insistió y las notas gemidoras empezaron.

-Tiene razón, Margarita tiene muchos caprichos, -dijo Elina al Sr. Finkler.

La voz de la joven se alzó triste, pero firme: su alma se abría entera en aquellas melancólicas melodías; ella tenía necesidad de aquel consuelo: pensaba que esas notas más tarde evocarían su recuerdo en los seres que la escuchaban, ¡triste egoísmo del infortunio! quería grabar su imagen en la memoria de los otros y ella misma veía su pálida sombra en la de la doliente saboyana.

En su acento había sollozos, parecía el último gemido de una tórtola que expira: nada tan semejante a su propio dolor como la tierna historia de María, y Margarita con sus grandes ojos vueltos al cielo parecía buscar el alma, mártir que en nostalgia de amor dejó la vida sin volver a la patria.

Berta y Elina se apretaron las manos frías por la impresión que no se atrevían a comunicarse y sus ojos llenos de lágrimas apenas si distinguían los dibujos de las alfombras que pisaban. El señor Finkler se sonaba con estrépito lejos de todos: -doña Ángela miraba a Margarita con lástima y a Gustavo con rencor.

Gustavo al terminar se levantó prontamente y dijo conmovido a Margarita: -¡Cruel!

En Reinaldo nadie reparaba; tenía el rostro oculto entre los rizos de su hija como si prolongara el placer de las caricias; no contando con la indiscreción de la niña, quería ocultar su agitación; al acercarse Margarita, la única serena en aquel extraño escenario, ella le dijo:

-Cógeme tú, Maita, papá tene fío, tembla.

Reinaldo levantó los ojos, en los que se leía un pesar intenso. Margarita sintió que el grito de su corazón llegaba a sus labios: pero no; no podía perder en un momento la dolorosa labor de tanto tiempo: había cansado sus ojos hilvanando los hilos de su vida para resguardar a Elina del riguroso frío de la desdicha y no podía romper con sus propias manos el manto de felicidad que ella misma había tejido con las fibras que una a una había arrancado de su alma.

Era pues necesario, llegar hasta el fin ¡faltaba tan poco! Lo único que tenía vida activa en ella era la voluntad y supo emplearla para alejar la atmósfera glacial que parecía envolver a todos en el oscuro velo del presentimiento.

-Vamos a ver si tu amigo completa la velada, -dijo tomando a la niña y dejándola sobre las rodillas de Gustavo; después se acercó resueltamente a Reinaldo sentándose a su lado. Tenía que cumplir allí dos deberes: borrar su imagen matando toda sospecha en el alma de su primo y rehabilitar a Gustavo en el concepto y la estimación de todos.

-Tengo que haceros una súplica, -díjole;- Gustavo hablará con vos para fijar el día de nuestra boda, quiere que sea a principios de Febrero ¿queréis persuadirlo que la retarde hasta Mayo? Yo no me siento bien y haría una novia muy pálida, y muy triste cuando deseo aparecer todo lo feliz que soy.

-¿Él quiere realizar la boda? -dijo Reinaldo dudando.

-Sí; creáis lo contrario, ¿no es verdad? y por eso estáis, como mi tía y Elina, tenazmente reservados con él; tenéis razón; yo misma he dudado y ese tiempo de dudas y de ausencia es el que me ha aniquilado, pero hoy ya segura de su amor y de su fe, espero vivir para cumplir las dichas prometidas, ¿lo dudáis? ¿creéis que no podré vivir? -agregó viendo que Reinaldo la miraba fijamente como tratando de leer hasta el fondo de su alma.

La pobre estaba muy turbada, como el pajarillo que con el ala rota hace esfuerzos inútiles para emprender el vuelo, ensayaba ella los suyos para librarse del poder de aquellos grandes ojos. Era preciso a toda costa preciso, salvar la felicidad de Elina, la de él mismo tan comprometida en aquel instante.

-Estáis como asombrado, -dijo,- ¿será de verme enamorada hasta el extremo? ¡cuánto os habréis reído de mis alardes de ayer! Pero ahora os comprendo que las mujeres vivimos únicamente por el corazón, que fuera del amor, para nosotras la vida sería un desierto donde iríamos a morir como un espino...

-¡Es verdad! -dijo Reinaldo.

Elina se levantó del piano y se acercó al grupo.

-¿Quieres, -dijo Margarita, tomándola, una mano,- ser tú también mi aliada contra los proyectos de Gustavo, que aunque realizan mis anhelos, no quiero hacer las cosas con tanta precipitación?

Reinaldo expuso a Elina los deseos y la modificación de Margarita.

-¿De veras? -dijo Elina contenta- yo le tenía ya aversión por lo que te ha hecho sufrir, pero ahora estoy convencida que te ama; mi tía dice que Gustavo tiene un noble carácter y un alma muy elevada.

-¿Dice eso mi madre? -preguntó Reinaldo admirado. -¡Cómo! -pensó,- ¿mi madre no tiene reproches para el que ha torturado el alma de esta pobre niña, ella, que la quiere tanto y es tan justa y severa? ¡no comprendo!

Margarita le insinuó de nuevo:

-¿Me hacéis la promesa?

-Lo que vos queráis es orden para todos nosotros, ¿no es eso? -dijo él consultando a Elina.

-Sí, sí, -dijo ésta abrazando a la joven,- en plena primavera la dicha tendrá para vosotros perfumes de heliotropo.

-¡Si lo quiere el cielo! -dijo Margarita y agregó con triste sonrisa viendo a Reinaldo,- ¿queréis hacerme otra promesa para completar mi felicidad?

-Hablad, -dijo éste.

-Prometedme, que prósperos o adversos los acontecimientos de nuestra vida seréis para Gustavo un amigo, un hermano.

Reinaldo la miró sin contestar; ella continuó:

-Es digno de vuestra amistad; su alma tiene todas las grandezas; en su corazón no hay una sola fibra debilitada para el bien; si yo no os conociera, diría que él es el único en el mundo que la perfección: quiero pues que os conozcáis, que os apreciéis y estoy segura que os amaréis.

Sólo me reservaba de Gustavo porque creía que os hacía infeliz, siendo lo contrario, será tanto y más de lo que deseáis.

Gustavo estaba en el piano a instancias de la pequeña, que al fin se había quedado dormida en una silla que había colocado cerca para oír mejor a su amigo.

-Gustavo, -dijo Reinaldo acercándose con una de sus mejores sonrisas,- la mimáis demasiado y os deberemos muy malos ratos.

-No lo creáis, es blanda y dulce, el cariño es su mejor dirección ¿no es verdad, Margarita? -dijo volviéndose.

-Sí que lo es, -dijo ésta,- vos sólo lograréis de ella cuanto queréis por la dulzura con que acogéis sus exigencias.

-Tenéis el privilegio de conquistar, Gustavo, -dijo Reinaldo,- privilegio que sólo alcanzan los seres superiores y puesto que los que me son queridos os aman debo yo también abrir mi corazón.

Habló largo rato con él y terminó diciéndole:

-Como quiero conquistar vuestra simpatía os dejo en libertad de decidir con Margarita vuestra futura felicidad.

El cambio de Reinaldo conmovió a Gustavo: había adivinado de dónde partía aquella brisa que se llevaba una nube de su vida, y murmuro:

-¿Cómo no amar a esa tierna criatura?

Reinaldo se retiró a su cuarto, necesitaba estar solo, no podía explicarse lo que sentía. Margarita era siempre un misterio.

-Esa niña, -pensaba,- que se moría de pena por la ausencia prolongada de su amante al ir a realizar su boda es quien la aplaza, ¿qué hay en ella que parece oscurecer su felicidad? Esta noche cuando cantaba, más que una mujer feliz parecía un alma desolada que recorre los mundos sombríos del dolor... Yo no sé por qué la siento siempre tan ligada a mi existencia: las notas de su canto que parecen gemidos vienen a resonar aquí y levantan mis dolores adormecidos: vi lágrimas en sus ojos y siento como que son de mi propio corazón, ¿qué poder hay en ella, que así me sujeta? ¡Qué pálida y qué débil se va quedando! ¿no atajará la dicha esa alma que se escapa?

Elina entró, contóle, a su marido que Gustavo había convenido en aplazar su boda y que mientras tanto irían a buscar mejores aires para Margarita en una posesión que tenía el Sr. Finkler en las afueras de Caracas.

XXVII

Al beso de la hermosa primavera todas las plantas renacían, pero para aquella pobre flor humana no había soles ni brisas que volvieran a sus mejillas los colores perdidos. Margarita no mejoraba y por más que ella ocultaba victoriosamente y con animosas sonrisas su mal, lo denunciaba algunas veces la expresión dolorosa, que tomaba su semblante ¡desdichada! el mismo esfuerzo que hacía para dominarse lo causaba un sufrimiento atroz.

Las secretas conversaciones con su tía Berta, la intimidad cariñosa, la especie de culto que ésta tenía por Margarita, eran un enigma para Reinaldo; eran como velos corridos a su penetración.

Una tarde que Margarita conversaba largamente con Berta, fue interrumpida por Elina, que resuelta quería apremiarla para fijar su boda.

-Estamos a fines de Abril, querida mía, y Gustavo se impacienta...

-¡Oh, no! -interrumpió la joven,- espero mejorarme, ¿cómo quieres que a los perfumes de mi boda se mezclen olores de drogas? Yo deseo curarme y si Dios lo permite, seré feliz; si no, ¿cómo oponernos a su voluntad?

-No quieres ni un atemperante para ayudar la naturaleza, -dijo Elina afligida.

-He aceptado algo mejor, -dijo ella resuelta,- un viaje por mar. Mi tía quiere regresar a España y si no te opones y tengo el beneplácito de Gustavo, la acompañaré, hoy que quedas tú para cuidar a mi tía Ángela.

-De antemano convenido, -dijo Gustavo que entraba con su padre,- pero, eso sí, permitiéndome acompañaros.

-No me dejéis, -dijo el Sr. Finkler a media voz a su hijo,- no quiero perder ni un minuto de ella.

Sólo Margarita lo oyó y lo miró con tan cariñosa tristeza que hizo brotar lágrimas de los ojos del pobre viejo.

-Amigo mío, -dijo a Gustavo,- si vuestro padre nos acompaña la partida está completa y lleno el concepto público; ¿no es verdad, tía?

Como se convino se hizo. Berta se encargó de todo con el Sr. Finkler, que no perdía un detalle para las comodidades de Margarita; ésta parecía siempre extraña al movimiento, vivía muy lejos del mundo real, sumergida en el piélago de sus tristezas.

-Tengo miedo, Reinaldo, -decía Elina;- ¿no la ves? se va quedando como la hermana del saboyano, como una niña de cera.

Reinaldo no le contestó y según su costumbre fue a buscar a su hija para el paseo; la encontró rebelde a toda sujeción de vestido; al ver a su padre corrió hacia él.

-¿Qué tienes? -dijo éste.

-Maíta no me quiere, ez mala, papá, llora mucho, no la dejes ir... ¡no quero!

-Ángel mío, te quedas con tu padre, -dijo él conmovido hasta el fondo del alma.

-¡Pero tú no eres Maíta!... anda., papá, dile que no... pero anda, papá; -y arrastraba a Reinaldo hasta el sitio en que estaba Margarita; ella se estremeció, trató de sonreír y sus dientes de perlas apenas lograron hacer resaltar la palidez marmórea de su rostro.

-¿Por qué llora? -preguntó.

-Por vuestra partida: ella interpreta el sentimiento de todos.

-También sufro yo, pero es necesario a mi salud; ¿deseáis acaso verme morir?

-No, vivir y ser feliz.

Margarita tomó la niña en sus brazos y le dijo cariñosa:

-No quiero que llores, amor mío, vamos a vestirme y pasearás conmigo y con Gustavo.

Peinó sus sedosos cabellos y con su dulzura de ángel fue convenciéndola hasta que al fin se avino y se resignó a esperar todo lo que ella le ofrecía.

Las horas que preceden a una separación son siempre tristes; la pobre Margarita sentía muchas cosas en su alma; el exceso de sentimiento la ahogaba; iba a dejar su patria, a separarse, acaso para siempre, de los que amaba; de aquellas que habiendo amparado su orfandad no supieron en su alma y la dejaban morir de dolor; ¡ay! ellas ignorarían siempre que su deuda aunque inmensa estaba saldada y... ¡a qué costa!

Todos quisieron conducirla hasta el puerto. Margarita no conocía el mar: para ella era un espectáculo nuevo que despertaba su admiración; estaba como bajo el poder de una sugestión; parecía feliz al emprender el viaje y en cada corazón, a pesar de la hora dolorosa de la despedida, brotó una esperanza: el viaje le haría bien.

-Te volveremos a ver buena y feliz, -dijo Elina al acercarse al muelle.

-¡Así lo espero! -dijo ella abrazándola.

Su despedida fue conmovedora.

-¡No me olvidéis! -dijo ella-en un sollozo abarcando con sus ojos llenos de lágrimas el grupo que dejaba en el muelle.

El llanto de la pequeña daba al traste con la serenidad de todos.

-No te la llevez, Gustavo... táela... Maíta, ven... papá, zi ze van todoz... quedamoz zolitos... no... no quero... papá...; -los gemidos la ahogaban.

Margarita veía la palidez de Reinaldo, sufría su mismo dolor; pensaba ella tristemente en la soledad de aquel pesar que a nadie podía confiarse: ¡y él, el desdichado! ¡cuánto hubiera dado por tomar entre sus manos aquella cabecita inclinada y besar su frente pálida, siquiera una vez! El bote arrancó, y Margarita, medio desvanecida en el hombro de Gustavo agitó su pañuelo y gritó:

-¡Adiós, Elina!... ¡Adiós, hermana mía!...

Pudo ver por largo rato el silencioso grupo; vio a doña Ángela abrazar a Elina, las vio alejarse tristemente, mientras Reinaldo continuaba inmóvil con su hija en los brazos; al fin lo vio alejarse. Bajo las melancólicas luces de la tarde estuvo contemplando desde la balaustrada del vapor la tierra que dejaba, ¡tal vez para siempre!

Gustavo intentó separarla.

-Esto os hace mal, Margarita, el aire de la noche va cayendo frío y húmedo.

Ella volvió los grandes ojos suplicantes, cuyo brillo denunciaban su estado febril.

-¡Por Dios, amigo mío, dejadme contemplar, hasta que la oscuridad me los oculte, los sitios que mis ojos no han de volver a ver jamás! ahora que ya no tengo que hacer esfuerzos para contenerme, dejadme evocar, al dejar la patria, las imágenes de mi niñez, cuya felicidad pago tan caro! ¡dejadme recordar, dejadme llorar, ya que el consuelo no puede penetrar en mi corazón, ya que el desaliento triunfa de mi valor! ¡Ay! ¡yo, que había pensado dormir mi sueño eterno cerca de mi madre, me voy a morir en tierra extraña, y hasta en la tumba voy a estar solitaria! ¡Mi estrella no ha tenido luces, Gustavo, y ya veis que hasta le niega a la cruz de mi sepulcro sus resplandores! ¡brillo sólo un momento sobre mi frente para dejar después en eterna oscuridad el cielo de mi esperanza! ¡Adiós Caracas! -dijo al ver que se apartaba ya;- ¡adiós tierra querida y bella; no volveré a ver tus calles bulliciosas ni a pisar las arenas de tus jardines; no dormiré bajo la luz de tus estrellas; tus violetas y heliotropos no se marchitarán sobre mi tumba! ¡adiós! ¡allí se quedan los afectos de mi corazón, que se lleva solamente los recuerdos y los dolores! ¡ay de mí! ¡que lo han envenenado! Elina, hermana mía, te he visto por última vez; ¡adiós, causa inocente de mi martirio, que no sepas nunca que tu felicidad me mata! ¡Oh, Gustavo, se acabó!... ¡ya no los veré más!... ¡mi adiós es eterno!...

Berta, el Sr. Finkler y Gustavo estaban como sobrecogidos y lloraban al lado de la joven sin decirle una palabra; aquella desdicha sin remedio, aquella explosión de un dolor por tanto tiempo comprimido, revelaban el combate sin tregua de un alma desolada a quien la esperanza había abandonado.

Gustavo estremecido la tomó en sus brazos.

-Margarita, -le dijo,- calmáos en nombre del cielo; os debéis también a mi corazón que despedazáis...

-Perdonadme, Gustavo, es la última llama de una luz que se apaga; la muerte ha herido ya algo en mí: estos son mis estertores; ya el Dios clemente va a tener piedad de mi alma triste.

Para todos los pasajeros aquella joven y bella enferma era interesante; atraía la atención por la gracia de su talle, por su andar de ligero paso, de suave movimiento en que tanto se conoce la distinción de la mujer; el abrigo que la cubría hacía resaltar la belleza notable de sus dulces facciones. Gustábale pasear sobre cubierta y perder su mirada intensa en aquella mar azulada; algo decían a su corazón los cantos marinos, se figuraba, que tal vez bajo su tosco aspecto algunos de aquellos pobres ocultaban como ella un pesar.

Desde que se había separado de su familia se encontraba dueña de sí misma y aunque el sufrimiento era más doloroso se revolvía en su corazón sin violencias; su naturaleza estaba al fin libre del disimulo que tanto repugnaba. Hablaba con Gustavo de su pasado, que aun cuando estaba para ella entre las cosas perdidas, sentía un triste gozo en evocar los recuerdos que lo constituían. ¡Extrañas contradicciones! lo que debiera aumentar parecía alejar su tristeza. Hablaba con naturalidad algunas veces, como si tratara de evitar a Gustavo el espectáculo de sus dolores, como si quisiera compensar los esfuerzos del joven, que eran para ella alientos que vigorizaban su ánimo enfermo. Gustavo se sujetaba al martirio de un amor sin esperanza, por el solo hecho de amar mucho; su sacrificio no hacía feliz a nadie, y sin embargo, sonreía y nunca encontró ella en sus labios la sombra de un reproche, ni el eco de una queja; ante aquel espíritu a quien el vendaval de la desdicha no inclinaba, se sentía valiente y su corazón se bañaba en aquellas ondas de abnegación fervorosa.

Margarita llegó al fin al término del viaje animada por felices impresiones: el cambio la mejoraba, era indudable, y Berta y el Sr. Finkler cambiaban miradas llenas de esperanzas; ¡es tan hermosa la juventud y se puede esperar tanto de su fuerza!

Así llegaron a pisar la tierra española.

El Sr. Solís, impaciente, los esperaba, en Barcelona y de allí partieron en el primer tren a Madrid. Las novedades de un mundo nuevo eran una tregua que encontraban los dolorosos pensamientos de la joven.

El Sr. Solís la acogió con la simpatía que despiertan la belleza y la desgracia.

-Excedéis -dijo cariñoso- a todo lo que de vos se habla y ahora sí me explico cómo es que nadie escapa al encanto de amaros; ¿os sentís mejor?

-¡Oh, sí, mejor! y animada por la esperanza y el deseo de curar mis males, que se alejarán pronto.

XXVIII

Los que habían quedado en Caracas contando los días de la ausencia, no podían dominar sus dolorosas inquietudes, sus largas tristezas, silenciosas como las horas que pasaban.

Doña Ángela no cesaba de preguntar qué grados tendría la temperatura de Madrid. Elina tejía y murmuraba muy quedo, enjugando sus lágrimas.

-¡Pobrecita! ¡como no se vaya a morir allá tan sola!

Reinaldo se engolfaba en los periódicos, que parecían absorberlo, o se salía a la calle; la atmósfera melancólica de su casa impregnaba su espíritu. La linda pequeñuela parecía sorprendida de que nadie pensara en distraerla.

Una noche que el silencio era mayor, se acercó de puntillas a su padre y le dijo a media voz:

-Papá, ¿noz vamo a quedar azí zempe quetezitoz?

-No, hija mía, -dijo él colocándola sobre sus rodillas;- ¿qué quieres tú? ¿pasear? ¿jugar?...

-No, -hizo con la cabecita.

-¿Qué quieres entonces?

-Que me digaz cuándo vene Maíta y por qué Lita ze la llevó; que le digaz que ezté alegue y que cante como Maíta para dormirme; que llamez a Guztavo, que él zi ze ponía contento para jugar conmigo y me tai muchoz dulcez y muñecaz; ¿no laz vizte, papá?

-Sí, alma mía; ¿quieres que te lleve a«La India» a buscar dulces, o al teatro?

Estas escenas eran frecuentes y a de pesar de todo aquel eco argentino no lograba romper el hielo de la tristeza: al fin, después de muchos días, las cartas de España llegaron como brisas bienhechoras a llevarse las nubes de aquel cielo.

Berta escribía de Madrid:

«Elina, hija mía: Inspiración del cielo fue la idea del viaje. Margarita mejora, y aunque los médicos sacuden la cabeza, yo tengo esperanzas: me parece que con su extrema juventud, el cambio de clima y el esfuerzo cariñoso de todos, puede retenerse esa vida, que como una navecilla parecía próxima a perderse entre las brumas de lo insondable. ¿Volverá nuestra Margarita a ser lo que era? ¡Dios lo quiera!

»Ha salido a conocer Madrid; espontáneamente ha querido ir al teatro, y a la Castellana, como si quisiera buscar en los placeres medios de olvidar sus padecimientos.

El Sr. Finkler y Gustavo no se le apartan; ¡qué hombres! ¡cómo la quieren! No se sabe cuál de los dos es el amante, pues los dos lo parecen. Margarita es mi pozo de afectos para ellos; se ve que está feliz cuando los tiene a su lado; los dos la pasean uno de cada mano. Hace pocas tardes la encontré así en el jardín y al verme dijo: «tía, por ellos no hay espinas a mi paso; un corazón es muy poco para compensar tan abnegada ternura,»

»¡Qué mal habíamos juzgado a Gustavo! ¡vive para Margarita! ¡qué alma tan grande!

»Escribo de prisa para tranquilizar vuestras inquietudes. Margarita lo hará después de: estad tranquilos que os amamos.

»Cuida mucho a mi hijo, hazlo feliz y mis bendiciones con mi afecto son para esa dulce trinidad de mi corazón.

Con Ángela te abrazo. Ricardo os bendice como tu madre.-*Berta*.

Bajo estas indecisas esperanzas revivieron los corazones de todos.

Pasó la primavera y las cartas de España eran siempre tranquilizadoras. Elina volvía a la vida pura de su felicidad: las gracias de su hija la hacían olvidar los males ajenos y la risa de sus labios de rosa principiaba a resonar alegre como otras veces.

Reinaldo, acompasado como un reloj, cumplía su tarea de dar siempre color al cielo de su hogar y alcanzaba la dicha prometida al hacer la de los otros: dejábase amar por aquella niña que había atado a su destino; deslizaba su vida por el lago azul de aquellos afectos y estaba ya como anclado en el puerto de la tranquilidad; una mujer amante, bella y fiel, una hijita adorada, era más de lo que podía esperar un desdichado en el camino del infortunio. Reinaldo no era feliz, pero tenía alegrías y esperanzas.

Doña Ángela, pendiente de la dicha de su hija, veía dormir tranquila en el lecho de flores que le habían formado sus deberes de madre.

Reinaldo, cuando las veía inclinadas sobre la pequeña cabeza de su hija, sentía que llegaban hasta su corazón las ondas de aquella ternura; tan dulces realidades borraban muchas veces sus tenaces recuerdos pero ¡ay! otra vez el hilo de la fatalidad iba a atraerlo.

A mediados del mes de Julio y en una de sus más hermosas mañanas, cortaba flores para su hija, cuando un criado le entregó una carta; interrumpió su ocupación para leerla; se quedó muy pálido, y como paralizado; la voz de la niña le sacó de su estupor:

-¿Te hirieron laz ezipinaz, papá? ¡zon malaz!

Él la miró asustado: parecíale que la niña había leído en su corazón y no se fijó en que las rosas cortadas se habían escapado de sus manos y rodaban dispersas por el viento.

-¡Sí, hija mía: muy duramente! -dijo él contestando más bien a su pensamiento.- Vamos a donde está tu madre.

La carta era del Sr. Solís para Reinaldo y le anunciaba que había sido engañado por el socio a quien había llamado su hermano, y que éste había huido llevándose valores inmensos:

«... Es necesario -le decía- que vengas: me siento cansado y estas luchas debilitan mi cerebro y mi organismo. Nada sabe tu madre de mi desastre financiero y trato de ocultarle mis físicos y morales; tú eres hombre y debes arrostrar erguido las tormentas y venir a disputar y a salvar lo que es tuyo: el honor y la fortuna de tu padre; vente pues sin pérdida de tiempo.

»Nada digas a tu madre; esta pobre niña enferma absorbo todos sus días y sus noches y por más que Berta llore sin cesar, sus lágrimas ¡ay! no reanimarán la planta que se muere. Margarita no vivirá mucho tiempo, y a pesar de los esfuerzos de la ciencia y de los cuidados de Berta y sus amigos, este ángel se irá al cielo. Ayer me dijo el médico: «la ciencia es ya impotente: la tisis domina esa tierna naturaleza y no hay medicina que ataje su curso: se diría que esta niña ha padecido penas muy hondas que han destruido prematuramente su organismo.» Berta sabe todo esto y no me explico el por qué del empeño en ocultar el mal de esta niña, que tal vez reviviría al calor de los afectos.

»Sin pérdida de tiempo te espera tu padre.-*Ricardo Solís.*»

Reinaldo explicó a Elina con precauciones la situación mercantil de su padre y díjole:

-Prepara a tu madre para que partamos por el primer vapor que nos conduzca a España.

Tres días después nuestros viajeros, silenciosos y tristes, entraron en un vapor francés.

Sólo la niña palpitante de alegría decía:

-Como ze van a volver locoz cuando me vean Guztavo y Maíta: elloz cantarán y no eztaremoz maz triztez; ¿no mamá?

-Sí ángel mío; ojalá tu voz fuera un presagio feliz.

Reinaldo llegó a Madrid, con la ansiedad del que quiere conocer el mal antes de combatirlo: encontró a su padre sereno, pero sintió las grandes palpitations de su corazón al abrazarlo; su voz trémula al decirle al oído «mucha reserva», acusaba también una gran emoción.

Largo rato estuvo Berta sobre el pecho de su hijo; se diría que quería librarlo de un peligro al arrastrarlo fuera del sitio en que estaban reunidos.

Doña Ángela, y Elina sobre todo, tenían a Margarita sofocada con sus besos; ésta estaba muy pálida.

-Os vuelvo a ver, -dijo muy sorprendida;- pero, ¿cómo habéis venido?

-Yo misma no lo sé; Reinaldo se cansó de Caracas y quiere vivir cerca de sus padres; ¡ingrata! -agregó Elina;- ¿no querías que viniéramos?

-¡Oh, no es eso! ¡pero hubiera deseado que hubieseis encontrado feliz no así!

Berta había perdido su serenidad y a penas, con gran asombro de su hijo, sí podía disimular su descontento.

En realidad, aquella inesperada aparición sacaba a todo el mundo de quicio, pues los viajeros ni aun desde Barcelona se anunciaron y supieron su llegada cuando los tenían entre los brazos. Reinaldo, por seguir las instrucciones de su padre, daba a su viaje el carácter de una sorpresa premeditada.

-¿Por qué habrán venido? -decía Berta;- ¿será pues inevitable la fatalidad?

El Sr. Finkler y Gustavo, después de los cumplidos, conversaban contrariados cerca de una ventana; la expresión de sus rostros nada tenía de tranquilizadora; sus ojos estaban fijos en el pálido rostro de Margarita, que los tranquilizaba con su más dulce sonrisa.

Las manos diáfanas de la enferma acariciaban la cabecita de la niña sentada sobre sus rodillas y ésta estaba como sorprendida; algo sentía que no podía expresar; sus lindos ojos tenían una expresión conmovedora y no los apartaba de las facciones de su amiga. Margarita le preguntó:

-¿No me conoces, alma mía, que me ves con esos ojos tan extraños?

Ella no contestó y se inclinó a su madre ocultando el rostro entre su seno; ésta le preguntó:

-¿Qué tienes, hija mía?

-Láztima de Maíta, -dijo en voz baja;- llévame donde eztá papá; Gustavo no me quiere, no me haze cazo, mamá, todoz tenen medo... tú también... entonzes tengo que llorar y tú dizez que loz niñoz lloronez ze ponen feos... ¿que tene Maíta? ¿eztá enferma?

-Sí, mi hijita, pero se curará ahora con nuestra venida; de no verte estaba triste; ya verás como vuelve a ser bonita.

-Zempe eztá bonita: parece virgen, ¿no, mamá? ¿Y porque Maíta ezta enferma Guztavo eztá bavo conmigo?

-No es bravo, está triste porque él la quiere mucho; vamos cerca de tu amigo y veras cómo te quiere siempre.

Elina salía cuando Reinaldo entraba y no pudo ver la alteración de sus facciones al saludar a Margarita: él tomó su mano que abrasaba y dijo conmovido:

-¿Por qué habéis ocultado a Elina vuestros males? como hermana vuestra, ¿no tenía el deber de estar a vuestro lado?

-Es verdad, -dijo ella sin alzar los ojos,- pero no quería atormentarla; ahora sí, que estoy cierta de curarme.

Reinaldo estaba asombrado; la joven era una sombra que parecía sostenerse por un soplo celeste: su belleza tenía ya el tinte de lo inmaterial; parecía una de esas vírgenes cristianas que han inmortalizado al Ticiano: sus cabellos negros recogidos con ese abandono del sufrimiento sobre una nuca delicada dejaban libre su frente pensadora, haciendo resaltar su tez pálida y satinada como las hojas de una camelia; su nariz fina y trasparente se dilataba con el aliento, que a intervalos y penosamente levantaba su pobre pecho consumido y oculto por los encajes del vestido. Todo la asemejaba a una flor cultivada por la desdicha. ¡Pobre niña! Su espíritu superior luchaba con las tristes realidades de la vida. Sus bellos ojos, agrandados por el sufrimiento, tenían aun la luz de sus bellos días y sus labios de purísimos contornos ensayaban en vano las sonrisas que el pesar le había robado.

Nada es tan peligroso para el amor como el sufrimiento; la dicha puede extinguirse y la imagen de una mujer alegre y feliz se borra fácilmente del corazón del amante; pero la sombra pálida de la amada, triste y doliente, surge eterna en el alma del mismo modo que viven en la memoria del que ha quedado ciego, las luces crepusculares.

La velada fue triste y la misma pequeñuela se quedaba temerosa entre todos, viendo que el eco puro de su alegría se extinguía en aquel silencio.

Conturbados los espíritus, todos reservaban sus impresiones; se diría que recelaban los unos de los otros; tal era el empeño en ocultar su afán.

Reinaldo y su padre para mejor obrar en sus negociaciones, dispusieron trasladar la familia a una preciosa quinta que poseían en las cercanías de Madrid. La quinta de ***, había sido comprada a un conde que la había construido y embellecido a su capricho de rico; tenía vistas magníficas jardines deliciosos, y aires blandos y puros; la casa era como un albergue de seres felices y el conde, su antiguo dueño, lo fue allí mucho tiempo, dejando todo el lujo que había sido testigo de sus dichas. Allí, pues, fue la familia y Margarita pareció reanimarse a la vista de aquella naturaleza que las acogía con tanta gala.

El Sr. Finkler y Gustavo las instalaron y convinieron en ir diariamente a pasear a su querida enferma.

Reinaldo y su padre trabajarían al fin libremente: de mutuo acuerdo querían librar el espíritu de Berta de las inquietudes que a ellos los dominaban. Libres de ojos amantes empleaban todo el tiempo en las operaciones del equilibrio.

Días de luna, noches enteras sin sueño alcanzaron el éxito y la casa pudo salvarse sin que nadie se enterara de sus vacilaciones.

Algunas semanas después el Sr. Solís contaba a su esposa, que emocionada lo escuchaba, la terrible crisis que había atravesado; cómo sin decirlo nada había llamado a su hijo precipitadamente; cómo éste con un vigor y una actividad increíble había detenido el rayo sobre su cabeza.

Berta alzó los ojos al cielo; ¡todo lo comprendía ahora! y sí bendijo a Dios por haberlos salvado de la ruina, sollozó mucho tiempo leyendo en los inexorables decretos de la fatalidad.

Reinaldo anunció a sus padres reunidos en la quinta, que tenía noticias que comunicarles: suplicóle Berta por teléfono que invitase a Gustavo y a su padre para que vinieran con él.

Al día siguiente bajaron los tres de su coche de viaje; toda la familia los aguardaba al pie de la escalinata, menos Margarita a quien un poco de fiebre retenía en la cama.

Gustavo y su padre se miraron tristemente.

-Ella es la que ha querido veros, -díjoles Berta,- esta mañana me dijo: «tía, llamad a mis amigos; me siento mejor cerca de ellos, tanto que no quisiera que se apartasen de aquí.» Para satisfacerla os he hecho arreglar habitaciones cómodas pues no dudo que accederéis a los deseos de todos. Voy a decirle que estáis ya aquí.

-¡Pobre ángel! -murmuró el Sr. Finkler,- ¡y cuando se vaya al cielo!

-¡Pobre mártir! -pensó Gustavo.

Mientras Reinaldo contaba a su padre cómo la policía secreta había detenido al socio fugitivo, asegurándose por los papeles de su cartera que los valores hurtados estaban depositados en un banco de Londres bajo firma anónima, y bendicen al cielo por la vuelta de crédito y fortuna, penetremos con Gustavo y el Sr. Finkler en el saloncito de la joven enferma, quien al verlos reanimó su rostro que adquirió una tierna expresión de alegría y extendió sus dos manos, que abarcaron las heladas de aquéllos.

El médico estaba a su lado y sonrió al tomar el pulso de la joven.

-Con emociones como estas, -dijo,- los enfermos se vigorizan y aman la vida.

Poco después, aparte e interpelado por el señor Finkler, movió tristemente la cabeza, y dijo:

La caída de las hojas influye fatalmente sobre estos males que destrozan esos frágiles pechos, temo mucho que con ellas se vaya esa bella criatura, ¡lástima!

El Sr. Finkler ocultó el rostro como si quisiera escapar a la fatalidad que se le anunciaba.

-¡No lo digáis a mi hijo! -murmuró.

Cuando el otoño entró con toda la poesía sus tristezas, miraba el cielo como si quisiera detener las nubes opalinas que eran ya presagios de aquel duelo de su alma.

Aceptaron padre e hijo el hospedaje en la quinta para no apartarse de aquella a quien una voluntad inflexible iba a llevarse dentro de poco tiempo para siempre.

Así corrían los días y las brumas de la atmósfera no eran tan espesas como las de aquellas almas.

Algunas veces iban a Madrid por un quehacer, pero inmediatamente regresaban y nunca la noche los cogió allá.

Berta iba también otras veces acompañada de su esposo Reinaldo; otras, doña Ángela a compras con la niña; sólo Elina no quería dejar ni un minuto a Margarita; con esta ternura sentía la enferma dulces compensaciones y pensaba:

-¡Pobre Elina! ¡si supiera!

En una de esas tardes melancólicas de Noviembre, los rayos del sol pálidos y sin calor apenas si llegaban hasta la tierra como en sutiles gasas grises; la última golondrina gorjeaba con el ala tendida en el espacio; aún se sentían los últimos perfumes de las flores, que desprendidas de sus tallos rodaban marchitas por los besos del cierzo; las aves entumecidas gemían en el fondo de las selvas. Las nubes plomizas iban cubriendo el horizonte, en esa hora en que la campana de una aldea cercana dejaba oír sus broncas voces al balancearse en el espacio como para atraer al pensamiento humano a un piadoso recogimiento; en esa hora, el espíritu temeroso vagaba en profundas meditaciones y dominado como por fluidos magnéticos dejaba subir a los cielos la purísima oración, que mezclándose a los tañidos del bronce cristiano iba a llevar a la Altura los suspiros de la tierra...

Como evocadas por las vibraciones de la campana, Elina y Margarita aparecieron en la escalinata de mármol. Elina se detuvo indecisa contemplando el cielo invadido por las nubes; sentía en su piel los glaciales vientos de la estación; tomó en las suyas frescas y hermosas las tibias y enflaquecidas manos de su compañera y dijo:

-Margarita, es una imprudencia con este viento helado salir a respirar el aire del jardín.

-No temas, mi querida Elina, la atmósfera de mi alcoba me ahoga; siento la necesidad de respirar aires nuevos; vamos, -añadió con triste sonrisa,- vamos hasta el banco que está cerca del olmo, y apoyándose en su gentil compañera mostraba con su dedo de nácar transparente el banco, que a pocos pasos y en una calle de árboles parecía invitar al descanso,

La joven a quien el esfuerzo de la voluntad y el pequeño trayecto habían fatigado, se dejó caer.

El contraste que ayer aumentaba en ambas la belleza, se marcaba hoy más tristemente. Margarita pálida, doliente, próxima a desaparecer, llevaba como las vírgenes romanas consagradas por Numa, una vestidura de cachemira blanca que flotaba al andar, parecía la dulce Ofelia de Shakespeare, que víctima delicada, de un amor funesto va a dar con su pasión y su desdicha en los hielos de la muerte. Triste como una ilusión desvanecida, tenía la melancólica belleza de una tarde de invierno.

Elina de pie a su lado mostrando en su peregrina cabeza las líneas de un perfil inimitable, en sus hermosos ojos ese color del mar cuando retrata un cielo azul, con sus formas perfectas, marcadas deliciosamente por una bata de lana azul ceñida a la cintura, hermosa y majestuosa podía resistir el examen del más apasionado amante de la estética: era digna del cincel de Fidias.

Margarita atrajo a Elina hasta su seno, apoyó sus labios largo rato sobre su frente y luego como impulsada por algo dijo:

-Escucha, Elina, puedes dejarme sola unos momentos; los aires nuevos, ya lo ves, han fortalecido mis nervios, excitados por el encierro. Vuelve ahora al salón y evocando los recuerdos de nuestros días dichosos, acompáñame en el piano aquella «Estrella Confidente» con que tantas veces hicimos palpar los corazones. A pesar de las nieblas, ¡mírala! -y la joven señalaba en un punto la estrella de la tarde solitaria y errante,- mírala,

Elina, acude a la cita de mi alma, como fiel confidente de sus tristezas: anda pues, que yo desde aquí mirándola uniré mi voz a las notas del piano.

Elina sintió un extraño estremecimiento ante la emoción de Margarita y aquella rara exigencia: y reteniéndola dulcemente dijo:

-Pero, espera que venga Gustavo y la cantarás allá junto al piano y con él, al calor de las luces; sólo esperamos a mi tía y a Gustavo para comer; no deben tardar, ¿quieres esperar?

-Es que quiero aprovechar la mejoría que siento y el deseo de cantar.

-Como quieras entonces; pero me entristece, Margarita, esa tenacidad que muestras hoy contra las prescripciones del médico, y ahora, ¿por qué te empeñas en evocar recuerdos de otras épocas?

-¡Caprichos de enferma! que quiere apartar las fórmulas de la ciencia para probar la medicina del corazón.

Elina vencida por la dulce, pero firme tenacidad de Margarita cedió y su delicada silueta se perdió entre los árboles.

Poco después a espaldas de la joven se dibujó con las últimas luces de la tarde la forma elegante de un hombre, que ella no podía ver por impedirlo el tronco del árbol en que descansara el banco. Era Reinaldo, que alarmado por el estado febril de la enferma y por los informes que le acababa de transmitir su joven esposa, venía temeroso por lo que creía exaltación nerviosa.

¡Quien le hubiera dicho que ese momento iba a cambiar los días de su vida y a precipitar los últimos de aquella joven enferma, que parecía en el jardín una blanca aparición!

Las notas del piano resonaron en el espacio: como atraídas por las brisas y retenidas por el silencio llegaban claras a los oídos de Margarita, que había medido bien la distancia. Las armonías arrancadas por Elina gemían ya esperando la tierna confidente.

La voz de Margarita se alzó grandiosa, parecía imposible que de aquel frágil pecho salieran corrientes de armonía; la enamorada queja:

«Astre d'amour. O toi qui vogues dans les cieux tranquiles.»

tenía en los labios de la joven lamentos infinitos, en aquellas melodías había como sollozos contenidos... ¿qué tenía Margarita? ¿era acaso -pensaba Reinaldo- como el cisne que presintiendo su fin cercano lanza a las ondas de la laguna los ecos de su agonía?...

Ella tosió y después de reponerse dijo con voz llena de lágrimas:

-¡Hubiera querido dejar mi último aliento en este último adiós!

Con uno de sus pequeños pies removía las hojas secas para verlas huir al impulso de los vientos.

-Como estas hojas, -dijo,- que nos anuncian que todo muere, voy también lanzada por los vientos del infortunio a merced del destino que me conduce a la tumba.

Reinaldo, al oír aquellas frases empujadas por un frío desaliento del alma, sintió que algo glacial penetraba en sus venas y que en su pecho se levantaba esa inquietud del presentimiento que anuncia la fatalidad.

El elegante busto de Elina se dibujó en la ventana y su voz cristalina llamó a Margarita.

-¡Pobre Elina! -murmuró tristemente,- ignora que me muero de dolor y quiera Dios que sea eternamente un secreto para su corazón el sacrificio que en aras de su felicidad ha hecho el alma mía. Yo que había soñado tantas veces con mi corona de azahares y mi velo nupcial, veo hoy esos símbolos del amor y la pureza convertidos en tristes testimonios de mis fríos desposorios.

Su voz tenía, el quejido de la tórtola. Reinaldo tenía la cabeza metida entre las manos y escuchaba sobrecogido de terror y sentía, que así como esas antorchas que sacude el viento, algo oscilaba en su alma.

-¡Qué tristes son las sombras de la tarde! -prosiguió Margarita- ¡y qué largas las del sufrimiento! ¡qué largas para el corazón a quien la esperanza no reanima sus muertas ilusiones! ¡Dios mío, tened piedad de mí! ¡dadme ánimo para contar la última hora de mi vida! ¡ay! ¡yo he sido destinada desde la cuna a los grandes sacrificios del corazón como a sus grandes infortunios!

El sentimiento nunca extinguido, al choque de aquellas penas hondísimas, tan noblemente concentradas y que la fatalidad le revelara, surgía inmenso en el alma de Reinaldo, sublime como la mujer que lo inspirara. Ciego por la desesperación, sin medir ni meditar lo que hacía, se acercó a Margarita, dobló las rodillas como pudiera hacerlo ante un altar, tomó entre las suyas una mano de su amada, que con tanta resignación se moría y dijo con acento triste:

-¡Niña cruel! ¡no teníais el derecho de atarme al carro de vuestro sacrificio! ¡Margarita, mi Margarita que recobro cuando voy a perderla! Oídme: ¡os amo como nunca y puedo decíroslo a la faz del cielo sin ser infiel a la compañera que me habéis dado!

El desgraciado se estremecía ante su mal sin remedio; las manos de la joven se helaron entre las suyas y su cabeza rodó desvanecida. Reinaldo la sostuvo, estaba hundido, le parecía que aquella emoción demasiado fuerte podía romper el hilo, delgado ya, de esa vida tan preciosa; ella abrió al fin sus grandes ojos, tenía miedo al ver su labor destruida por el soplo fatídico de lo inesperado: se repuso, trató de reunir sus escasas fuerzas y murmuró:

-¡Dios lo ha querido! -Reaccionada por la fiebre, apoyó resueltamente sus pálidas manos sobre su pobre pecho consumido y agregó:

-A pesar de mis dolores y los vuestros, no me arrepiento de haber labrado la dicha de los otros; esa ha sido la compensación de mis infortunios. Ahora, que ya mis ligaduras terrenales van a romperse, ¡y que Dios perdone el alma que se va! quiero deciros que por

esta sola hora de dicha me parece que he vivido feliz; si mi esperanza tiene ya las alas rotas y no puede cambiar la realidad ¿qué importa que leáis en el alma, atormentada? Me amáis: ¡lo sé! -dijo con el encanto de su lealtad;- ¡yo también os he amado mucho! ¡ay de mí! ¡aun cuando no he tenido el derecho de amaros! La voluntad, si me ha impulsado para obrar, no ha podido transformar el corazón; ¡puede ella dominarlo, pero no vencerlo! ¡Oh Dios! ¡cómo trastorna esté momento tantos planes! yo no sé qué pensar, si es fatalidad o el ángel de la piedad que empuja nuestros destinos.

Reinaldo reunía todas sus fuerzas para soportar la del dolor que hería en la mitad del pecho: ocultó el rostro y dijo con voz sorda:

-¡Qué ciego e insensato he sido! ¡qué amargo destino! ¡la he dejado morir como ha vivido, entre ondas de lágrimas! ¡morir! ¡Dios mío! ¡esto es horrible!

-Para mí -dijo ella tristemente- el asilo del descanso es lo mismo que para el náufrago, que después de su largo batallar con las olas ve surgir la tierra apetecida.

Reinaldo sintió fatigosa su respiración: parecióle, que su estado febril aumentaba; sus manos abrasaban.

-El aire puede haceros daño, Margarita.

Ella no contestó, y después, como si quisiera decir todo lo que había callado por tanto tiempo y desocupar el alma antes de su ascensión, dijo con delirante expresión:

-Reinaldo, ¡qué largo padecer desde que las antorchas de vuestra felicidad prendieron las galas de la mía! Desechar vuestro amor me ha hecho mucho daño. ¿Os acordáis de aquella tarde en que bajo las ondas del crepúsculo pintabais la vida de vuestros sueños de amor? ¿todo lo que guardaba vuestra alma para la mujer que la llenara? ¿os acordáis? al oírlos sentí un estremecimiento extraño; algo como cuerdas templadas al unísono vibraron en mi pecho; sólo la fuerza que me sujetaba al deber pudo reprimir el deseo de tomar vuestras manos y deciros: «vamos lejos del mundo de la desgracia, alumbrados por las estrellas hagamos el camino hasta encontrar la realización de los sueños del corazón.» ¡Ay! no fue el pudor que selló mis labios, no fue, como creáis, otro amor que me llenaba el alma: era la sombra de Elina doliente, ¡ella os amaba! ¡eran las ilusiones y las esperanzas de mi tía que cruzaron desvanecidas ante los resplandores de mi dicha! ¡y mi alma, como la flor que se pliega a los besos del sol abrasador, se dobló al calor del sacrificio! ¡ay! ¡apenas percibí el aroma de las rosas de amor cuando ya sus espinas habían ensangrentado mis plantas! ¡cuántas tempestades en mi corazón!

Margarita se detuvo;. el hablar la fatigaba; tosía mucho. Reinaldo se alarmó y quiso llamar; ella lo detuvo y con un gesto adorable de tristeza cruzó sus brazos como el ave herida que deja caer sus alas fatigadas. Reinaldo no se atrevía a nada, temía aumentar su emoción, verla desaparecer; tenía el alma rota y no encontraba como atar sus hilos dispersos, quería morir allí a los pies de aquella mártir que había desconocido.

¡Y cuántas no pasan y mueren así, sin que el mundo vea la palma que llevan en las pálidas manos! ¡sin que nadie descubra las huellas ensangrentadas que dejan sus pequeños pies en el camino andado!

Margarita se repuso y dijo con voz en que se notaba ya el cansancio:

-Como voy a guardar dentro de poco tiempo un eterno silencio, dejadme deciros, ahora que sabéis de qué mal voy a morir todo lo que tengo dentro del alma. Conservad, vos a quien tanto he amado, una memoria larga y triste de mi vida: sólo en el seno de la muerte hago esta confesión suprema; ¡ay! yo debiera morir sin que mis gritos de dolor os hubieran hecho conocer el estado de mi corazón, pero la fatalidad lo ha dispuesto de otro modo; perdonadme si de hoy más mi pálida sombra va a turbar la claridad de vuestra dicha.

-¡Perdonaros! -dijo él lleno de una profunda compasión,- cuando vuestro dolor me arranca del alma la confesión que ni aun a mí mismo había querido hacerme! Las esperanzas todas de mi vida, os lo dije una noche, Margarita, llenaban mi alma al encontraros, y la noche de mis bodas, desahuciado, empujado por vos, pronunciaron mis labios el decreto de muerte de esas esperanzas! Habéis vivido siempre en mi alma, y si he hecho la felicidad de Elina, ha sido como sugestionado por vuestro espíritu que vivía en mí. La bondad de Elina y su completa ignorancia de las pasiones, han hecho todo; mis abstracciones del mundo real, mis eternas melancolías han sido para ella efectos de otras causas, pero nunca vio vagar vuestra imagen en mi corazón, imagen cuyo culto ella misma sostenía en mi alma con vuestros recuerdos, que tienen en su pecho altar, ¡porque os adora! ¡Oh! no temáis, mi pobre Margarita, la felicidad de Elina no se destruye porque yo haya sorprendido vuestro secreto: ¡nada cambiará en su alma ni en su vida! ¡pero vos, desdichada! tendréis el consuelo de no vivir sola en ese mundo de dolores, nuestras almas marcharán unidas hasta encontrarse en el seno del Eterno. Yo os juro concluir vuestra obra: Elina vivirá feliz; ni una sola sombra descubrirá en mi frente la del pesar que me va acercando a vos; no caminaré ya entre sombras; vuestro amor purifica mis fatales errores: por gratitud habéis ofrecido vuestra felicidad, vuestra vida; seguiré vuestro ejemplo, alma mía, ¡hoy más feliz que ayer, pues sé que soy amado! ¡Cuánto hemos padecido! -dijo acercando a su pecho las manos frías de la joven.

Ella, al sentir tan cerca las palpitations desordenadas de aquel gran corazón, murmuró débilmente en un gemido:

¡Oh, Dios piadoso, morir así!

Reinaldo, enloquecido, arrastrado por aquella situación tan extraña y viendo aquel dulce y pálido semblante, que lleno de lágrimas se volvía hacia el cielo, cayó de rodillas a los pies de la joven y gritó:

¡Margarita! ¡Margarita! ¡tomad mi alma, pero vivid!

-Reinaldo, -dijo Elina- no le consientas a Margarita estar más tiempo en el jardín.

La voz de Elina hizo volver a la pobre desahuciada a sus muros de dolor, a sus desgarradoras realidades: sintió el peso de los eslabones del deber, y agotadas las fuerzas ficticias que la habían sostenido, desplomóse sobre el banco.

-Margarita, ven, -repitió Elina,- ya siento rodar el coche de Gustavo.

Margarita oyó este nombre y se incorporó débilmente, atrajo con una mano a Reinaldo y dijo apenas:

-¡Lo había olvidado! ¡alma noble!... ¡amigo fiel!... ¡conocía mi amor y ahogando el suyo!... ¡me ayudaba a padecer!... ¡os lego un hermano!...

No pudo más: otro síncope la invadió.

¡Elina! ¡Elina! ¡ven pronto! ¡Margarita se muere! -gritó Reinaldo.

Pero antes que todo llegó Gustavo corriendo; al bajar había oído los gritos de Reinaldo; levantó en sus brazos a Margarita, a quien Reinaldo no se atrevía a tocar: el joven sollozó: la enferma no pesaba una pluma.

Llevóla hasta su alcoba como si fuera un niño, la dejó sobre el lecho al cuidado de las mujeres y llamó por teléfono a su padre.

-Ven, padre mío, volando trae médico... Margarita...

Horas después llegó el médico con el Sr. Finkler; la joven se había incorporado en el lecho abarcándolo todo con sus tristes ojos.

-¿Habré soñado? -pensó,- nada preguntaba.

El médico la pulsó y examinando la expresión de su rostro movió tristemente la cabeza:

-¿Me encontráis muy mala? -dijo ella.

-No es eso; pero habéis cometido alguna imprudencia y eso nos trastorna un poco.

-Estuvo en el jardín toda la tarde, de allí vino desmayada, -dijo Elina.

El médico recetó un calmante. ¡Santo recurso de la humana ciencia ante lo irremediable, el mal que no se puede curar se alivia! luego llamó a Gustavo y le dijo:

-Aquí se me oculta algo; el aire del jardín no es bastante para producir una crisis como ésta: ha debido sufrir una emoción muy fuerte, y esto es lo que ha venido a precipitarnos: vivirá horas.

Gustavo se sentó para ocultar el dolor que le embargaba.

-Sed hombre, -dijo el doctor,- no os aflijáis así: llamad inmediatamente a un sacerdote, puede sorprenderla otra asfixia y no salir de ella. ¡Lástima de niña! ¡bella como una flor se muere así también! consolaos, amigo mío, vuestra prometida la reclama el cielo.

Gustavo no quiso decir nada a su padre y llamó a Berta para obrar antes que llegara la hora triste: ésta alzó los ojos al cielo, bien veía llegar el mal; las facciones de aquel dulce rostro se iban quedando como si fuesen de marfil.

Margarita, al ver a Gustavo hizo un movimiento y con su mano diáfana le llamó.

-Sentaos, quiero hablaros, -Gustavo obedeció.

-Soy yo, amigo, la que debo preparar vuestro corazón para mi eterna ausencia; me habéis amado y yo en cambio todo el amor que quedaba a mi pobre corazón herido os lo he dado también; habéis compartido mi triste vida, y me llevo de vos, mi noble hermano, el mejor y más puro de los recuerdos, de aquellos que no perecen porque se van con el espíritu viajero. Sé que voy a morir y antes de llamar a un sacerdote para abrir mi conciencia, quiero, -dijo inclinándose para coger sus manos,- que me perdonéis los sufrimientos que os he causado. Sí, Gustavo, cerca de la tumba es donde vemos con claridad el camino que hemos andado, cerca ya de ese misterio, que vamos a descifrar distinguimos las huellas que dejamos atrás; yo he tenido el vértigo del sacrificio y ciega, empujada por la desdicha ¡poder absoluto que ha combatido mi vida! ¡até la vuestra a mi carro de dolores! perdonadme, y no conservéis de la pobre Margarita otro recuerdo que el que quiere dejaros. ¡Voy a rogar por vos, tanto, tanto, allá arriba, que Dios os dará la felicidad que merecéis; no lloréis tanto, no aflijáis el alma que se va! habladme, amigo mío; ¿me perdonáis?

-¡Todo! -dijo el joven ahogado, besando con tristeza sus manos enflaquecidas.

-¡Sellad vuestro perdón con un beso de paz sobre mi frente! Oíd ahora; -y le contó, interrumpida por la tos, por el cansancio otras veces, cómo Reinaldo había sorprendido su secreto y los detalles de la dolorosa escena del jardín.

-¡Todo lo comprendo ahora! -dijo Gustavo doblegado de lo Alto;- el médico preguntó si habíais sufrido alguna agitación y...

¡Sí! ¡sí! -dijo ella,- todo eso me precipita; pero bien sabéis que la muerte es una amiga que llega a consolarme. ¿Dónde está Reinaldo? os dejo la tarea de consolarlo; sed humano: yo os miraré desde *Allá*: creed, Gustavo, los que sufren pacientemente su martirio, obtienen en el cielo las gracias del Señor. Antes de traer el sacerdote llamad a mi tía Berta y acercaos a Reinaldo.

Gustavo salió como ebrio.

XXX

Margarita continuaba tranquila con sus grandes ojos abiertos fijos en el cielo: así la encontró Berta cuando entró de puntillas; ella no la sintió sino cuando se inclinó para verla.

-¡Ay, tía! -dijo con voz que marcaba los gemidos;- ¡cuántos dolores voy a dejaros!

-¡Reinaldo sabe todo! ¡curadlo!

Berta se alzó estremecida; todo lo olvidó y gritó:

-¡Dios mío! ¡tened piedad de mí! ¿dónde, dónde está mi hijo?

-Aquí estoy, madre mía, -dijo Reinaldo que acababa de entrar con Gustavo.

Berta corrió a sus brazos y estalló en sollozos, apartándolo como si quisiera librarlo de un peligro.

-Madre, ¿qué tienes? ¿por qué esa inquietud, ese llanto? ¿cómo sigue Margarita?

-Mejor, -dijo ésta débilmente,- y quisiera dormir.

-¿Queréis que vele yo? -dijo Gustavo.

-No, dormid todos y dejad a Elina en mi cabecera; ¿se durmió la niña?

-Sí, en mis brazos; porque le hablo de vos no quiere separarse de mí.

-¡Pobrecita! -dijo Margarita a media voz;- ¿qué hará mañana?

Elina entró sin hacer ruido y como tratando de ocultar el rostro.

-¡Has llorado, -dijo la virgen atrayéndola y tomando entre sus manos, que ardían, aquel hermoso semblante lleno de salud,- tienes los ojos encendidos! Es natural; esta vez la separación es eterna: pero yo quiero dejarte consolada.

-¡Nunca! ¡nunca me consolaré de perderte! ¡Dios mío! ¡Margarita, no hables así!... -dijo Elina sollozando...

-¿Por qué llorabas al entrar? ¿está allí el sacerdote?

-¡Sí! -dijo Elina con la cabeza, y de nuevo se echó a llorar.

-No llores, el cura no me aflige; el médico del cuerpo se ha retirado, ya nada tiene que hacer aquí; este que viene a visitarme ahora sí está seguro de salvar lo que le corresponde a él; ¡ay, Elina! ¡cuántos y dulces consuelos nos ofrece nuestra religión al separarnos de la tierra, donde dejamos todo lo que amamos! Déjalo entrar: viene a fortificar mi alma; pero antes, Elina mía, ven acá; ¡quiero que me perdones!...

-¡Qué!... ¡Margarita de mi alma! ¡si nunca me has dado un pesar! el único, ¡Dios mío! ¡es este que sufro ahora!

-Pero siempre... cualquier cosa... y aunque nada sea, dime que me perdonas.

-¡Entonces con el alma te perdono! ¡ay! si sólo me has querido y mimado siempre.

La enferma retuvo largo rato sus labios sobre la frente de Elina, que lloraba sin consuelo.

-Que entre el ministro del Señor, -dijo luego,- hay que andar presto.

El cura se acercó, y ella, incorporada en el lecho, abrió su alma.

Los ángeles más blancos del Señor sostenían el libro de aquella vida que el cura ojeaba, marcando en ella las páginas de su martirio; aunque familiarizado por su largo ministerio con actos de aquella naturaleza, estaba conmovido; aquella era tal vez la primera penitente que llegaba a él con exceso de purificación. Ella inclinó la cabeza para la

absolución y en su mirada límpida, en su frente casta y bella se veía ya el ángel que había cruzado el mundo con sus alas blancas.

El cura salió conmovido: al verlo interrumpióse el ruido de los sollozos, todos alzaron los ojos interrogándole.

-Está tranquila: tened todo listo, volveré al amanecer y salió dejando esa estela de amor y de bondad que dejan en las ondas humanas los verdaderos agentes de Jesucristo.

Sus tías y Elina velaban a su lado. Gustavo era el centinela incansable en aquella estancia de dolor: así lo encontró la aurora del último día de su amada.

Al amanecer Margarita pidió que adornasen con flores su cuarto y suplicó a Elina que la vistiese un peinador de muselina blanca.

-Quiero estar en mi última comunión como en mi primera, ¿te acuerdas Elina? igualitas y asustadas fuimos a la mesa santa, ¡cómo nos animaba con sus sonrisas el padre Olegario! ¡Cuánto hubiera dado porque su mano acercara ahora a mis labios la última hostia!... ¡Si algún día lo ves... dile que en mis últimas horas..., no le olvidé!

-¿Quieres que trencé tus cabellos? -dijo Elina llorando.

-No, después, -dijo ella sin mirarla,- cuando ya no me moleste el peine... o si quieres cortarlos... no te aflijas, esto había de suceder... prolongar mi vida sería alargar mi martirio... sufro mucho, estas sofocaciones me dejan sin fuerzas.

Elina concluyó de vestirla llorando a cada paso viendo la destrucción de aquel cuerpo en otro tiempo lleno de gracias; se acercó después a Berta que estaba como petrificada en un sofá y le dijo:

-¡Ay tía! ¡qué dolor! ¡está desconocida la pobrecita!

La mañana se anunció triste, como las almas que sufrían; el sol no lograba romper la atmósfera gris y espesa, las nubes casi tocaban las copas de los árboles. La naturaleza parece que algunas veces también se conmueve con los duelos humanos.

El cura entró con el copón sagrado, sin aparatos con la sencillez de la verdad, con la serenidad de la fe, la sonrisa de la esperanza y la unción del amor único.

Los últimos sacramentos fueron administrados a la enferma que estaba más blanca que los encajes sobre que descansaba su cabeza; el mal que consume su vida no ha podido destruir la dulzura de su rostro, sus cabellos negros y sus grandes ojos interrumpen las líneas delicadas que la hacen parecer una estatua de nieve; la combustión de su pecho pide sin cesar el aire que dilata su fina nariz, afilada y azulada ya; tenía unidas sobre el pecho sus manos que sostenían un pequeño crucifijo de marfil.

Todos estaba de rodillas cerca del lecho con los semblantes contraídos por el pesar; la voz del cura resonaba melancólica con las preces y las exhortaciones; después de la Extrema-unción, que recibió con la angélica dulzura del resignado, murmuró con voz que se le notaba un pequeño temblor:

-Rogad por mi, que voy a hacerlo por vosotros.

Quedó largo rato como dormitada y uno a uno desfilaron de puntillas, quedando sola Berta.

Los gritos de la niña la despertaron, pugnaba por entrar y Gustavo la detenía.

-Dejadla entrar un momento y se la llevan después; ¿se impresionará, tía?

Berta se levantó y llamó a Gustavo, que entró con la niña en brazos, la colocó sobre sus rodillas, al ocupar la silla que cerca del lecho le designaba Margarita, diciéndole:

-Allí está Maíta, turbulenta; ¿no ves que está enferma?

La enferma tomó una de sus lindas manitas, la besó y dijo enternecida:

-¿Me quieres mucho?

-¡Mucho! -dijo ella deslizándose de las rodillas de Gustavo y doblando su cuerpecito sobre el lecho empezó a contarle como otras veces sus incomodidades; ella la veía triste.

-¡Inocente! -dijo.

-Levántate, Maíta, quero que te pongaz bena, nadie me haze cazo, mamá llora zempe, papá...

-¡Maluca! -la interrumpió Gustavo, yo no te tengo todo el día a cuestras.

-¡Qué gazia! que me pongo a llorar y te voy a buzcar al jardín; ¿no te encontré ezta mañana abazado en el banco con tu papá?

Margarita estrechó la mano de Gustavo contra su corazón.

-¡Qué dolor! -dijo.

Este ocultó el rostro, y la niña, creyendo que lo había disgustado, se abrazó a él.

-¿Te vaz a quedar bavo conmigo?

-No, hijita -dijo Margarita, y agregó:- ¿quieres mucho a Gustavo?

-¡Mucho! ¡mucho! -dijo, y tratando de verle la cara preguntóle:- ¿te guzta?

-Oye, -dijo Margarita atrayéndola,- de hoy en adelante vas a quererlo más... serás tú su Margarita;... cuando la otra se vaya... lo consolarás...

-¡Por Dios, Margarita!

-¿Qué edad tenéis, Gustavo? -agregó como acariciando una esperanza.

-¡Veintitrés años de haber nacido y un siglo de sufrimiento!

Ella lo envolvió en una mirada de ternura y dijo:

-¡Qué triste es la vida!... protegedla, Gustavo... si algún día... -No pudo concluir; su fisonomía se descompuso; -llevadla fuera... que no vea... bendicidla... ¡ay! tía, poco resta...

-¡Llevadla y volved! no llaméis, -dijo la pobre madre que quería evitar a su hijo el espectáculo de aquella muerte.

Reinaldo entró alarmado porque vio salir de prisa a Gustavo; Berta, que sostenía a Margarita, lo oyó y se estremeció; él cayó de rodillas junto al lecho, no podía apartar los ojos de aquel rostro que tenía ya los tintes del cadáver: pasada la sofocación abrió los ojos inmensos, y sobre su faz pálida parecían de terciopelo.

-¡Aun en la tierra! -dijo muy bajo.

Vio a Reinaldo de rodillas y le tendió su mano ya desfallecida.

-¡Adiós! -le dijo;- no destruyáis mi obra... la felicidad de Elina... después... que ya esté helada... recoged de mi pecho... este crucifijo... que tanto... he besado... y a quien he pedido... fuerzas para... dejaros... Amad a Gustavo... en memoria mía... consolaos... sin olvidarme... voy a esperaros... allá en el país... de las recompensas.

Reinaldo estaba tan pálido como la enferma; el sollozo de su alma no llegaba a sus labios; el grito de la desesperación le rompía el pecho.

Berta lo levantó enlazándolo en sus brazos.

-¡Oh, madre mía! ¡ese gran corazón se ha extinguido entre las sombras de nuestros errores! ¡pobre! ¡y muere bendiciéndonos!

Margarita quedó unos momentos aletargada; habló después a Elina en voz baja y apenas perceptible después. Nunca dijo Elina lo que en aquella hora suprema le dijera su prima; llamó ésta por señas al Sr. Finkler, su viejo amigo, que casi no podía andar.

-¿Porqué voy... a morir... no queréis... abrazarme?... ¡será el último! -Su voz se apagaba.

Doña Ángela se acercó, tomó entre sus manos trémulas aquella cabeza que en su seno se había erguido y dijo con voz entrecortada:

-¡Duerme en paz, hija de mi alma, y que tu pobre madre te reciba en el cielo!

-¡Así sea! -dijo ella;- ¡le diré... que he... sido... para vos... una buena... hija... obediente y... sumisa... a...dios!...

Todos cayeron de rodillas y el sacerdote elevó su voz conmovida para dar el aroma de la oración al espíritu, que después de una triste peregrinación volvía a su patria celestial.

Por un esfuerzo sobrehumano se incorporó en las almohadas, sus ojos se abrieron inmensamente, para todos tuvo una mirada, detúvola en Reinaldo que la contemplaba esperando aquella última expresión, entonces ella, como deteniéndose en el dintel de la eternidad, extendió su dedo diáfano hacia el cielo, cuya dirección tomaron sus ojos, y dijo: «¡Hasta la vista!», después... su cabeza rodó como un lirio cortado, un

estremecimiento agitó su cuerpo, luego... ¡nada!... ¡nada!... ni su voz... ni su aliento... ¡estaba muerta!...

Elina, como cuando era niña, se arrojó en los brazos de su madre para consolarse y guarecerse de su primer dolor.

La escena que siguió a la última hora de Margarita, es indescriptible.

XXXI

Reinaldo obtuvo de la autoridad civil la licencia necesaria para dar sepultura en la quinta al cadáver de Margarita, y con permiso de la autoridad eclesiástica convino con su padre en formar allí el panteón de la familia. Él mismo eligió el sitio, escogiendo el más bello como si se tratara de levantar un templo; ocupóse activamente de los preparativos en todo lo relativo a la triste ceremonia. Luego se encerró en su cuarto: quería estar solo para desahogar su corazón del peso que lo oprimía; allí no había testigos de su debilidad; allí en aquellas horas de amargo desaliento descorrió el velo lúgubre de su pecho para mirar el abismo de su dolor y medir la nada de la criatura humana.

El reloj dio las doce de la noche y el sonido metálico de la campana lo volvió al mundo de otras realidades: en el silencio oyó el llanto de los seres a quienes debía consolar; siguió el impulso y se dirigió al sitio donde se oían los gemidos.

La alcoba de la enferma se había convertido en capilla mortuoria: la blanca luz de los cirios daba de lleno en el marmóreo semblante de la joven, que había recobrado su belleza con la majestad de la muerte; sus párpados caían naturalmente, diríase que dormía; sus labios tenían ya tintes violáceos, pero no habían perdido sus líneas adorables, no estaban ya comprimidos por el sufrimiento; en su seno de virgen descansaba el crucifijo de marfil, ¡sostenido por sus manos tan bellas! las uñas, tan cuidadas siempre, habían sustituido su color de rosa por el azulado que marca la descomposición cadavérica.

A pesar de los reflejos pálidos de la muerte, tenía el mismo encanto que en vida hacía superior su belleza. Reinaldo, inmóvil en la puerta contemplaba el cadáver mudo de desesperación. Los recuerdos se amontonaban en su mente como las nubes en una atmósfera tempestuosa: recordaba el baile del Sr. Finkler en que había visto a Margarita vestida, color de rosa, alegre, feliz prometida para el amor y los castos anhelos, su voz de ruiseñor, el pudor que encendió sus mejillas a las primeras frases de su amor, la casi confesión del secreto que la llevaba a la tumba ¡ay! que iba a encerrar también para siempre aquellas dulces facciones descoloridas e inmóviles.

Ante la paz de aquel reposo eterno recobró su valor.

-¡Pobre! ¡y querida mártir! -pensó;- ¡no supe adivinarte, pero sabré imitarte! ¡Duerme en paz, que yo sabré encontrar la escala de tu ascensión al cielo!

Gustavo estaba a los pies de la muerta, sitio que no había querido dejar.

-A sus pies he vivido, -dijo tristemente,- no me quitéis el consuelo de besarlos mientras no me los oculte la tierra.

El Sr. Finkler estaba hundido en un sillón; de vez en cuando se acercaba, dejaba muchas lágrimas sobre los negros cabellos de la joven y decía:

-¡Oh, mi ruiseñor querido! ¡te quedaste mudo para siempre! ¡a quién amaré ahora tu viejo amigo!

Doña Ángela rezaba y lloraba: su tristeza era profunda; en su dolor, muy sincero, había también cierto temor: las miradas de su hermana, frías para ella, la cortaban, y más de una vez también el aire del Sr. Finkler le había chocado, pero en fin, como el dolor tiene fases distintas, no daba gran importancia a estos pequeños pormenores que la dolorosa realidad le hacía olvidar.

En el semblante de Berta la pena hacia estragos: estaba consumida, había momentos en que sus labios se contraían como por una convulsión de dolor insufrible y sollozaba desesperadamente: diríase que el martilleo de un pavoroso pensamiento taladraba el alma.

Elina estaba inconsolable; arrodillada cerca de Margarita, tenía entre sus manos temblorosas los cabellos de la virgen, tomó las tijeras para cortarlos, pero tenía miedo, le parecía una profanación. ¡No puedo!... -dijo sollozando.

Reinaldo se acercó: Berta lanzó un gemido.

-Permíteme, Elina, -dijo él inclinándose,- yo haré lo que tú quieres.

Tomó los sedosos cabellos que por primera vez tocaban sus manos, y como si el hierro desgarrase su alma, cortó, estremeciéndose. Elina los recogió silenciosamente.

Reinaldo así de rodillas contemplaba de cerca la serena majestad del semblante adorado. ¡Ella no padecía ya! Como el junco que se dobla al impulso del viento, se había rendido su alma al soplo intenso de un dolor incurable; ¡pobre barca, que no había tenido fuerzas para resistir las olas impetuosas del dolor y se había hecho pedazos en las duras rocas del infortunio!

Dignos de ella eran los duelos que dejaba Margarita.

A la tarde siguiente, antes de conducirla a la última morada, otra escena conmovedora vino a dar tintes de infinita tristeza a la elegía de tanto corazón.

La niña; escapada de su retiro por un descuido, entró corriendo; quedó como sorprendida ante el lloro que oía; vio a Margarita tendida ya en su urna blanca y se acercó sin que nadie se atreviese a detenerla; volvió su linda cara hacia Elina, preguntando con los ojos muy abiertos:

-¿Por qué eztá allí acoztada, mamá? ¿eztá dormida?... ¡llámala, yo no quero que derma, llámala! -y viendo que todos lloraban rompió a llorar también, gritando y empinándose para ver a su amiga.

-¡Maíta!... ¡Maíta!... ¡levántate!... ¡ven, llámala tú, mamá!...

-¡Hija de mi alma! -dijo Elina tomándola en sus brazos.- ¡Maíta está en el cielo!

-¡No, no! ¡allí ezta mamá! ¡Guztavo, cogeme tú, llámala, a ti te oye!...

Gustavo se ahogaba, se acercó y se la llevó fuera besandola como un loco.

Dos horas después el cuerpo de la pobre mártir era llevado en hombros; la naturaleza también tenía lágrimas para la tumba que se abría: una fina lluvia hacía más espeso el aire de aquella tarde fría, como las almas y como el cadáver que llevaban; la campana de la vecina ermita resonaba tristemente y bajo el eco de sus vibraciones desfilaba el fúnebre cortejo. ¡Cuán sola iba a la tumba! Quién hubiera pensado que aquella Margarita de los salones, bella, festejada, y feliz, con sus arpegios de calandria y con los perfumes de una juventud en flor, viniera a caer marchita en plena primavera ¡ay! ¡y a dormir solitaria bajo unos árboles! ¡Sólo las aves fatigadas vendrían a detenerse sobre la cruz de su sepulcro! ¡sólo las hojas secas vendrían a pegarse sobre la tierra que cubre sus despojos!

Después... todos se retiraron. El señor Solís se llevó al Sr. Finkler y detrás de ellos siguieron el cura y los sencillos trabajadores de la quinta.

Reinaldo y Gustavo quedaron solos cerca del sepulcro que encerraba las esperanzas del uno y el remordimiento del otro y el amor de entrambos; allí terminaban sus rivalidades secretamente guardadas; una misma imagen flotaba ante sus almas enlazadas por el mismo recuerdo, atormentadas por idéntica pena; allí iban a cumplir el voto hecho al corazón que se había roto en la muralla de lo imposible.

Gustavo se acercó a Reinaldo y con acento enronquecido por el pesar le dijo:

-He prometido ser vuestro hermano y aquí, junto a esa tumba que se cierra y tal vez bajo la mirada del ángel que lloramos, quiero abrir el corazón a esta nueva afección, ¿queréis ser fiel a esa promesa? ¿queréis llorar en el mismo seno que ha recogido por mucho tiempo las lágrimas silenciosas de la pobre desaparecida?

Reinaldo abrió sus brazos y por largo rato palpitaron juntos aquellos grandes corazones.

-Por ella he conocido la nobleza de vuestra alma; habéis tenido la mejor parte de su vida; fuisteis la roca hospitalaria que dio abrigo a esa pobre tórtola herida por la tempestad; aunque amarga, esta felicidad os deja conmovedores recuerdos; pero; ¡yo desdichado! que no conocí el perfume de la flor; que ciego no vi la luz de la estrella que debía iluminar mi senda; que sordo no percibí el sonido del ritmo delicado que se perdía en el valle del amor; ¡yo, que he podido beber en mis labios la esencia de su vida, allí extinguida, me quedo al borde de esa tumba como el marino, que la orilla del mar ve hundirse su bajel en las ondas amargas por no haber visto el cielo antes de hinchar sus velas! Venid, hermano mío, seréis el legado santo de ese gran corazón, cuyas palpitations, aun así helado, sentimos estos consuelos que nuestras almas reciben.

-Hablaemos de ella,-dijo Gustavo.

-Y me contaréis uno por uno sus padecimientos, y me diréis si alguna vez no quiso rescatarse de la esclavitud del...

-¡Nunca! -interrumpió Gustavo,- arrastraba las cadenas del pesar sin ruido para no interrumpir la dicha ajena.

-¡Dónde encontraré la fortaleza de ese espíritu de mártir!

-¡En los mismos altares donde oficiaba Margarita, en los del deber! -dijo solemnemente Gustavo.

-Tenéis razón: ¡me debo a Elina, a mi hija, a mi madre!... ¡gran Dios! ¡gracias, hermano mío, principiáis vuestra tarea, traéis la oveja al redil!

-Vamos, es preciso... mi padre espera y a vos los vuestros.

-Esperad -dijo Reinaldo,- juradme sobre esa tumba, que si algún día... dejo de ver la luz del sol velaréis por mi hija, y quitaréis las espinas de su planta.

-Os lo juro, y antes que a vos lo había ofrecido a Margarita.

Pesarosos dieron la espalda a la que tanto habían amado; volvieron a la quinta y noche sin sueño fue para ellos aquella en que la joven principiaba a dormir el suyo eterno en aquellas soledades sin ecos.

XXXII

Los días que siguieron a la muerte de Margarita fueron de mortal desaliento para todos, los semblantes marcaban los insomnios y las tristezas, nadie se atrevía a pronunciar el nombre de Margarita por no romper el dique de las lágrimas.

La misma pequeñuela parecía penetrarse y sentir el peso de aquella atmósfera de duelo, sólo a Gustavo, de quien era inseparable, decía algunas veces a media voz:

-¿No viene Maíta? ¿dónde está Maíta?

-¡Con los ángeles en el cielo! -contestábala besando sus mejillas como agradecido que no olvidase a quien tanto había amado.

Era ella siempre la que ayudaba a cortar las más hermosas flores, que se renovaban sin cesar sobre la tumba de Margarita.

Reinaldo tenía valor para consolar a Elina; con amorosos cuidados alejaban los temores de su madre, ésta dudaba y muchas veces miraba las pupilas de su hijo como para leer en su alma, pero aquella transparente superficie jamás le delató el fondo oscuro de su incurable mal.

Había encontrado un refugio en el trabajo, comenzó un cuadro que debía ser su obra maestra, en que la figura de una mujer no era la figura ideada por artista: la imagen de

Margarita en su lecho de muerte, eterna en su corazón como en su pensamiento, surgió en el lienzo, era aquel su grito ahogado, el recuerdo único de aquel dolor sin esperanza que llevaba en el alma y que como un filtro envenenaba su existencia.

Era el último adiós de Margarita, las últimas palabras dirigidas a él y esculpidas en la eternidad de su memoria, era el grito único también de aquella alma martirizada que daba la cita para el cielo al romper las ligaduras terrenales.

Copia perfecta de aquel momento terrible era el cuadro de su inspiración; la joven tenía su misma actitud doliente y conmovedora, en la mirada la expresión única de sus bellos ojos, con su peinador de muselina blanca parecía emprender la ascensión envuelta en sus blancos cendales de virgen y con su dedo, de marfil señalando el infinito parecía deletrear la profecía.

Pasaba el desdichado horas enteras en la contemplación de su obra, y a nadie permitía la entrada en aquel estudio que él había convertido en santuario.

Un día que había prolongado sus horas de trabajo, Gustavo forzó la consigna y empujó débilmente la puerta entornada, Reinaldo se presentó prontamente como para impedir la entrada.

-¿Os reserváis de mí también? -dijo en tono de triste reconvención.

-Escusadme; tenéis derechos a conocer mis secretos. Venid.

Condújole al centro de la pieza, nada misterioso vio que justificase las reservas de Reinaldo y giró como para interrogarle.

-Esperad, -dijo abriendo una ventana,- voy a graduar la luz.

Los rayos de un sol pálido que iba ya a hundirse en las sombras de la tarde vinieron a caer sobre la cortina que cubría un caballete alzado en un ángulo de la pieza. Reinaldo recorrió la cortina ante los ojos atónitos de Gustavo, que lanzó un grito de dolorosa admiración, extendió sus dos manos como para tocar la casta imagen y cayó de rodillas.

-¡Ella! -exclamó, y estuvo contemplando largo rato la angélica figura, divinizada por el amor, por el genio y por el dolor!

-Ella ha vuelto a su patria, -dijo levantándose, y yo voy a volver a la mía; vengo a comunicaros nuestra partida.

-Os vais, -dijo Reinaldo con tristeza,- ¡no lo había pensado!

-Es forzoso; mi padre se consume en la inacción y tal vez las nieblas del país devuelvan el vigor a su naturaleza y la alegría a su carácter. Nada podía objetar Reinaldo, y quedó pensativo.

-¿Por qué no viajáis también? -dijo Gustavo,- llevad a Elina lejos de estos sitios, que como es natural, aumentan su tristeza; ama los viajes, es impresionable, y aunque las escenas dolorosas no se borran jamás del corazón, el tiempo como el cambio de

impresiones son calmantes que alivian; y después, creedme, ésta llega a ser una amiga resignada a quien amamos.

-Quizá tengáis razón y si Elina quiere, seré la nave cuya dirección la lleva el viento.

Una vez decidida la partida de Gustavo y su padre, Elina se animó, ¿cómo vivirían sin ellos? qué sombrías no serían las penas en aquella soledad.

Doña Ángela y Berta la alentaron, sobre todo la última, a quien le parecía alejarían del pecho de Reinaldo, las desgarradoras luchas del dolor creía lo que deseaba, porque bien sabía ella que hay en nosotros mismos un tenaz perseguidor de nuestra dicha; el pensamiento, que lleva siempre la memoria al suplicio de los tormentos sufridos; agitador incansable que hace de centinela en el dintel de nuestros recuerdos.

-Él es muy joven,-pensaba,- tal vez los cambios, los placeres de mundos desconocidos influyan en su naturaleza artística, además, cuando se lucha con el mal frente a frente el ánimo se incita, pero, ante lo irremediable, el espíritu cede y tiende, como el enfermo, a buscar la medicina que ha de detener el mal que vicia su naturaleza; ¿por qué me atormento tanto? Su vida tiene todavía resortes muy hermosos.

-¿Qué haréis tan solas? -dijo Elina dudando todavía.

-Ir y venir a Madrid y esperar vuestro regreso, -dijo Berta que estaba casi alegre.

La pequeña estaba loca de contento.

La víspera de la partida Reinaldo y Gustavo renovaron sobre la tumba de Margarita sus promesas y Elina dijo a Berta colocando sus últimas flores sobre aquella tierra recién movida:

-¡Ay, tía, no la dejéis sola!

El Sr. Finkler gruñía ante las demostraciones de doña Ángela:

-Si por algo me alejo contento es por ella -dijo,- no quiero verla más; aunque Gustavo diga lo que diga, ella tiene la culpa, sí señor, la tiene, ¡sin intención, o *con ella*, la mató!

La niña, sin interrumpir el silencio de las tristezas, se acercó a Gustavo.

-Oye, -le dijo quedo, pegó sus labios de rosa al oído de su amigo y le preguntó: -¿Eztá allá donde vamos?

-¿Quién?

-¡Maíta!... ¿la vamos a buzar?

Reinaldo había resuelto ir a Berlín por no separarse de sus amigos; ellos habían amado a Margarita y guardaban como él los aromas de su recuerdo; sólo Gustavo tenía derecho de hojear las páginas de aquella alma desesperada.

Los países que visitaban no levantaban en el espíritu de Reinaldo ningún entusiasmo, para él todos los cielos tenían el mismo matiz sombrío de su incurable dolor.

Elina mejoraba notablemente; sus vestidos de luto realzaban su belleza; su pena tenía ya otro carácter, era madre y los cuidados y las gracias de su hija principiaban a traer sonrisas a sus labios; ¡la vida principiaba a cerrar el doloroso paréntesis abierto por la muerte! Reinaldo redoblaba sus atenciones, como si quisiera compensar la del amor que le faltaba; afectuoso y bueno se vencía para no turbar la paz de su alma. Las meditaciones de Reinaldo no turbaron nunca el sueño de Elina, jamás pensó que la casta sombra de Margarita era la que cruzaba por aquella frente pensativa.

Reinaldo y Gustavo en sus largos paseos solitarios, confiaban al Sr. Finkler la dirección de Elina y Margarita; esta última se ponía contentísima., colgábase de la mano del viejo y decía:

-¡Vamos puez: pero no como elloz, que parece que van zempre con un enterro! Zi zena una caja de música... vamo a caza... zi canta una mujer... ze quedan mudoz... y entoncez... el aire ez malo... y aunque ezté el zol claro... ¡vamo a caza!... ¡ze han puezto boboz!

Tres meses llevaban ya en Berlín. El Sr. Finkler había encontrado dulces consuelos en sus hermanas, casadas todas. Amante siempre de lo bello se apegó cariñosamente a su sobrina Hilda, hija de su hermana Isolda; aquella niña bella y blanca como las espumas del mar, hubiera sido para él la realización de sus felicidades entorpecidas por la fatalidad.

-¡Oh, cuánto la amaría si ella levantara el corazón de mi hijo!

Una vez que intentó hablar a Gustavo, el joven con voz triste, pero firme:

-Desengañáos, padre mío, y perdonadme, no me casaré nunca; mi corazón ha muerto para el amor en el mundo de los vivos; a las primicias del amor de esa casta niña, ante el altar de sus ilusiones sería un triste sarcasmo la ofrenda de un corazón helado por el recuerdo de una muerta. Dejadme vivir para vos, para los seres que amó tanto Margarita y para hacer el bien, que será la ocupación de mi vida.

El pobre viejo abrazó a su hijo enternecido y alzó los ojos al cielo, ¡otra vez rotas sus esperanzas y desvanecidas sus dichas! Comprendía el dolor de Gustavo, pues él mismo sentía que se le llenaba el alma de tristeza ante el dulce recuerdo de Margarita.

-¡Pobre ángel! ¡es verdad, es verdad! ¡no se puede olvidar!

Gustavo había exigido a Reinaldo que llevase el retrato de Margarita para que un escultor la tallase en mármol, pues deseaba colocarlo en el sepulcro de la joven.

Reinaldo había accedido y una mañana entró Gustavo en el cuarto de su padre y la dijo:

-Vestíos y venid, padre mío; voy a entristeceros, pero debéis ver el recuerdo que dedico a nuestra Margarita: porque fue nuestra, ¿no es verdad? mientras vivió en el mundo de los tristes.

Poco después entraron con Reinaldo en la casa del escultor; los mármoles tallados rodaban por donde quiera; niños dormidos, ángeles silenciosos, vírgenes de rodillas, todo ese desorden sorprendente del genio y del trabajo llenaba un salón extensísimo. Los discípulos rodeaban al maestro, quien al ver a Gustavo se dirigió a ellos con los brazos abiertos, díjole éste algunas palabras en voz baja e hizo señas a un adolescente y dijo:

-Conducid a los señores a la cámara azul.

Guiados por el joven penetraron en aquel santuario del arte: allí, destacándose sobre un pedestal de mármol, cuatro ángeles sostenían un lecho y en él, medio recostada, se veía la imagen de una mujer bella, señalando con el índice de su mano derecha el cielo, y cuya mirada también se perdía en las alturas; en el espacio que dejaban dos ángeles se leía en letras de relieve:

MARGARITA

-¡Oh! ¡oh! -dijo el viejo conmovido como aquel día;- ¡qué memoria tan perfecta es la del corazón!

-Y su pena se deshizo en lágrimas: era ella misma su dulce Margarita, sus nobles facciones esculpidas en la piedra tenían toda la majestad de su belleza íntima.

-¿Os la lleváis? -dijo tratando de serenar su voz.

-¡Sí, padre mío, es el recuerdo que dedico a mi prometida!

-Pero cómo pudo el escultor adivinar...

Gustavo iba a hablar pero Reinaldo le hizo señas de guardar silencio.

Entonces el joven hilvanó una explicación dejó satisfecho al anciano, que seguía contemplando la escultura de la que había amado con toda su ternura paternal.

Cuatro mozos trajeron cajas de maderas y allí en fragmentos numerados, fueron colocando todas las partes de aquella obra del arte y el amor.

Acercándose el aniversario de Margarita, por un mismo impulso resolvieron regresar a España a la cita dolorosa sobre los restos adorados.

Gustavo suplicó a su padre que esperase su regreso en Berlín, y convencido y vencido por el tierno razonamiento de sus hermanas, aceptó el puesto que en el hogar ajeno se le ofreciera.

El Sr. Finkler vio partir a sus compañeros con tristeza, no sin que sintiera humedecerse sus ojos al besar la pequeña, que abrazada a su cuello lloraba desesperadamente.

-¡Creía muerta mi ternura, -dijo él,- y la de esta muñeca me llega al corazón!

XXXIV

Una mañana clara de Septiembre, un coche de viajo se detuvo en la quinta de ***, bajando el primero Gustavo, que ayudó al Sr. Solís que en Barcelona se les había reunido Reinaldo apeó a Elina y a Margarita que venía muy crecida y anunciando ya en su fisonomía los rasgos de la belleza.

Doña Angela y Berta aguardaban en la escalinata; la última sintió frío en las entrañas al estrechar a su hijo entre los brazos, sus temores, sus presentimientos de madre no eran quiméricos: la palidez enfermiza de aquel semblante le denunciaba el mal que no se combatía; ¡qué elocuencia tan dolorosa tenían sus sonrisas!

Las meditaciones de la pobre Berta eran más prolongadas.

-Mamá, -dijo un día la niña, que hablaba ya muy claro y cuyo acento tenía algo de pajarillos;- yo quiero volverme, aquí tendré que dormirme siempre: hasta Gustavo, con sus cajas y trabajadores todo el día, no quiere que nadie vaya donde él está.

-Eso es, mi hijita, porque está arreglando el sepulcro de su prometida, pues se acerca el aniversario de su muerte.

-¿Maíta era su novia?

-Sí, la adoraba; nadie llenará en su corazón el vacío que ella ha dejado.

Reinaldo entró y al verla tan quieta y pensativa preguntóle:

-¿Qué tienes bien mío, estás enferma?

-No, -dijo con un gracioso movimiento,- no tengo nada, pero si todos están tristes, ¿cómo voy a estar alegre?

El día veinte de Noviembre, aniversario de la muerte de Margarita, tuvieron lugar sus últimas honras: el túmulo dedicado a Margarita estaba ya colocado sobre la tierra que guardaba sus despojos.

Todos se estremecieron al ver la soberbia escultura.

-¡Es ella! -dijo Berta arrojándose en brazos de su hijo; con una intuición dolorosa comprendió que él era el genio que había grabado aquel recuerdo.

Reinaldo, pálido y sereno, miraba al cielo.

-¡Es la misma Señorita! -decían los criados.

-¡Es la niña Margarita! ¡Jesús, doña Ángela, parece que sale de la tumba! -decía Julieta.

Lágrimas y flores fueron los sufragios; el sacerdote enternecido ante la sencilla y tierna ceremonia bendijo aquella blanca e inmutable sepultura, que guardaba los restos de la que

fue sólo una primavera, flor galana y a los que la mano del tiempo debía mezclar mañana con el de la tierra.

De rodillas durante la ceremonia se vio a la niña, como un ángel plegar sus blancas alas, en actitud silenciosa habíase colocado cerca de Gustavo con un ramo de flores, que según su costumbre había cortado para él.

-Toma Gustavo, para que le pongas a Maita, dile que yo las cogí.

Él la tomó en sus brazos y alzándola díjole enternecido:

-¡Ven a ponerselas tú misma y pídele a la sombra casta de la que tanto te quiso, que ruegue allá en el cielo te dé Dios la felicidad que le negó a ella!

Los celajes de la tarde morían y sólo daban a la tierra luces indecisas, la campana vibraba aún; todos aquellos ecos perdidos de los árboles y de las aves, venían a revivir en el alma del infeliz Reinaldo el recuerdo de la tarde aquella en que oyó confidencias de un alma enferma, que después y como pesarosa de sus revelaciones había ido a buscar su perdón ante el Juez Supremo.

Todos volvieron a la quinta mudos; solos quedaron Gustavo y Reinaldo ante la muerta y ante el piélago de los recuerdos.

Gustavo triste, ¡muy triste! pero resignado; él la había consagrado su vida; viva, la había amado sin esperanza, y muerta, continuaba del mismo modo consagrándola el culto de su alma.

Reinaldo atormentado por errores de que no podía disculparse él mismo, acusábase de aquella muerte y su dolor era sombrío; después de una larga meditación dijo:

-Escuchadme, Gustavo: tenéis consuelos que yo no tengo y podéis sobrevivir a vuestra pena; prometedme pues, que a la hora de la cita, que os doy al pie de esta tumba, vendréis a colocar mi cuerpo consumido junto a los restos de lo que ella fue, después... ¡se encargará el tiempo de mezclar las cenizas de nuestros corazones y Dios de reunir nuestras almas allá arriba! Yo no quiero que Margarita, como la Atala de Chateaubriand, como la pobre saboyana... ¿os acordáis? ¡quede durmiendo sola en tierra extraña!

Gustavo conmovido hasta el fondo del alma, lo miraba como reconviniéndole.

-No os alarméis, -continuó Reinaldo,- por mi cerebro no ha cruzado la idea del suicidio, los soladores pensamientos no lo han desquiciado, como tampoco la fuerza de la desesperación, ni la tempestad de la desdicha han roto en mi alma las creencias y por eso mismo desde que he perdido toda esperanza de felicidad en la tierra he puesto en el cielo. La ventura de Elina me ha sido encomendada y ella recogerá los últimos esfuerzos de mi corazón, yo os juro, que sólo al helarse, dejará de dar a esa dulce niña el amor de que es capaz. Un alma, que vivió como proscrita entre nosotros, me ha mostrado el camino del

sacrificio y sabré llegar pero como ella dejaré también la vida en el combate. ¡Duerme en paz, pobre mártir! -dijo mirando la imagen de la joven,- ¡mi alma sigue tus huellas!

Gustavo se olvidaba de su dolor ante el penoso abatimiento de Reinaldo.

El cielo, poco antes nublado, descorrió su manto de luces y la luna llena asomó su disco brillante sobre la loma de la montaña, sus rayos de plata vinieron a bañar el sepulcro, y la blanca imagen con aquella luz pálida adquirió la belleza mágica de una tristeza melancólica; parecía sentirse el aliento virginal, y era que las flores, las margaritas y los lirios que Gustavo había hecho sembrar cerca de la tumba, se abrían a los besos de la noche.

A la luz de la luna vio Gustavo el semblante de Reinaldo, sin el antifaz del disimulo; tenía el aspecto de un cadáver, ¡cómo había hecho estragos el mal en tan corto tiempo! ¡Reinaldo no caminaba, corría a la muerte!

-El dolor, como el agua estancada, se le ha congelado en el pecho, -pensó Gustavo.

Bien lo había dicho su pobre madre, que el amor sería único para su hijo, y que la pena sin lucha había agotado su naturaleza y así, como esas débiles ramas que las turbias corrientes arrastran, se dejaba llevar por las ondas del dolor, que como un beneficio del cielo le quitaba de encima el peso de la vida.

-Gustavo, -continuó Reinaldo con voz lenta,- bien lo sabéis: voy a morir como la planta a quien faltan los rayos del sol; la savia de mi vida la ha secado el fuego del dolor; vos viviréis: velad por mi hija, haced que Elina la eduque perfectamente, estudiad su corazón, y si algún día ama, dejadla, que amaré a un hombre digno de ella, no torzáis la vara de su destino: juradme por la memoria de Margarita, que la felicidad de esa otra Margarita, será un depósito para vos.

-¡Os lo juro! -dijo Gustavo sobrecogido; tenía miedo, parecíale que Reinaldo agotaba las fuerzas últimas de su alma.

-Esperad, -dijo viendo que Gustavo lo tomaba del brazo para marchar,- no he concluido y no sé si tendré tiempo: ¡consolad la pena de mi madre!... su voz la ahogó un gemido;-¡ay, es mi gran pesar! todos los corazones pueden consolarse, pero ¡el de mi madre!... ¡ay de mí!... ¡estas son las heces de mi cáliz!... ¡madre mía, perdón, si he olvidado tu amor entre estos témpanos de hielo que me cercan!... ¡Decidle, Gustavo, que era ya muy desdichado! ¡yo debiera vivir! ¡Cuando pienso en el dolor de mi madre, amo la vida, pero la onda arrastra ya, no tengo fuerzas para combatir y estoy tan fatigado, que veo el lecho de piedra como un refugio!

-Vamos, Reinaldo, el aire está helado.

-¡Hasta la vista, Margarita! -dijo Reinaldo dirigiéndose a la escultura.

Sobre el hombro de la estatua se detuvo un ruiseñor y sus cantos parecían corresponder a las fases del infeliz: sus armoniosas notas estremecieron los corazones que allí gemían.

-¿Sois supersticioso, Gustavo? ¿no os parece que el alma de la que llevaba esas notas en su garganta palpita en la melancolía de ese canto?

Gustavo nada contestó y arrastró a Reinaldo.

Todos estaban reunidos esperándolos. Berta no se movió, pero abarcó de una mirada el padecer de su hijo.

-¡Dios mío! ¿por qué no será como Gustavo?

Margarita besó a su padre y se acercó a Gustavo; con los ojos medio cerrados dijo a éste.

-Te esperaba para dormirme.

Gustavo la tomó en sus brazos.

-¡Qué capricho de niña! ¡si está ya dormida! -dijo Elina.

Ella inclinó su cabecita sobre el pecho de su amigo y se durmió en su inocencia, bajo la mirada cariñosa de su padre, que enternecido contemplaba la cabeza de su hija descansar sobre aquel gran corazón.

XXXV

Gustavo debía partir a reunirse con su padre, pero le inquietaba el estado de Reinaldo, que guardaba cama.

El médico movía la cabeza al examinar el enfermo, y así como antes acusaba de inercia la voluntad del paciente, llegó un día en que dijo a Gustavo:

Me olvidé preveniros: la tisis es peligrosa, pues hay organismos que tienen lo que se llama predisposición al mal y se van al menor soplo. Cambiad de residencia; igual al caso de la otra; ¡pobre niña! ¡aun la recuerdo con enternecimiento! Este la sigue, y se va más ligero porque es galopante.

Gustavo se aterró; ninguno de aquellos corazones esperaba la tormenta; el pobre joven luchaba en vano por arrancar a Reinaldo del abismo.

-¡Vais a dejaros morir! -le dijo un día viéndolo inmóvil con la mirada fija en el cielo.

-¡Bien quisiera combatir, pero ya es tarde! en presencia de la muerte comprendo que he debido vivir para otros seres, pero este constante batallar conmigo mismo, me ha dejado, como un viajero fatigado que se sienta a la orilla del camino, sin fuerzas para andar el espacio que le falta. El fin de la jornada es esto, dejadme reclinar como el gladiador herido, que ha perdido el combate y en él deja la vida. Escuchadme, Gustavo, he sido un insensato y soy muy infeliz; el amor que he sentido por Margarita ha estado como contenido en mi alma por el muro inexpugnable del deber por la valla oscurísima del error; derribado aquél por la hoz de la muerte, rota ésta por la fatalidad, no puedo hoy vencer ni el amor, que llena el alma, ni el dolor que la mata! ¡ay! amigo mío, el hombre

puede vencer a sus semejantes, hasta a los elementos, pero con todas las fibras de su energía, con todo el poder de su voluntad, no encontrará nunca el resorte para vencer su corazón.

-Pero yo -dijo Gustavo- he amado tanto como vos, he estado sujeto a todos los tormentos, y sin olvidar jamás vivo amando mi dolor y mis recuerdos.

-Vos podéis hacerlo: amáis vuestro dolor porque no es punzante; amáis vuestros recuerdos porque son como blancas nubecillas que cruzan el lago azul de vuestra conciencia. Yo estoy en otro caso: ¿qué he hecho de mi vida? ¿cómo he ajado la de los seres que me han amado? Sí, amigo mío, mi dolor tiene todos los tintes sombríos del remordimiento: mis recuerdos vagan en las ondas amargas del mar de los tormentos: el esfuerzo sería inútil; ¿si estoy agonizando, por qué queréis prolongar mi agonía? Duramente castigado estoy de todos mis errores, de todas mis debilidades; yo tenía una voluntad: ¿qué he hecho de ella?

Gustavo inclinó la cabeza; comprendía que aquel desdichado tenía las entrañas rotas y que valía más morir que llevar el suplicio de semejante vida.

La tos de Reinaldo le hizo alzar la frente.

-Tomad este calmante, -dijo acercando un vaso y vertiendo algunas cucharadas.

-Sea, -dijo Reinaldo incorporándose.

Berta entró con una pequeña bandeja en las manos. En el rostro de la mujer se leía una tristeza valientemente combatida; su frente tenía la serena majestad de una tarde melancólica de otoño, sus labios habían perdido la costumbre de sonreír. Un vestido de lana oscura marcaba su elegante y fino talle.

Sus bellas manos enflaquecidas tocaron la frente de Reinaldo, echó hacia atrás sus cabellos negros y midió, como sólo puede hacerlo una madre, los estragos que en aquel semblante adorado había hecho el pesar, ¡ay! en vano la voz doliente de su corazón llamaba a las puertas de aquel pobre pecho destrozado.

Reinaldo no se atrevía a mirar de frente a su madre, tenía miedo de leer en aquellos ojos el dolor que le quemaba el alma.

-Aquí está la sopa, hijo mío,-¿la tomas?

-Sí; ¿y Elina qué hace?

-Lucha con la pequeña para hacerla comer.

-Voy a relevarla, -dijo Gustavo que deseaba salir con cualquier pretexto.

Reinaldo hablaba de todo con su madre para no dar lugar a ningún enternecimiento. Elina vino en su ayuda; estaba siempre con su belleza casta y con aquel aire de candor, que era, como la transparencia de su alma. Enfermera asidua no la fatigaba ni el esfuerzo de ocultar su pena, ni las noches sin sueño que pasaba, junto al lecho del desahuciado.

Reinaldo se quedó como dormido. Fuera se oían los pasos del Sr. Solís; tenía abandonados sus negocios, su hijo se había negado a ir a Madrid y él no quería devorar allá solo tantas inquietudes.

-Esperemos juntos -había dicho a su mujer- que se cumpla lo que Dios tiene dispuesto.

La niña entró con su muñeca a cuestas, fresca como una rosa, con su cabeza tan inquieta como sus lindos pies calzados con botinas de piel de Rusia; llegó cerca del lecho y quedó como indecisa viendo a su padre dormido; en las puntas de sus piecitos giró hasta su madre, que la recibió en sus brazos, diciéndole:

-¡Chist!

Ella, sin dejar de ver el lecho, dijo a media voz:

-¿Pero se va a quedar siempre malo? tú siempre aquí metida y yo tengo que comer con Julieta, ¡tan ordinaria!

-¿No comiste con Gustavo hoy?

-Lo llamé y no me hizo caso... mira, papá tiene los ojos abiertos; ¿quieres que le dé un beso y le muestre mi muñeca nueva?

Reinaldo no dio tiempo a Elina de contestar y llamó con la mano a su hija.

Ella, sin cuidados ni ceremonias, se sentó al borde del lecho y empezó su charla encantadora, que él escuchaba con la tristeza del caminante que va a separarse para siempre de la fuente pura que ha calmado su sed en el árido camino.

-Levántate, papá; yo le ruego a la Virgencita de mamá que te ponga bueno para que volvamos a estar alegres; cuando vamos a llevar flores a la tumba de Maíta, le digo a ella que te cuide.

-Sí, alma mía, ruega mucho al cielo por tu padre y piensa mucho en él cuando esté ausente.

-No, papá, no quiero que te vayas, ni Lita tampoco quiere: ¿no ves como llora?

-¡Ay! los detalles eran peor que la pena misma.

Margarita alzó su muñeca y la puso de pie sobre el lecho.

-Mira, papá, qué ojazos tiene: me la trajo Gustavo ayer; ¿bonita, no es verdad? mirala, papá, ¿por qué me miras tanto a mí? yo soy siempre la misma y ella es nueva. Dile que estás muy contento que ella haya llegado a hacer compañía a tu hijita, que te levantarás para vernos correr por el jardín, ¿verdad?

¡Sí: que sí! Y cuando vaya a coger flores, ella llevará las tijeras; ¿los muertos sienten, papá? ¿tendrá celos Maíta?

-¡Ella es ya ángel, hija mía!

¡Ay, papá, ángel! ¡por eso estás tu enfermo, porque ves mucho a Maíta! ¡por eso lloras tanto cuando vas allá!... ¡dice Julieta, que los ángeles no se pueden ver sin morir!... ¡ay, papaíto! no la veas más porque...

Gustavo hacía; rato que estaba allí detrás de una cortina y mudo por la emoción se había detenido: al oír las últimas palabras tomó la niña en brazos y dijo:

-¡Vamos! deja descansar a papá, que tiene sueño.

Y la niña siguió con sus arpegios como el ave a quien el viento hace cambiar de ramas. Elina los siguió y en la pequeña sala se detuvo y estalló en sollozos.

-¡Qué dolor, Señor! -exclamó.

-¡Valor! -contestó Gustavo.

-¡El pesar le rinde! -dijo Elina convulsa.

-¡Mirad mi corazón para que aprendáis a sufrir! -dijo Berta, que al entrar había oído a Elina;- ¡hija mía, el deber está allá! ¡las fibras de mi corazón son los hilos de esa vida que va a extinguirse, y que aunque siento que cada hilo roto va llenando mi pecho de amargura!... ¡allí estaré serena! Gustavo, mi hijo os llama.

Elina echó hacia atrás sus rubios cabellos desordenados y llamó a la niña, que la siguió triste sin dejar de ver a su abuelita.

Berta abrió una ventana para que sus pulmones encontraran aire.

-¡Dios, mío! ¡dadme fuerza y resignación ; el dolor es más grande que mi alma, pues no cabe en ella! ¡cómo se puede vivir con esto aquí!... -dijo llevándose al pecho las manos. Su mirada se detuvo sobre la blanca tumba de Margarita, que bañaban los últimos rayos del sol: era una muda, pero elocuentísima respuesta.- ¡Pobre niña! -dijo;- ¡se dobló como un lirio! allí muda me alienta; pudo apartar de sus labios el cáliz y prefirió apurarlo para dejar la miel a los que amaba: ¡vivió sin quejarse y murió bendiciendo! ¡La paz de su tumba es igual a la de su conciencia!... ¡pasó! ¡como sus sueños, como sus amores, como una sombra!... ¡Ángel a quien no vi las alas sino al cruzar el éter en su ascensión al cielo, guíame en el camino regado con tus lágrimas para dejar en él toda la sangre de mi corazón!... ¡Pobre hijo mío! ¡como a sus pálidas rosas el viento del otoño lo arrastra! ¡ay, Señor, Señor! ¡cuándo vendrá el soplo frío que ha de arrancar esta hoja muerta pendiente aún del árbol de la vida! La religión nos ensaña el camino del Calvario, venga ella a dar a mi corazón fuerza para el sufrimiento.

XXXVI

Gustavo, cerca del enfermo, por la ventana entreabierta miraba el cielo sereno y frío; la límpida claridad de la luna llegaba hasta el lecho del pobre desahuciado, que dormía, si es que sueño puede llamarse ese doloroso sopor de un pobre tísico. Gustavo lo contemplaba; la palidez del semblante y la afilada nariz marcaban tristemente el punto final de aquella

vida ¡ay! ¡tan favorecida por la fortuna y tan risueña y tan feliz ayer! ¡El destino al pasar rompió los blancos hilos y la muerte piadosa corrió a cortar los negros!

La voz de Reinaldo sacó a Gustavo de un mar de meditaciones dolorosas.

-¿Queréis ayudarme, amigo mío? Colocad las almohadas de modo que pueda yo al incorporarme quedar como sentado... bien esta, así... no hagáis luz... ¿cuál mejor que la del cielo ha de alumbrar nuestra postrera conferencia?... abrid toda la ventana, el aire puro reanimará mis pulmones, que alcanzarán aliento para mis labios.

Gustavo obedeció en silencio: el enfermo podía ver desde su lecho la claridad del cielo.

-Mirad esas estrellas, Gustavo; ellas, que han alumbrado mis horas de agonía, son testigos del derecho que tengo al descanso eterno. No me miréis así: el dolor que empuja mis males tiene un límite y ya lo veis, ¡llego al término del mío! ¡Quien no ha sabido vencer el destino, ni vencer a sí mismo, cae vencido! La muerte es esta que me cerca, pero, ¡cuántas veces no la he sentido asediarme en mi desesperación! ¡ay, amigo mío! ¡compadecedme! ¡después de estas luchas supremas donde vamos dejando girones de nosotros mismos, sólo se aspira al profundo reposo! Cumpliréis mis últimas voluntades: os lego mis afectos: velad por mi hija, ¡pobre flor! protegedla contra las inclemencias de la vida, y si algún día ama, ¡no la dejéis padecer! Si fuera una mujer, os diría: «amadla vos» pero niña como es, sólo os pido que veléis por su dicha; ayudad a Elina, protegedla; ¡qué cara hemos pagado su felicidad! ¡cuántas víctimas sacrificadas a esa dicha evaporada como el perfume de sus bodas! ¡Ella no tiene culpas, pero paga como todos nosotros los humanos errores!... librádla del mundo en que la dejo... ¡apenas lo conoce! Gustavo, hermano mío, -agregó con acento concentrado y doloroso,- ¡amad a mi madre!... esta madre que ha sido la parte más serena de mi vida... ¡es hoy de mi remordimiento!... ¡madre mía!... ¡yo no tenía el derecho de darte pesares!... ¡Cómo será su dolor!... ¡no se consolará!... decidle... ¡que mi pena mayor al dejar el mundo es por ella! ¡yo no me atrevo a hablarla, temo romper las fibras de su pecho!... ¡qué impotentes somos ante los males que causamos! ¡velad por todos! ¡muero tranquilo dejándoos como el ángel guardián de lo que queda de mi corazón en la tierra!... ¡yo diré allá a la que tanto hemos amado, que sois digno del culto de su alma!

Gustavo lloraba con el rostro entre las manos de Reinaldo, que pasó suavemente una de ellas sobre la cabeza del joven para volverle hacia él.

-Oíd muy quedo ahora: llamad al mismo sacerdote; aquí debajo de mi almohada está el Cristo de marfil que tocaron los labios convulsos de Margarita... que recogió sus últimas congojas, ¡acercadlo a los míos en mi agonía!... y después... ¡dejadlo sobre mi pecho!... ¡fue su último y su único presente y no quiero legarlo a nadie! cuando ya no exista... ¡interpretad mis sentimientos y colocad mi sepulcro, como si fuera yo el novio que dichoso acude a la cita que le han dado!... Tengo mucha sed... qué extraño es esto... dadme agua... Habrá tiempo para mañana... no llaméis... no alarméis... ¡pobres! ¡duermen quizás!...

Gustavo le dio un calmante en vez de agua; Reinaldo lo tomó, le era igual: durmió después un poco y al abrir los ojos vio la silueta de su madre al pie del lecho.

Al amanecer Berta dio un ligero grito al ver entrar el sacerdote... después... vino resignada a bendecir al hijo cuyo espíritu estaba ya purificado ante el altar de la penitencia para llegar al trono de las misericordias infinitas.

El mal no tenía remedio y una tarde que Reinaldo se había hecho sentar cerca de la ventana que daba al jardín, con las últimas luces del crepúsculo, y viendo la tumba de Margarita, expiró estrechando la mano de Gustavo.

-¡Adiós Elina! -dijo claro, y ya en la agonía al doblar la cabeza sobre el seno que lo había abrigado, murmuró débilmente:- ¡perdón, madre mía! -¡Sus labios apenas sí rozaron la frente de la pobre mártir!

Elina contestó al eterno adiós con un grito de desesperación. La pobre madre acercó sus labios convulsos a los lívidos de su hijo, como si quisiera detener el alma que por aquella boca se escapaba, o darle la suya en aquel beso supremo. Lloró todas sus lágrimas sobre el cuerpo adorado; ¡y como para hacer más amargo su dolor presente, allí, con aquella cabeza inerte sobre sus rodillas, recordaba los días de la infancia dichosa, de las felicidades pasadas y extinguidas para siempre ante el soplo mortal!

Los que habéis padecido, sabéis bien que éste es un triste recurso del corazón, revolver con el pensamiento, las dichas perdidas como para engolfarnos más y más en el oleaje amargo que nos ahoga.

¡Berta, con las manos cruzadas sobre su pecho desgarrado, ofreciendo a Dios su dolor, miraba el cielo, como buscando el alma de aquella blanca prometida que había ido a esperar a su hijo en la eternidad!... Después... ¡se quedó serena y triste para siempre como si el frío de aquel cadáver hubiese caído sobre su corazón! ¡La calma de la desesperación es más espantosa que la de la muerte misma!

Silenciosa se acercó a Elina, que lloraba desconsolada; ¡pobre niña! ¡causa inocente de aquel derrumbamiento, como ave herida inclinaba la cabeza hundiéndose en las ruinas de su dicha! Berta, trémula de dolor, la tomó en sus brazos y la acercó al lecho donde descansaba ya rígido y pálido Reinaldo.

-Le he ofrecido -dijo- al que ya no puede vernos, consolarte del pesar de su muerte.

¡La dócil niña inclinó su cabeza sobre las manos de Reinaldo ¡ay! que tantas veces habían alisado, sus cabellos! las besó, diciéndole muy quedo entre sollozos:

-¡Te llamaría en vano! ¡estás perdido para mí! ¡tu voluntad será cumplida! ay, tía, qué frías están sus manos!

Berta, ante su angustia indescriptible, ante su pena inmensa y única, ante el cadáver de su hijo, sentía que a pesar de su voluntad, su sentimiento tenía mudas reconvenciones para su hermana, que no podía recoger ya los restos dispersos de la dicha que a costa de todos formó ayer para su hija.

-¡Cómo, -decía,- cómo puede la venda de un sólo amor, aun cuando sea el más visto, extraviarnos hasta el extremo de apartar la dicha ajena para levantar la tienda de la nuestra!

¡Allí de rodillas, pedíales perdón s aquellas almas gemelas, que habían agotado sus energías en un dolor continuado, que se habían roto sin ruido, sin quejas lastimeras, como se mueren en las rocas solitarias las tórtolas heridas!

Veía las lágrimas de su hermana y le parecía leer en ellas esa sorda y lenta intranquilidad que llega siempre al alma tarde o temprano después del mal cansado; besaba después los labios de su hijo para encontrar en ellos las fuerzas que habían tenido para ahogar las quejas.

La hora triste se acercaba. El sol ocultándose en occidente parecía huir para no presenciar los duelos de la tierra, las hojas de los árboles inmóviles, las aves silenciosas, diríase que la naturaleza, como en el drama pasado, enviaba un ritmo melancólico a la humana y dolorosa elegía.

El Sr. Solís besó la frente de su hijo, colocando la cabeza adorada en el ataúd con el mismo cuidado que cuando niño la colocaba en las almohadas.

-¡Has dejado de padecer! -dijo Berta;- nuestros duelos no deben turbar la tranquilidad que has ido a buscar a la tumba; ¡duerme en paz y para siempre, hijo de mi alma!

-Diríase, -pensó Gustavo al ver los labios de Reinaldo, que como los de Margarita parecían sonreír,- diríase que la muerte los ha rescatado la esclavitud del dolor!

La niña estaba sentada sobre las rodillas de su madre; ella, ¡la inocente! no comprendía el «por qué» de la muerte, pero sí sabía que es un viaje de donde no se vuelve; ¿no se había ella cansado de esperar a Maíta?

-¿Por qué nos dejan solas? -preguntó; sus ojos abiertos desmesuradamente y como asustados giraban por todas partes; todos lloraban, ella también lloraba abrazada a su madre como para que la libranza de la pena que inclemente y temprana venía a herir su vida.

Cuando los amigos de Reinaldo alzaron su cuerpo, corrió por todos lados gritando:

-¡Gustavo! ¡abuelito, que no se lo lleven!... ¡si lo van a enterrar como a Maíta no lo veremos más! ¡Jesús! ¡Gustavo! -En su cara pálida se veía una angustia tal que bien podía terminar en una crisis. Berta estremecida la tomó en sus brazos; ¡ay! aquella criatura era lo único que quedaba de la vida de su hijo.

-¿Nos vamos todos así, Lita? -preguntó la niña en voz baja.

-¡Oh, no por Dios! ¡cállate! -gritó Elina, y como para protegerla extendió sus brazos.

No es posible pintar el dolor de este corazón; como un autómatas vio desfilar el cortejo fúnebre por debajo de los árboles hasta el pequeño panteón donde dormía Margarita; allí,

de codos en la ventana, la encontró la noche triste, como su alma y como los días que seguirían a su desdicha.

-¡Pobre niña! -dijo el Sr. Solís;- sólo has venido a España a sufrir; -y separándola tristemente baño sus cabellos de lágrimas.- Nuestros corazones, hija mía, si no te pueden consolar te amarán por los que te han dejado.

Reinaldo fue enterrado junto a Margarita: su voluntad estaba cumplida. Los mismos rayos de luna bañarían sus sepulcros; las mismas acacias les darían sombras y perfumes y el canto de las aves perdidas sería la única armonía en su eterno silencio.

Aquellas almas, como dos olas del mar que llegan silenciosas a besar las húmedas arenas, llegaron al límite de las pasiones y de los dolores: ¡la eternidad!

XXXVII

Los días que siguieron fueron para los habitantes de la quinta *** mortalmente tristes: la angustia de las almas, se leía en las frentes abatidas y cada uno en obsequio de los otros procuraba sacudir el letargo del corazón.

En las veladas, el pesar, como una atmósfera de hielo entumecía los seres, que silenciosos y enlutados no alteraban la costumbre de reunirse en el gabinete de Reinaldo: ¡allí todas las miradas caían sobre la rubia cabeza de Elina, inclinada siempre bajo el peso de los recuerdos, despojos de su efímera dicha! ¡pobre niña! invitada a la fiesta de la vida, llegó alegre y sonriente con la miel de las flores en los labios y al acercar su leve planta al umbral de las promesas, fue sorprendida por las sombras de la desgracia.

Berta la amaba, su alma grande tenía una afectuosa compasión por aquella triste víctima, elegida tal vez como para expiación de la culpable. Ángela, su hermana, no había vacilado en arrancar las flores del jardín de las dichas de Margarita, para orlar la frente de su hija, y estas caían hoy marchitas como la frente pálida que se inclinaba también ante el ara de los dolores.

-¡Oh! -decía,- ¡cómo puede también el amor de los amores, el amor santo, tener como las pasiones innobles sus egoísmos! ¡cómo se pueden arrancar las espinas del camino de los que amamos para sembrarlas en la senda de los otros! ¡cómo arrancar en flor las ilusiones y las esperanzas de un corazón virginal para transplantarlas así, con mano fría!... ¡Oh, Dios!... ¡pobres seres! ¡qué serenos llegasteis al lugar del sacrificio!...

Elina enfermó y aunque su mal fue combatido y vencido, los médicos opinaron por los aires del país.

-Ellos volverán los colores a las mejillas y la calma del espíritu renacerá lejos de los sitios donde la ha perdido.

Berta las animaba, pues aun cuando el alma se le partiera al separarse de su nietecita, lo prefería todo al suplicio de ver a su hermana con aquella tranquilidad de alma sin pecado. ¡Cuántas veces la había visto pasar las cuentas de su rosario, de rodillas cerca de aquellas tumbas, se le venía a los ojos la amargura del corazón!

Una tarde la vio llegar y ella se alejó: no quería encontrarse tan humana en aquel sitio del olvido.

-¡Reza por ellos! -pensó viéndola de rodillas,- ¡cuando esas almas estarán pidiendo el perdón de la suya! ¡Ella se cree sin culpa, extraviada en el camino del deber, tomó la miel toda de la vida para la copa de su hija, y dejó el acíbar a la pobre huérfana, que silenciosamente apuró con él la muerte!

Desde la muerte de Reinaldo, las dos hermanas, aun cuando se hablaban, no cruzaban sus miradas; en presencia de Berta doña Ángela estaba como cortada: a sus labios no asomó jamás ni una frase de consuelo ni un ¡ay! de queja; su opinión no era nunca consultada, tampoco ella se permitía darla: guardaba siempre una actitud silenciosa y reservada y sólo sus pálidos dedos daban con más frecuencia vueltas a las cuentas de su rosario; ¿qué había en el fondo de su alma?

Nadie lo comprendía, nada se le oía decir; jamás hablaba de lo pasado y los nombres de Reinaldo y Margarita parecían haberse extinguido de su memoria, tal era el cuidado que ponía en no pronunciarlos. Cuando oía llorar a Elina, cuya pena se acentuaba más cada día, sufría tanto que perdía su serenidad habitual; una vez la oyó Gustavo, a quien ella no vio entrar:

-¡Jesús! todo lo he hecho por quitarlo las espinas del camino: no es culpa mía si padece; mejor que las cosas hubieran sido como debieron...

Gustavo tosió, la dio miedo sorprenderla: ella se volvió muy pálida.

Instaba ella todos los días y sin descanso para volver a Venezuela:

-Vamos, mi hijita; aquí en esta quinta nos vamos a quedar todos; esto es ya un cementerio: las brisas del Ávila te harán mucho bien: acuérdate del tiempo que estuvimos en El Valle lo bien que te fue. La niña languidece, a las claras se ve un cambio en su naturaleza alejará esa tristeza que no es natural a su edad.

En realidad Margarita estaba muy cambiada: aquella niña tan inquieta ayer, tan bulliciosa, tenía concentraciones de mujer. Sus juguetes estaban abandonados. El pesar la adelantaba en la vida: viéndola orar en la tumba de su padre al lado de Berta, que tenía allí de rodillas toda la majestad de la mártir, parecía con su plácido mirar y sus lindas manos unidas el ángel de la clemencia que acogía aquellas preces. Berta tenía la costumbre de sentarse en las gradas de la tumba de Margarita, y su nieta, silenciosa, se colocaba a su lado. Una tarde, a las sombras del crepúsculo, colocó sus pequeñas manos sobre las rodillas de Berta y le dijo mirando el cielo:

-Lita, ¿me quieres explica por qué si están en el cielo venimos a llorar y a dejar flores aquí?

-¡Ay, hijita! hay algo que tú no puedes comprender todavía: sus cuerpos, que es lo humano, se quedan mientras llega la hora final...

-Pero, Lita, ¿si para ellos llegó ya!

-Para el mundo...

-¿El mundo también se muere, Lita?

-Hija mía, son estos misterios que tú no alcanzas: sus despojos se quedan aquí para recibir nuestros recuerdos, nuestras lágrimas, nuestras flores; sus almas van allá Arriba: desde ese cielo azul que tanto miras, ellos siguen amándonos y nos ven...

-¿Por las estrellas, Lita?

-¡Por donde se los permita el Señor! Vamos, -dijo Berta, a quien las preguntas de la niña ponían en apuros.

Habló largamente con Elina, y le dijo:

-Debes irte, hija de mi alma; esa niña bajo esa presión de tristezas puede enfermar; vuelve a nuestro país, ¡ay! ¡yo no lo volveré a ver jamás! allá con otras impresiones olvidará estas dolorosas. No has alcanzado la dicha que todos hemos querido darte, pero, ya que esto ha sido imposible, busca a lo menos en los sitios donde has nacido la tranquilidad de la vida, y para ella, Elina mía, ¡procura conservar la de la conciencia! Yo quedaré aquí viviendo cerca de esos sepulcros; mis deberes, vuestros recuerdos y el bien que pueda hacer constituirán mi vida. Secundada por nuestro noble Gustavo, y en memoria de Margarita, voy a levantar aquí un asilo para proteger las huérfanas; no temas dejarme, el bien tendrá para mí tanta atracción como el amor de los que hemos perdido; viviré con la antorcha de los recuerdos alejando las profanaciones del olvido.

Mientras Berta hablaba con Elina, Gustavo trataba de distraer su pequeña amiga: presentóle su muñeca, que casi tenía su estatura y a quien había hecho vestir de luto.

-Mira, tu muñeca está triste porque no le haces caso...

-¡No es verdad!... si por eso es que no la quiero, porque no siente, me ve llorar y no le importa: mamá dice que es porque no tiene alma: quítale ese trapo negro, ella no debe llevar luto por papá, porque no lo siente. ¡Tom sí, es un perro, pero sabe querer, lo hubieras visto la noche que murió papa! va a las tumbas y si lloramos llora él: ¿no lo has visto? si rezamos, está quieto, no reza, porque no sabe hablar; ¡pobrecito! ¡por eso lo quiero! el otro día decía Julieta: -¡Ay, Jesús! ¡ese perro parece gente! ¡Llévate esa necia! -agregó apartando su muñeca;- ¡llévatela, se ríe siempre!... tráeme a Tom, a ese sí lo quiero; ¿no te acuerdas la noche que se murió Maíta? Tráelo, voy a ponerle su collar negro, él si debe tener luto porque siente.

Gustavo trajo el perro para complacer a su amiga, no poco admirado de aquel infantil razonamiento.

Margarita tomó el perro entre sus brazos, acercó su bonita cabeza a la chata del perro y le dijo cariñosa:

-Ahora te quiero más: serás mi compañero; no nos vamos a separar, ¿comprendes?

Berta se acercó para anunciar a Gustavo que el regreso a Caracas era una cosa resuelta.

La niña soltó el perro y corrió a los brazos de Elina llorando.

-¿Es verdad que te vas, mamá?

-Sí, hija mía, contigo.

-¿Pero los vamos a dejar solitos allí?... no, mamá, no quiero... ¡no dices tú que los que se quieren no se separan!... ¡no, mamá, no nos vamos!

Elina lloraba, no podía consolarla porque ella también sentía que tenía el alma pegada en aquellos nichos, pero, blanda y dócil siempre, se plegaba a la voluntad de los otros.

Berta trató de conquistar la niña.

-Escucha, Margarita, irás con tu mamá y tu otra abuelita, yo me quedare aquí acompañando a los que duermen allá abajo...

¡No, no!... Lita, me quedaré contigo... -dijo gimiendo.

-¿Y qué harás sola conmigo? Gustavo se irá también.

-¡No es verdad! él se va para donde está su papá.

Gustavo se acercó a ella:

-¿Quieres que te lleve a Caracas?

Ella alzó su dulce carita llena de lágrimas y dijo:

-Si tú vas con nosotras y me dejan llevar a Tom., voy: porque entonces es una cosa muy distinta. Mamá Ángela es muy vieja, vive con su rosario y no sabe ni cuentos, mamá está siempre llorando; contigo a todas partes, y cuando tengo que llorar sabes contentarme; con Tom jugaré y tú ves que es ya mi compañero, ¿es verdad que te vendrás con nosotras? -agregó bajando de las rodillas de su madre para colgarse de su cuello.

-Sí, te lo prometo, -dijo él besando su frente de nácar.

Elina recogió con una mirada de gratitud la promesa de Gustavo; era un aliento aquel compañero, ¿qué harían ella y su madre como gaviotas errantes por esos mares?

Días después los coches esperaban a la puerta de la quinta.

Sería imposible describir la tristeza de aquellas despedidas.

Elina se arrancó desesperada de aquellas tumbas donde dejaba los seres que más había amado en el mundo.

-¡Adiós! -dijo extendiendo sus blancas manos;- ¡felices vosotros que no os separáis! ¡dormid en paz y juntos velad por esta pobre Elina que tanto amasteis!

Gustavo y Berta cambiaron una mirada ante aquel grito de dolor y como por un mismo impulso ambos se acercaron a la joven.

-Basta, Elina, partid, no prolonguéis la pena, -dijo Gustavo.

La niña no decía una palabra, pasaba de la tumba de su padre a la de Margarita; sus ojos estaban fijos en Gustavo, a quien había hecho la promesa de no llorar.

El perro, en quien nadie reparaba, saltó sobre la tumba de Reinaldo, y aulló tristemente, y su alarido hizo estremecer todos los corazones.

La niña corrió y lo abrazó llorando.

-No llores, mi querido Tom; yo te querré por ellos: ya lo ves, Gustavo, -dijo volviendo su carita pálida,- yo, no tengo la culpa, es Tom que me hace llorar; ven tú, dile a Tom, que si no se quiere ir lo dejaremos, que contigo voy contenta... que acompañe a Lita que se queda... ¡muy solita!... ¿me he portado bien?... ¿me vas tú a querer por todos ahora?...

Gustavo se había colocado de rodillas para igualarse a la estatura de la niña, alzó los ojos al cielo junto a la tumba de Reinaldo y dijo:

-¡Al separarme tal vez para siempre de estos sitios, hoy como ayer te hago el juramento de velar por la dicha de mi hija!... -luego, acercándose a la escultura de Margarita, besó su nombre en el mármol frío y le dijo:

-¡Adiós, mi santa Margarita!... ¡te dejo aquí durmiendo!... ¡pero no sola!... ¡tú ya eres feliz!... ¡yo!... ¡procuraré serlo, sembrando el bien que tanto amaste!

Doña Ángela, que lloraba silenciosa, se acercó a su hermana y le dijo:

-¡Quién sabe si nos volveremos a ver! ¿quieres darme un abrazo, tal vez el último?

Berta abrió sus brazos y deshecha en llanto dijo muy bajo a su hermana:

-¡Perdona a mi dolor sus inclemencias! ¡cuida por las dos a esa otra Margarita y pidamos a la que duerme aquí su sueño eterno nos dé la paz del alma con su perdón!... ¡Adiós!... ¡Adiós!...

-¡Partid! -dijo Berta serenándose;- tal vez luzca un día menos triste en que nos volvamos a reunir aquí; ¡adiós! -extendió sus trémulas manos sobre las cabezas de Elina y Margarita y las guió hasta el coche que se acercaba.

Las nubes ambarinas anunciaban en el oriente la salida del sol, que avanzaba lentamente formando como una aureola a la loma de la montaña que el coche dejaba atrás, por las

revueltas del camino aún pudieron ver los viajeros las esculturas iluminadas por los rayos del sol y a Berta de rodillas sobre el césped de la tumba de Reinaldo.

FIN